



Perdimos
nuestro
camino

GAYLE FORMAN

Perdimos
nuestro
camino

Perdidos
nuestro
camino

GAYLE FORMAN

Traducción de María Celina Rojas



P U C K

Argentina – Chile – Colombia – España
Estados Unidos – México – Perú – Uruguay

Título original: *I Have Lost My Way*
Editor original: Viking Books for Young Readers
Traducción: María Celina Rojas

1.ª edición: octubre 2018

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

I Have Lost My Way
© 2018 by Gayle Forman
Published by arrangement with Dystel, Goderich & Bourret LLC through International Editors' Co.
All Rights Reserved
© de la traducción 2018 by María Celina Rojas
© 2018 by Ediciones Urano, S.A.U.
Plaza de los Reyes Magos 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.mundopuck.com

ISBN: 978-84-17312-89-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para Ken Wright, Anna Jarzab y Michael Bourret

Ven, ven, quienquiera que seas. Infiel, religioso o pagano, poco importa. Nuestra caravana no es la de la desesperación. Ven, aunque hayas roto mil veces tus promesas. Ven, una vez más, ven, ven.

—Jalaluddin Rumi

No todos los que deambulan están perdidos.

—J. R. R. Tolkien

1

He perdido mi camino

He perdido mi camino.

Freya observa las palabras que acaba de teclear en el teléfono.

He perdido mi camino. ¿De dónde ha salido eso?

—Disculpe, señorita —dice el conductor—. Creo que he perdido el camino. —Y Freya regresa a la realidad de forma abrupta. Se encuentra en el asiento trasero de un coche rumbo hacia la séptima (¿u octava?) consulta médica en las últimas dos semanas, y el chófer se ha perdido fuera del túnel.

Freya mira la dirección en su móvil.

—Park y la calle Setenta —le indica al conductor—. Gire a la derecha en la Tercera y luego a la izquierda en la Setenta y uno.

Vuelve su atención a la pantalla. *He perdido mi camino.* Veinte caracteres, pero las palabras suenan verdaderas, de manera indiscutible, como la sílaba do central. Como solo algunas pocas de sus publicaciones de los últimos días. Más temprano esta mañana, alguien de la oficina de Hayden ha subido una foto de ella sujetando un micrófono y sonriendo. *#NacidaparaCantar*, dice en la descripción. *#JuevesdeAgradecimientos*. En realidad debería decir *#TBT*, porque la imagen no solo es de la semana pasada, sino que también es de una persona que ya no existe.

He perdido mi camino.

¿Qué sucedería si escribiera eso? ¿Qué dirían si lo supieran?

Solo cuando su teléfono emite un sonido se da cuenta de que ha subido

la frase. Las respuestas comienzan a llover, pero antes de llegar a tener la posibilidad de leerlas, recibe un mensaje de su madre: Park Avenue, 720, y una chincheta. Porque, por supuesto, su madre está siguiendo todas sus publicaciones con tanta atención como Freya. Y queda claro que su madre no la ha entendido. Freya no ha perdido su camino. Ha perdido su voz.

Borra la publicación, con la esperanza de haber sido tan rápida como para que nadie haya tenido tiempo de hacer una captura de pantalla o de compartirla, pero sabe que nada en internet, a menudo, desaparece por completo. A diferencia de lo que ocurre en la vida real.

Su madre la está esperando cuando llega el coche, camina de un lado a otro, sostiene los resultados del último análisis médico que ha tenido que ir a buscar con urgencia a la ciudad.

—Bien, bien, estás aquí —dice, abriendo la puerta, antes de que el conductor se haya detenido por completo, y tirando de Freya hacia la acera, antes de que ella tenga la posibilidad de entregarle la propina de diez dólares que está sosteniendo—. Ya he completado los formularios. —Lo dice como si lo hubiera hecho para ahorrar tiempo, pero completa los formularios de todas las consultas médicas de Freya.

Las hacen pasar de forma directa a la sala de reconocimiento sin detenerse en la recepción. Esa es la clase de servicio que obtienes al pagar una consulta de 1.500 dólares que no acepta coberturas (gracias, Hayden)..

—¿Cuál es el problema? —pregunta el médico mientras se lava las manos. No mira a Freya. Es probable que no sepa quién es. Parece mayor, como un abuelo, aunque supuestamente ha tratado a la clase de estrellas en la que Freya estaba a punto de convertirse unas semanas atrás.

Freya desearía haber leído algunas de las respuestas antes de borrar el tweet. Quizás alguien le habría mostrado qué hacer. Quizás alguien le hubiera dicho que no importa si no puede cantar. Que aun así la quieren.

Pero sabe que eso sería mentira. El amor es condicional. Todo lo es.

—Ha perdido la voz —dice su madre—. Temporalmente. —Repasa la tediosa cronología habitual («tercera semana en el estudio de grabación» y «todo iba perfecto» y *blablablá*) y, durante todo el relato, la frase *he perdido mi camino* da vueltas en la cabeza de Freya, como una melodía que se repite, tal como Sabrina y ella solían repetir la misma canción una y otra vez hasta que la diseccionaban, hasta que descubrían todos sus secretos y se apropiaban de ella. Eso solía volver loca a su madre, hasta que descubrió su utilidad.

El médico le palpa el cuello, le mira la garganta, las fosas nasales. Freya se pregunta cómo reaccionaría si carraspeará y escupiera. Si la miraría como una persona de verdad en lugar de como una pieza de maquinaria que se ha averiado. Si la escucharía, con voz de cantante o sin ella.

—¿Puedes cantar un do agudo para mí? —le pregunta.

Freya canta un do agudo.

—Puede llegar a las notas individuales —explica su madre—. Y su tono es perfecto. Hayden dice que nunca ha escuchado un tono como ese antes.

—¿Es eso cierto? —pregunta el médico, palpándole las cuerdas del cuello—. Canta una canción. Algo sencillo, como el *Cumpleaños feliz*.

El *Cumpleaños feliz*. ¿Quién no es capaz de cantar el *Cumpleaños feliz*? Hasta un niño puede cantar el *Cumpleaños feliz*. Hasta una persona que no tiene ni idea de cantar puede entonar el *Cumpleaños feliz*. Para mostrar su opinión sobre semejante petición comienza a cantar, pero con un acento francés bien marcado.

—*Cumpleaños feligs...* —gorjea. Su madre frunce el ceño, y Freya se esfuerza en marcar más el acento—. *Cumpleaños feligs...*

Pero su voz es más inteligente de lo que ella piensa. No se dejará engañar por tretas ridículas o por un falso acento francés. Y cuando la canción hace el saltito en la octava, de sol³ a sol⁴, se para de golpe. El pánico se apodera

de ella. Su respiración se convierte en plomo.

—*Te degseamogs todos...* —Y en el *todos* sucede. El aire se corta. La canción se queda a medias, como si la melodía nunca hubiera llegado a nacer.

—Cumpleaños feliz —termina con un acento norteamericano sarcástico y atonal, haciendo un gesto de corte en el cuello por si el mensaje no había quedado del todo claro.

—¿Es parálisis? Hemos escuchado que le sucedió algo así a... —dice su madre en voz baja—... *Adele*.

Freya escucha la esperanza en la voz de su madre. No porque quiera que sea parálisis vocal, sino porque quiere conectar a Freya con Adele. Unos años atrás, leyó ese libro, *El camino*, y creyó todo lo que decía en un doscientos por ciento. *Suéñalo, hazlo*; ese es su lema.

—Te encargaré algunas pruebas —dice el médico, volviendo a utilizar una jerga ya familiar—. Una tomografía TAC, una biopsia, una electromiografía laríngea, quizás unos rayos X. —Coge una tarjeta, la desliza hacia Freya y le lanza una mirada que no parece en absoluto hipocrática—. Y quizás podrías considerar hablar con alguien.

—Ya lo hemos intentado, pero la lobotomía no ha funcionado.

—¡Freya! —protesta su madre. Y luego se dirige al médico—. Ya hemos visitado a un terapeuta.

Hemos visitado. Como si lo estuvieran haciendo juntas. Como si ambas estuvieran tomando las pastillitas que, al parecer, tienen que calmar la ansiedad que está reprimiendo la voz de Freya.

—Esto *simplemente* sucedió. De un día para otro. Si fuera —y aquí la voz de su madre se convierte en un susurro— algo *psicológico*, no sucedería en un abrir y cerrar de ojos, ¿verdad?

El médico emite sonidos evasivos.

—Concertaremos una visita de seguimiento para dentro de dos semanas. Dos semanas es demasiado tiempo. Hayden ha dejado eso bastante

claro. Se ha cobrado algunos favores para conseguir una consulta con el famoso médico, especialista de estrellas como Adele, Lorde y Beyoncé. Ha pagado una consulta de 1.500 dólares porque este tipo es, según Hayden, milagroso, y de ese modo ha dejado implícito que lo que Freya necesita no es atención médica sobrevalorada, sino un milagro de verdad.

Fuera, el coche de Hayden y su chófer están esperando, aunque este no hubiera llevado a Freya hasta la consulta. El conductor abre la puerta y hace una pequeña reverencia.

—El señor Booth me ha pedido que la lleve a las oficinas.

Freya ha pasado gran parte de los últimos dos años en las oficinas de Hayden, pero la petición le revuelve el estómago. Su madre, quien después de todo este tiempo sigue actuando como si Hayden fuera un emperador y ella una campesina, se muestra aterrada. Revisa sus mensajes de texto de forma frenética.

—Es probable que solo quiera saber cómo nos ha ido.

Hayden Booth no llama a alguien sin ninguna razón, y la razón no es la de obtener información. Freya está segura de que él ha recibido una llamada del médico justo en el momento en que la puerta se ha cerrado detrás de ellas. O, quién sabe, quizás tenía una cámara secreta grabando toda la consulta.

Si un árbol cae en el bosque y nadie lo escucha, ¿hace algún sonido? Si no se dirige a la oficina de Hayden, no puede despedirla. Y si no puede despedirla, su carrera no habrá terminado. Y si su carrera no ha terminado, la gente aún la querrá.

¿Verdad?

—Estoy cansada —le dice a su madre con desgana—. Ve tú.

—Ha pedido que fuéramos las dos. —Mira al conductor—. ¿Ha pedido que fuéramos las dos?

El chófer no tiene ni idea. ¿Por qué debería tenerla?

—Estoy harta de todas estas estúpidas consultas médicas —dice Freya, adoptando lo que su madre llama: su modo diva. El modo diva confunde a su madre, porque por un lado está el *Suéñalo, hazlo*, y por el otro es muy jodido y molesto.

Cuando su madre se enfada, aprieta los labios de tal forma que se parece muchísimo a Sabrina, o puede que Sabrina se parezca un montón a ella.

«Es como si los genes hubieran escogido bandos», solía bromear su antigua niñera. Queriendo decir que Freya se parecía a su padre (la piel rojiza, la frente amplia, los característicos ojos etíopes), mientras que Sabrina era más como su madre, el cabello ondulado, no rizado, y la piel lo bastante clara como para pasar por blanca, o al menos por puertorriqueña.

Pero luego su madre lo reconsidera, y las arrugas en su boca desaparecen.

—¿Sabes qué? Quizás eso sea lo mejor. Hablaré con él. Le recordaré que tienes solo diecinueve años. Que has llegado muy lejos. Que tenemos mucho potencial. Que hacerlos esperar los pondrá mucho más hambrientos. Solo necesitamos un poco de tiempo. —Devuelve la atención a su teléfono—. Te pediré un Uber.

—Mamá. Sé cómo volver a casa por mí misma.

Su madre continúa tocando la pantalla del teléfono. Se supone que ahora Freya no tiene permitido coger el metro sola. Su madre ha instalado un localizador en su teléfono. Es cautelosa, aunque, al igual que la actitud de diva de Freya, esta cautela también es prematura. Freya no es famosa. Está a mitad de camino entre alguien muy conocido y una celebridad en la escala de Hayden. Si sale a bailar a discotecas o entra en bares o cafeterías frecuentadas por actores, modelos o cantantes en plena efervescencia, la reconocen; si hace un evento en un centro comercial (cosa que ya no hace puesto que no concuerda con su imagen, según sus agentes), todos se agolpan a su alrededor. Pero en el metro, entre la gente común, es

simplemente anónima. Y para su madre, cada una de sus acciones tiene que apuntar a un objetivo.

—Caminaré un rato —le informa Freya a su madre—. Quizás atraviese el parque, despeje mi cabeza y vea qué hay en oferta en Barneys.

Sabe que su madre no rechazará el poder curativo de Barneys. Aunque Freya aún se siente un tanto incómoda en sitios así. Siempre la siguen, y nunca está segura de si se debe a que es medio famosa o medio negra.

—Ve y cómprate algo bonito —dice su madre—. Distráete.

—¿Qué más hay en mi agenda? —pregunta Freya por costumbre, porque siempre tiene algo y su madre se lo sabe de memoria. La pausa incómoda de esta es dolorosa. Porque la respuesta es *nada*. No hay nada en su agenda porque en este momento debería estar presente en el estudio de grabación. Ahora mismo, se supone que debería estar terminando. La próxima semana, Hayden irá a una isla privada durante siete días, y luego volverá al estudio con Lulia, la cantante de dientes separados que descubrió tocando en el metro de Berlín y a quien ha hecho tan famosa que su rostro sonríe con suficiencia desde un cartel publicitario en Times Square.

«Esa podrías ser tú», le dijo una vez Hayden.

Ya no.

—Nada —asegura su madre.

—Entonces te veré en el apartamento.

—Bueno, es jueves.

Los jueves por la noche su madre y Sabrina tienen una cita fija para cenar. En general no la mencionan. Nunca invitan a Freya.

Por supuesto.

—Puedo posponerla si me necesitas —afirma su madre.

La amargura es horrible. La siente en la boca. Se pregunta si derretirá el esmalte de sus (recién blanqueados) dientes.

También la avergüenza. ¿Por qué debería sentir amargura cuando se trata de su hermana? Sabrina, quien, como dice su madre, ha *sacrificado tanto*. Susurra esto *último* de la misma forma en la que susurra *respiro* cada vez que habla sobre lo que sucede con Freya. «Solo estás tomándote un *respiro*».

(*Respiro* como código para *autoinmolación*).

—Será mejor que vayas —le dice Freya a su madre antes de que la tristeza derrita sus entrañas y deje solo una bolsa de piel vacía—. Hayden te está esperando.

Su madre echa un vistazo al coche, al chófer.

—Te llamaré en cuanto tenga novedades. —Sube al vehículo—. Despéjate. Tómame el día libre. No pienses en nada de esto. Nunca se sabe... Quizás eso sea justo lo que necesitas. Apuesto a que si puedes pasar el resto del día sin pensar en esto, te sentirás mejor. Vete de compras. Luego quédate en casa y hazte una maratón de *Scandal*.

Sí, eso es exactamente lo que necesita Freya. Y tal vez un vaso de leche tibia. Y una segunda lobotomía.

Espera a que el coche se aleje antes de comenzar a caminar, no hacia el sur, a Barneys, sino hacia el oeste, al parque. Coge su teléfono y revisa su Instagram. Encuentra otra fotografía suya, fuera del estudio en la Segunda Avenida, debajo de un cerezo recién florecido. La descripción dice: *#Música #Flores #Vida #Cosas-Bonitas*, y los comentarios están repletos de frases positivas que deberían hacerla sentir mejor. *Nada + bonito que tú. O QUEREMOS UN VÍDEO NUEVO! O Sígueme xfavor!!!*

Suena un claxon, y alguien la hace regresar a la acera de un tirón.

—Presta atención —le ordena con impaciencia.

Freya no se lo agradece, sino que camina hacia el parque, donde no hay tráfico y donde puede leer los comentarios en paz.

Abre su canal de YouTube. Siguiendo las órdenes de Hayden, no ha

subido nada en meses. Él quería que sus fans estuvieran «desesperados» por tener novedades para que devoraran el álbum y los vídeos nuevos. A Freya le preocupaba que la olvidaran, pero Hayden le había asegurado que había otras formas de estar en el ojo público y había contratado a una agente cuyo trabajo era filtrar una serie de exclusivas anónimas sobre ella.

Freya sube por una colina hacia un pequeño puente. Un grupo de ciclistas pasan volando junto a ella, cortando el aire con sus timbres ensordecedores, como si fueran los dueños del parque. Abre Facebook. Teclea *Sabrina Kebede*. A pesar de que solo se lo permite una vez al mes, Freya sabe que no encontrará nada interesante. La página de Facebook de su hermana ha estado inactiva durante los últimos dos años. Quizás haya hecho tres publicaciones, casi siempre con etiquetas.

Y sin embargo, encuentra uno, un post nuevo, de hace algunas semanas. Una fotografía subida por un tal Alex Takashida mostrando a un hombre, al parecer el mismo Alex Takashida, que sostiene una mano delicada con un pequeño anillo de zafiros. En la descripción se puede leer: *¡Ha dicho que sí!*

Aun con el rostro cortado, Freya reconoce esa mano.

¡Ha dicho que sí! Freya tarda un minuto en entender lo que eso significa. Su hermana está comprometida. Con Alex Takashida. Alguien de quien Freya nunca ha escuchado hablar, y mucho menos ha llegado a conocer.

Freya hace clic en el perfil de Alex y descubre que sus posts son públicos, y Sabrina, aunque no esté etiquetada, está presente en casi todos ellos. Se puede ver a Sabrina brindando con Alex en un restaurante. Sabrina y Alex en una playa. Sabrina sonriendo de oreja a oreja entre Alex y la madre de ellas. Sabrina, que no parece alguien que se haya *sacrificado tanto*, sino alguien feliz.

Hace que Freya quiera vomitar. Para consolarse, abre la aplicación que rastrea lo que su madre ahora llama: sus interacciones. Ya ni siquiera

necesita ver los comentarios para sentirse mejor. Solo necesita saber que están allí. Que los me gusta y los seguidores siguen creciendo. El incremento de los números es reconfortante. El descenso ocasional hace que sienta que su estómago se está desplomando.

Hoy, los números están subiendo. Sus publicaciones en el estudio siempre dan buenos resultados. La gente está entusiasmada por su álbum. Se pregunta qué sucederá cuando pasen los meses y no haya ningún *álbum*.

Solo ella lo sabe. En la primera reunión con Hayden, él le dijo con exactitud lo que sucedería.

Abre los comentarios del post falso de esta mañana. *Me encantan las flores. No puedo esperar a que salga el álbum* ❤️❤️🌟🎸🎵🎧. Actualiza la página para ver si hay algún comentario nuevo, pero no hay nada, y a pesar de que sabe que solo la hará sentir peor, vuelve a la fotografía de la mano de Sabrina. Los ciclistas pasan a toda velocidad, tocando sus horribles timbres, gritándole para que preste atención, pero Freya no puede quitar los ojos de su hermana y de toda esa felicidad. No puede eludir la sensación enfermiza de que lo ha hecho todo mal.

He perdido mi camino, piensa una vez más, y comprende lo cierto que es eso. Otro ciclista pasa timbrando junto a ella, y Freya, que aún mira la imagen del anillo de zafiro de su hermana, da un salto hacia atrás y tropieza, y, de pronto, no solo está perdida sino que está cayendo, cayendo del puente sobre otra pobre alma.

---→

En el mismo momento en el que Freya está hablando con otro médico que no puede ayudarla, Harun está intentando rezar.

Mientras los hombres entran en la mezquita y se colocan en sus sitios sobre las alfombras alrededor de Harun y de su padre, él intenta dar a conocer su intención a Dios. Pero sin importar lo mucho que lo intente, no

lo logra. Ya no sabe cuáles son sus intenciones.

Él te dará una salida, le había escrito su primo en un mensaje de texto.
¿Pero cuál era esa salida?

He perdido mi camino, piensa Harun mientras comienza la oración.

—*Allahu Akbar* —escucha que canta su padre junto a él.

Y una vez más, vuelve el pensamiento: *He perdido mi camino*. Harun intenta concentrarse. Pero no lo logra. No puede pensar en nada más que en James.

Perdóname, había escrito Harun en un mensaje de texto esta mañana.

No ha recibido respuesta.

Ni siquiera un *sal de mi vida de una puta vez*, que fue lo último que James le dijo.

No va a recibir una respuesta. James nunca dice algo que no quiere decir.
A diferencia de Harun.

Cuando el *zuhr* termina, Harun y su padre salen para buscar sus zapatos e intercambiar saludos con los demás hombres. Todos hablan de Hassan Bahara, que murió la semana pasada mientras echaba gasolina en la estación de servicio.

—Fue su corazón —le dice Nasir Janjua a Abu.

A continuación, le siguen chasquidos de lengua. Confesiones sobre niveles de colesterol alto. Esposas insistiendo con que deberían hacer más ejercicio.

—No, no —dice Nasir Janjua—. Fue un fallo cardíaco, asintomático hasta ahora.

Un fallo cardíaco. Harun sabe algunas cosas sobre eso. Pero, a diferencia de Hassan Bahara, su fallo no es asintomático. Lo conoce desde hace años.

Abu deja caer un brazo sobre el hombro de Harun.

—¿Todo bien?

He perdido mi camino. Se imagina contándole eso a Abu.

Pero solo conseguiría romper el corazón de su padre. Su problema siempre ha sido una decisión sobre qué corazón romper. En cuanto al suyo, una conclusión inevitable. Roto de cualquier forma. Es lo que sucede con los corazones defectuosos.

—Sí, Abu, estoy bien —afirma.

—¿Estás seguro? —pregunta—. Ya no vienes tanto a la mezquita. —No hay reproche en su voz. Su hermano mayor Saif empezó la secundaria tras el 11 de septiembre, y después de eso comenzó a llamarse a sí mismo Steve y no quiso volver a ir a la mezquita. Para cuando Harun dejó de ir, la batalla ya estaba perdida. O ganada. Dependiendo de cómo uno la mirara.

—He supuesto que como iré a... —Su voz se desvanece—. Amir va todos los días.

—Sí, tu primo es muy devoto. —Abu le revuelve el cabello—. Eres un buen chico. Has hecho muy feliz a Ammi.

—¿Y a ti?

—Siempre.

Es por ese *siempre* por lo que él lo hace. Para continuar con ese siempre. Para no perder nunca ese siempre.

Llegan a la intersección de Sip y Westside. Harun gira a la izquierda, en dirección opuesta a su casa y a la tienda de Abu.

—Pensaba que no había clases hoy —dice Abu, asumiendo que Harun se dirige hacia allí.

Nunca hay clases los jueves. Los jueves son los días invisibles, que añadieron al calendario el año pasado. Los jueves son los días para estar juntos en Manhattan, donde pueden deslizarse por las calles como fantasmas.

En invierno, se encuentran en el Chelsea Market y pasean entre los restaurantes en los que no pueden permitirse comer mientras James, que quiere ser chef algún día, devora con la mirada las pastas frescas, los

cruasanes de mantequilla, las salchichas secándose, y describe todos los platos que cocinará para ellos algún día. Cuando el clima es cálido, se encuentran bajo un pequeño puente arqueado en Central Park.

No se han perdido ni un solo jueves. Ni cuando una tormenta de nieve canceló los trenes, ni cuando James tuvo bronquitis y todo lo que Harun quería hacer era llevarlo a algún lugar cálido y seco, aunque ni en un millón de años pudiera llegar a imaginarse dónde podría estar ese lugar. Solían acabar en alguna cafetería, bebiendo té, viendo vídeos de YouTube, fingiendo que estaban en su apartamento.

—Solo voy a ir a ocuparme de algunos asuntos —le dice a Abu.

—No llegues tarde a cenar —pide Abu—. Tu madre se ha cogido los dos últimos días en el trabajo para cocinar. Vendrá tu hermano. Con su esposa. —Su padre intenta no fruncir el ceño al mencionar a la esposa de Saif, pero no lo logra por completo.

—No llegaré tarde —asegura Harun, aunque, antes de salir de su casa, ha cogido su pasaporte y los quinientos dólares que tenía reservados para el viaje de mañana y los ha guardado en el bolsillo. Fue algo apresurado y de último momento, pero se ha planteado la posibilidad de no subirse a ese avión, de escapar de una vez por todas, en cuyo caso llegaría muy tarde a la cena.

Cobarde.

He perdido mi camino.

Se despide de su padre con un abrazo, algo que no hace con frecuencia, le preocupa que el gesto despierte sospechas, pero no lo hace, porque Abu solo dice:

—Llega a casa a tiempo. Ya sabes cómo se pone tu madre.

En cuanto Abu desaparece de su vista, Harun envía un mensaje de texto: Voy hacia el parque. Espérame donde siempre.

En Journal Square, entra en la estación de trenes del PATH. El olor de los

túneles —húmedo, mohoso, similar al de los garajes antiguos— consigue que eche de menos a James.

Casi cualquier cosa lo consigue.

Coge el tren hacia la terminal en la calle Treinta y tres y, al salir, pasa junto a los carteles de neón de las grandes tiendas de ropa. Al principio, antes de que descubrieran los espacios públicos secretos de la ciudad, solían detenerse a veces en una de esas tiendas y se probaban toda clase de jerséis y pantalones que ninguno tenía la más mínima intención de comprar, porque de ese modo podían escabullirse dentro del mismo probador y, detrás de las cortinas, con los jerséis desparramados a sus pies a modo de camuflaje, podían darse un beso. De vez en cuando se compraban algo, como los calcetines que Harun lleva puestos hoy. Lo llamaban el alquiler.

El teléfono suena en su mano y Harun pega un salto, la esperanza lo inunda como una marea alta, pero no es James.

—Estaba pensando que sería todo un detalle comprarle una de esas cremas de manos a Khala —dice Ammi, aunque ya hay una maleta repleta de regalos para Khala y Khalu, para los primos, y por supuesto para las futuras familias que conocerá—. ¿Pasarás por el Hudson?

Hudson es un centro comercial ubicado cerca de su casa.

—Por supuesto —responde Harun, porque, ¿qué es una mentira más en una pila de mentiras?

—Y un poco de jengibre. Quiero hacerte té para el avión.

—No me dejarán pasar líquidos en el control de seguridad.

—Bueno, pues para antes de que llegues al control —dice Ammi—. Para mantener tu buena salud.

Se le cierra la garganta. Es un cobarde y un mentiroso y un mal hijo. Corta la comunicación y, un minuto más tarde, su teléfono vibra y aparece un mensaje de texto, lo abre, de nuevo esperanzado, pero es Amir:

Te veré pronto, Inshallah.

Inshallah, responde.

Se adentra en el parque, guiado por el piloto automático y la esperanza, hacia el puente, donde siempre se encuentran. Cuando ve a alguien esperando arriba, bajo el cerezo en el que se besaron el último día, sus esperanzas resurgen. Puede que sea él, se dice a sí mismo, a pesar de que su piel es demasiado clara, su complexión demasiado pequeña y también de que se trata de una mujer. Si James fuera una mujer... Ja.

Estoy aquí, escribe.

No hay respuesta, pero eso no impide que vea a James por todas partes. Allí está, en mallas encima de su bicicleta, aunque James se horrorizaría si alguien lo imaginase con una vestimenta tan ridícula. Allí está, empujando un carrito deportivo para bebés, aunque James odia el ejercicio. Allí está, acercándose a él, a través del túnel debajo del puente.

Ninguna de esas personas es James, y por eso, Harun las odia. Odia todo y a todos en este mundo. Si Alá creó el mundo, ¿por qué creó mal a Harun? Si Alá es amor, entonces ¿por qué no es James el que está atravesando el túnel en lugar de ese chico blanco?

Eso es lo que está pensando en el momento exacto en el que la chica que no es James cae del puente y aterriza con un golpe sordo sobre el chico que tampoco es James.

---->

En el mismo momento en el que Freya está hablando con otro médico que no puede ayudarla y en el que Harun está intentando orar, Nathaniel está saliendo a una abarrotada calle de Manhattan sin tener ni idea de dónde se encuentra.

—He perdido mi camino —dice mientras la gente pasa como una corriente a su alrededor. Cuando nadie responde, no se sorprende tanto.

Ha sido invisible durante algún tiempo.

Ha seguido las indicaciones del cartel del aeropuerto al pie de la letra. Ha caminado hasta el fondo de la terminal, se ha subido a un autobús que se dirigía a Manhattan. Pero ha debido quedarse dormido, porque cuando se ha despertado con el siseo de la puerta neumática del autobús, todo el mundo se había bajado.

Intenta concentrarse, pero está desorientado y soñoliento. El vuelo en el que ha viajado, un vuelo nocturno, lo ha dejado exhausto.

La noche anterior, mientras el avión sobrevolaba el terreno dividido en parches de un país que Nathaniel nunca ha llegado a conocer, las personas a su alrededor roncaban mientras dormían con sus antifaces sobre el rostro y sus cojines para el cuello, tras haber tomado pastillas para engañarse y creer que estaban en las camas de sus casas. Pero él no ha dormido en las últimas dos semanas, de modo que había muy pocas probabilidades de que durmiera en el avión. Tras despegar, el pasajero de delante inclinó el asiento hacia atrás e hizo que Nathaniel tuviera que llevar las rodillas al pecho. Se había quedado despierto la mitad de la noche leyendo la copia de su padre de *El señor de los anillos*, y, cuando no pudo soportarlo más, pasó a la guía que había robado de la biblioteca. En la luz tenue de la cabina, aprendió sobre los lugares que jamás visitaría. El Empire State. El Museo Metropolitano de Arte. Central Park. Los jardines botánicos. Hojeó el índice y miró el trozo de papel que le había cogido a su padre. Su punto de encuentro.

Fuera, a la luz del día, Nathaniel parpadea e intenta orientarse. Todo es tan nuevo y tan diferente. Los edificios son incluso más altos que los árboles más grandes. Las nubes no ocultan la claridad, el ruido es tan intenso que tiene que cerrar los ojos para poder procesarlo (allí, los golpes sordos del bajo de la música reggae; allí, el sonido distante de los martillos neumáticos; allí, voces discutiendo; allí, un bebé llorando). Después de

tanto silencio, experimenta un *shock* de cultura auditiva, si es que tal cosa existe.

Regresa de golpe al presente cuando alguien pasa junto a él y le propina un empujón. Es un gesto maleducado, un gesto de Nueva York incluso, pero disfruta del contacto humano. Ha estado solo durante dos semanas, pero bien podría haber sido una eternidad, y aceptará lo que venga.

Aun así, cuando otro transeúnte refunfuña para que se mueva, él lo hace. Se aparta de la marea de peatones y se refugia bajo un toldo. Desde allí, puede observar. Hay gente, más gente de la que alguna vez ha visto en mismo sitio, y lo hacen todo rápido, desde fumar cigarrillos hasta tener conversaciones animadas a través de sus teléfonos. Nadie lo mira.

En realidad ni se había dado cuenta de ello. La gente. La ciudad. Siente una oleada de arrepentimiento porque no tendrá tiempo para experimentarla. Ahora, ¿a dónde se supone que tiene que ir? El metro, una sopa de letras y números. Él lo tiene fácil. El metro A. Según el mapa del aeropuerto, el autobús debería haberlo dejado justo en la esquina, donde se supone que tiene que estar el metro. Pero no se encuentra en la esquina sino en medio de una calle larga. Camina hacia la esquina más cercana. El cartel de la calle dice: *Cuarenta y dos*. Enfrente de la calle hay un parque, un parche de verde en el medio de los rascacielos. Lo que es agradable, inesperado —incluso el parque parece sorprendido de encontrarse allí—, pero eso no lo ayuda a saber dónde está y dónde se supone que tiene que estar.

—He perdido mi camino —le dice a la marea de transeúntes—. ¿Alguien me puede decir dónde se encuentra el metro A?

Pero se sigue moviendo, un organismo de mil miembros en lugar de personas individuales, y allí está Nathaniel, el mutilado.

En el avión, en la guía, había leído que Manhattan era una cuadrícula, las avenidas iban de norte a sur, las calles de este a oeste, los números

ascendían a medida que te dirigías hacia el norte, las avenidas se dividían en este y oeste y la Quinta Avenida atravesaba la ciudad como una columna vertebral. Si te perdías, decía el libro, los puntos de referencia podían ser de ayuda para orientarte: las Torres Gemelas al sur, el Empire State al norte.

Las Torres Gemelas desaparecieron, eso lo sabe. Es un tanto arrogante poner algo como eso en un libro como punto de referencia, como indicador, asumir que siempre estaría allí.

«Un día iremos a Nueva York», le había prometido su padre, garabateando el nombre en la lista que tenía en la pared interna de su habitación. «Un día iremos al monte Denali», le había prometido su padre.

«¿Y a la Comarca?», había preguntado Nathaniel cuando era demasiado pequeño como para conocer la diferencia entre lugares reales y ficticios.

«También», había prometido su padre. «Iremos allí también».

Los taxis amarillos pasan con prisa y son iguales a los que salían en los programas de televisión que él y su padre solían ver de forma ocasional entre documentales. Simplemente podría coger un taxi hacia su destino. Saca su cartera y cuenta de manera furtiva el resto de su efectivo (la guía advertía: «Tenga cuidado con los carteristas y los estafadores»). Después de vaciar su cuenta bancaria, le había quedado el dinero suficiente para un billete de avión, para un billete de autobús hacia y desde el aeropuerto y cerca de ciento veinte dólares más. Una parte de él sabía que ir a cualquier lugar, y mucho más a Nueva York, con tan poco margen económico era una locura. Pero esa era justo la cuestión. Saltar sin la red. Sin posibilidad de retroceder.

Aun así, tras tanto tiempo siendo prudente y frugal, no puede deshacerse por completo de sus antiguos hábitos. Decide no coger un taxi. No tiene ni idea de cuánto le costará el viaje. Huele a campo, a pueblo, y quizás el conductor lo estafe. («Tenga cuidado con los carteristas y los

estafadores»). Y además, no sabe cómo hacer que el taxi se detenga. Ve cómo lo hacen otras personas, saltan a la calle, extienden la mano, pero sospecha que si él lo hace, los coches pasarán de largo.

Coge su teléfono, echa tanto de menos a su padre que le duele. Marca su número. Tres tonos antes de que salte el buzón de voz. «Dime algo bueno», dice la grabación de su padre.

—Hola, papá —dice Nathaniel—. Lo he logrado.

Cuelga el teléfono, abre la guía y la hojea hasta dar con el mapa grande en medio. Localiza la calle Cuarenta y dos y traza una línea sobre ella hasta que encuentra un cuadrado verde, y se siente sorprendido, aliviado, exultante incluso, de toparse con algún tipo de representación, con alguna prueba de dónde se encuentra.

El parche verde es Bryant Park. La Sexta Avenida bordea el parque por el oeste y termina en Central Park. ¡Central Park! Ese era uno de los lugares de la guía. A la izquierda del parque ve el gran círculo azul del metro A. Puede caminar hacia allí. ¿Por qué no?

Emprende la marcha, sintiendo la misma ligereza que experimentó cuando tomó la decisión de venir aquí. Pasa la calle Cincuenta, los carteles que anuncian con estrépito el Rockefeller Center, más gente cruzando en una sola intersección de la que había en toda su clase de graduación completa. Camina por la calle Cincuenta y cuatro y ve los carteles del Museo de Arte Moderno, y aunque no lo visitará, siente que ha visto algo de él. («Un día veremos la *Mona Lisa*», había prometido su padre y, a pesar de que Nathaniel está bastante seguro de que la *Mona Lisa* no está allí, aún siente que se ha acercado un poco a cumplir esa promesa).

Llega a Central Park más rápido de lo que esperaba. Demasiado rápido. Puede ver que el límite oeste del parque llega hasta el gran círculo donde se encuentra el metro A, pero abre el mapa de la guía de nuevo. El parque en sí mismo llega hasta la calle Ciento diez. Puede caminar hasta allí. O llegar

más arriba. En el autobús, antes de quedarse dormido, ha podido echar un vistazo al perfil de los altísimos rascacielos de Manhattan desde el otro lado del río justo antes de entrar al túnel. Le ha parecido inconcebible que él pudiera irrumpir en semejante fortaleza, pero aquí está. Se puede dar el lujo de tomarse su tiempo. Su padre lo entenderá.

Al entrar en el parque, se sorprende ante lo familiar que le parece. Es una clase de naturaleza completamente diferente a esa en la que él creció, pero resulta que los árboles son árboles, las flores son flores, los pájaros son pájaros y el viento es viento.

Por encima de su cabeza, el sol está situado un poco al oeste del mediodía. Sabe dónde se encuentra. Sabe dónde está el norte. Abandona el camino principal para coger uno de los caminos más pequeños. Quizás se pierda un poco, pero el sueño lo ha abandonado de golpe. Se siente más despierto y vivo de lo que se ha sentido en días. Sabe hacia donde se está dirigiendo.

El camino serpentea debajo de un pequeño puente arqueado, un portal abovedado hacia el parque. Observa con detenimiento los ladrillos. Son muy antiguos, la piedra clave que une los dos laterales es casi invisible. Debajo del puente el aire es oscuro y mohoso. Contiene la respiración como solía hacer cuando conducían a través de los túneles, y su padre le daba ánimos en los más largos (*Ya casi llegas, amiguito*).

Ya llegas está, le dice a su padre mientras sale del túnel. Siente una corriente de aire que resulta ser Freya cayendo, pero no tiene tiempo de ver qué sucede, y mucho menos de comprenderlo, porque ella aterriza encima de él y todo se vuelve oscuro.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE I

Freya

Cuando tenía un minuto de vida, canté mi primera canción. Esa era la historia que me había contado mi padre. Cuando nací, no lloré ni emití ningún sonido, y durante un minuto, según mi padre, su corazón se detuvo porque pensaba que algo iba mal. Todos los médicos y enfermeros se abalanzaron sobre mí. Luego hice un sonido, no un sonido de bebé, no un llanto o un chillido, sino algo definitivamente musical. «Fue un perfecto la sostenido», había dicho mi padre, y aseguró que duró al menos un segundo o dos. Todo el personal médico comenzó a reír con alivio. «Naciste cantando», me había contado mi padre. «Y no te has detenido desde entonces».

«Eso es estúpido», decía mi hermana Sabrina. «Los bebés no nacen haciendo cosas, y mucho menos cantando». Pero solo lo decía porque estaba celosa. Nuestro padre no había estado en la sala de partos cuando ella había nacido cuatro años antes que yo. Estaba tocando en un concierto, y cuando le llegó la noticia de que mi madre estaba de parto, Sabrina ya había nacido, y aunque nadie le había dicho nada, me imagino que ella no había nacido cantando, sino refunfuñando.

Quizás porque él estaba presente en la sala de partos, quizás porque había nacido cantando, o quizás porque nos parecíamos, yo le pertenecía a mi padre y Sabrina a mi madre. Fue como si hubieran llegado a un acuerdo de custodia compartida incluso antes de divorciarse. Sabrina pasaba las tardes con mi madre, haciendo crucigramas u ordenando los armarios de

la cocina. Yo pasaba las tardes con mi padre, apiñados en la habitación diminuta que utilizaba como estudio. Allí, entre las cajas de antiguos LPs y casetes, me hacía escuchar grabaciones de sus artistas favoritos: cantantes norteamericanos como Billie Holiday, Nina Simone y Josephine Baker, y cantantes etíopes como Aster Aweke y Gigi. «¿Oyes cómo cantan sus penas? ¿Cómo cantan lo que no pueden decir?». Me mostraba fotografías de esas mujeres, que tenían voces maravillosas y rostros preciosos. «Bendecidas dos veces como el árbol de jacarandá. Como tú», decía.

No había árboles de jacarandá en White Plains, donde vivíamos en ese entonces, pero mi padre ya me había contado cómo en la primavera en Addis Ababa florecían con brotes magníficos, violetas y fragantes, dos veces bendecidos. Me contó cómo en los inviernos, que eran fríos, pero no como aquí, el aire se llenaba con el aroma del humo de los eucaliptos. Me contó sobre la comida de su madre, que echaba tanto de menos. Los *tibs* que ella preparaba para él, el *shiro*, la cabra que asaban antes de los días de ayuno y el pan fermentado *injera*. En la ciudad me llevó a los restaurantes que servían sus comidas favoritas, que se volvieron las mías. Me dejó probar el café amargo y el dulce hidromiel. Me mostró cómo comer con los dedos sin tirar nada. «*Konjo, konjo*», le decían las camareras que se parecían a mí. «Preciosa».

Me prometió que un día me llevaría a Etiopía con él. Me prometió que un día me llevaría a los clubes en Nueva York donde una vez Charlie Parker, Miles Davis y John Coltrane habían tocado. Me prometió que un día me llevaría a escuchar a su héroe, el músico etíope de jazz Mulatu Astatke, cuya carrera mi padre quiso emular en Estados Unidos. «La gente piensa que no es posible combinar lo etíope con lo norteamericano, pero esta es la verdad», decía, haciendo sonar a Astatke. «He aquí la evidencia», aseguraba, mirándome con una sonrisa.

«Canta conmigo, Freaulai», pedía, y yo cantaba. Y cada vez que lo hacía,

él cerraba los ojos y sonreía. «Nacida cantando».

«¡Cállate!», gritaba mi hermana desde la otra habitación. Como mi madre, no tenía ningún interés en Astatke o *tibs* o en ir a Etiopía en algún momento. «Vivimos aquí», le decían a mi padre cuando él pensaba en la idea de mudarnos a su casa, más cerca de su familia. «Nosotras somos tu familia», recalaban.

«¡Deja de cantar!», vociferaba Sabrina si yo no me callaba.

«Prométeme que nunca dejarás de cantar», me susurraba mi padre.

Lo prometí. Y, a diferencia de él, yo cumplí mis promesas.

---→

Sabrina aseguraba que hubo una vez en la que nuestros padres se reían juntos y bailaban en la sala de estar. Que mi madre solía ir a las presentaciones de nuestro padre, con los ojos como platos, convencida de que el amor podría reducir la amplia brecha entre una chica judía de Westchester y un músico de jazz de Addis.

Sabrina decía que todo había cambiado cuando yo nací. ¿Sería eso cierto? ¿O Sabrina estaba solo siendo Sabrina? Sabrina, quien solía retorcerme la muñeca hasta dejarme marcas rojas. «Marcas de amor», decía, para recordarme quién me quería. Sabrina, quien me susurraba al oído: «Tu aliento apesta. Tu cabello está encrespado», y quien se enfadaba si yo lloraba. «Si las personas que te quieren no te dicen la verdad, ¿quién lo hará?», decía.

Si mis padres se quisieron alguna vez, yo no lo había vivido. El ritmo en *staccato* y los cruces de sus peleas fueron una banda sonora casi tan constante durante mi infancia como la música que mi padre me hacía escuchar. Aunque como muchas otras cosas, en realidad no me di cuenta de eso hasta que el sonido se detuvo y el silencio nos envolvió.

---→

Cuando tenía diez años, volví a casa del colegio y me encontré a mi padre despierto, lo cual era algo inusual. Era chófer en un servicio de coches nocturno de la ciudad, su turno acababa tarde e intentaba disfrutar uno o dos minutos del escenario de alguno de los pocos clubes que quedaban en el Village. Solía llegar a casa cuando Sabrina y yo nos estábamos levantando para ir al colegio y dormía hasta que era la hora de ir de nuevo a trabajar por la noche. Pero, ese día, estaba despierto. La mesa estaba puesta con las fuentes redondas típicas de la comida etíope.

Estaba tan entusiasmada por la comida y porque mi padre estuviera en casa que no vi su maleta y el estuche de la trompeta en el vestíbulo. Pero no hubiera sacado ninguna conclusión de aquello. No era inusual que mi padre se marchase para tocar en *tours* cortos, aunque hacía algunos años que no se iba.

—¿A dónde vas? —preguntó Sabrina, que sí que se había dado cuenta.

—Mi madre está enferma —respondió, y nos sirvió un montón de comida—. Iré a casa a visitarla.

—¿Se pondrá bien? —pregunté. Nunca llegué a conocer a Ayate. Estaba muy débil para viajar, y mi madre decía que no teníamos el dinero suficiente para comprar billetes para ir a Etiopía.

—Estará bien —aseguró mi padre.

—¿Cuándo volverás? —preguntó Sabrina.

—Pronto, Sipara.

Sabrina frunció el ceño. No le gustaba cuando él la llamaba por su nombre etíope.

—¿Cuándo es pronto? —preguntó.

—Pronto —repitió—. ¿Hay algo que queráis que os traiga?

—¿Nos traerías uno de esos vestidos blancos? —pregunté. Se los había visto a las mujeres del restaurante y en algunas fotos de mis primas. Eran preciosos, traslúcidos y blancos, y tenían delicados bordados. Me moría

por tener uno.

—¿Un *habesha kemis*? —Sonrió—. Lo prometo. —Miró a Sabrina—. ¿Quieres que te traiga uno?

—No, gracias.

Terminamos de comer y se puso de pie para irse. Tenía lágrimas en los ojos cuando me abrazó fuerte y me cantó, no las canciones de Billie Holiday o de Nina Simone que solíamos cantar juntos sino *Tschay Hailu*, la canción de cuna rítmica que me cantaba todas las noches. *Eshururururu, eshururururu, ye binyea enate tolo neyelete dabowen beheya wetetune beguya yezeshet neye yezeshet neye.*

—Canta conmigo, Freaulai —pidió, y lo hice.

Cuando la canción terminó, me alejó a un brazo de distancia, las lágrimas corriendo por su rostro.

—Prométeme que nunca dejarás de cantar.

Dije lo que siempre decía... que lo prometía.

Se enjugó el rostro, cogió su maleta y la trompeta y se marchó. Lo perseguí hasta el vestíbulo.

—No te olvides del vestido blanco —grité.

Pero él ya se había ido.

---->

Mi abuela murió cinco semanas más tarde. Lloré mucho. No porque estuviera triste, sino porque mi padre debía quedarse para el funeral y para poner en orden sus asuntos. Y las semanas sin él ya habían sido suficientes. Con su ausencia, mi familia era como una silla de tres patas.

—¿Cuánto tiempo más vas a tardar? —le pregunté a través de la línea telefónica, entrecortada, cuando ya habían pasado dos meses.

—No mucho más —respondió.

—Y no te olvides del vestido blanco.

—No lo haré.

Colgué el teléfono. Sabrina estaba allí, observándome. Había hablado con él solo durante unos pocos minutos, respuestas monosilábicas de sí/no. Era como si no lo echara de menos en absoluto. ¿Pero por qué lo haría? Ella pertenecía a nuestra madre, y nuestra madre todavía estaba allí.

Tenía los brazos cruzados en el pecho y me estaba mirando con la misma expresión mezquina que mostraba cada vez que señalaba alguno de mis fallos.

—Sabes que no volverá, ¿verdad?

—¿De qué estás hablando?

—Está en su casa ahora —dijo—. No quiere volver.

—Pero nosotras estamos aquí.

—De todas formas mamá iba a echarlo —continuó Sabrina—. ¿Piensas que volverá solo por ti?

—Solo estás siendo mala conmigo.

Me miró. Tenía catorce años, pero ya poseía una mirada que podía incomodar a un adulto.

—Se llevó su trompeta, Freya. ¿Por qué se llevaría la trompeta si fuera a volver?

—Quizás quería tocar para Ayate —dije.

—No volverá —aseguró Sabrina.

—¡Sí lo hará! —le grité—. Solo estás celosa porque él me quiere más a mí. Porque puedo cantar. ¡Volverá!

Ni siquiera pareció enfadarse. Me miró casi con lástima. Porque lo sabía. Sabrina siempre lo sabía.

—No, no lo hará.

---->

Unos meses más tarde recibí un paquete por correo. Los sellos tenían la

escritura de curvas irregulares e indescifrables del amárico y mostraban que el paquete había sido enviado semanas atrás.

Dentro había un vestido blanco. Era precioso. Traslúcido, bordado con hilos violetas y dorados. Me quedaba perfecto. Había una nota de mi padre. *Lo prometí*, decía.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que Sabrina tenía razón.

Tiré el vestido a la basura. Luego fui a mi habitación, subí a mi cama y comencé a llorar.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi madre cuando me encontró allí esa noche. Todavía faltaban varias semanas para que nos sentara a mí y a Sabrina en un reservado en el Star Diner y anunciara de forma oficial lo que ya sabíamos: que ella y nuestro padre se estaban divorciando; que él se quedaría en Addis por el momento, pero que iban a pensar en algo para que pudiéramos visitarlo. Otra promesa incumplida.

No respondí. Solo seguí llorando contra la almohada.

—No sé qué le pasa. —Escuché que le decía mi madre a Sabrina—. Ni cómo hacer que se le pase.

Ese había sido el trabajo de mi padre. Era él quien se sentaba conmigo cuando estaba enferma o asustada. Era él quien no pedía explicaciones cuando yo me sentía sobrepasada por las circunstancias y no sabía qué hacer. «Canta lo que no puedes decir, Freaulai», me aconsejaba.

Todavía estaba llorando cuando escuché que la puerta se entreabría. No era mi madre, que ya había entrado varias veces para regañarme y ordenarme que me callara. Era Sabrina.

En silencio, se subió a la cama, y luego mi hermana, a quien no le gustaba que la abrazaran o la besaran o que la tocaran, me envolvió con su cuerpo.

—No te preocupes —murmuró—. Yo cuidaré de ti ahora.

Pero no la creí. Sabrina, quien me propinaba pellizcos de amor y soltaba

críticas mordaces. Quien odiaba el *shiro* y los *tibs* y me ordenaba que me callara cuando cantaba. ¿Cómo podría cuidar de mí?

Como si escuchara mis pensamientos, mi hermana comenzó a cantarme. *Eshururururu, eshururururu, ye binyea enate tolo*. Nunca había escuchado a mi hermana cantar, ni siquiera en los días festivos. No sabía que podía cantar. Y, sin embargo, cantó la canción de cuna con una voz clara y pura. Cantó como si ella también hubiera nacido cantando.

—Canta conmigo —pidió.

Y lo hice. *Eshururururu, eshururururu, sefecheme azeyea segagere azeyea seserame azeyea sehedeme azeyea yenima biniyea werede ke jerbayea*. Nos quedamos allí juntas, cantando, entonando sin siquiera intentarlo. Nuestras voces se fundieron a la perfección, con facilidad, de una manera que nunca había sucedido en la vida real.

Cantamos y dejé de llorar. Pensé que mientras cantáramos juntas, yo estaría bien.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE II



Cuando tenía nueve *años*, Ammi anunció que la familia de su hermana vendría de visita desde Pakistán. Yo estaba muy entusiasmado. Nunca había conocido a Khala, a Khalu, ni a mis tres primos. Usna tenía diecinueve años, era demasiado mayor para despertar mi interés, pero los gemelos, Amir y Ayisha, tenían mi edad. Ayisha era ruidosa y rebelde y no tardó en hacerse amiga de mi hermana menor, Halima, ambas se escabullían a un 7-Eleven y para comprar pastelillos Little Debbie y Doritos.

Eso me dejaba con Amir, que era pequeño, callado y circunspecto, lo opuesto a su hermana. No quería ir al cine o a jugar al golf en miniatura, ni siquiera aventurarse en Manhattan a pasear. De modo que nos quedábamos en la casa, jugando a juegos de mesa o acostados boca arriba en el jardín, observando cómo despegaban los aviones del aeropuerto de Newark.

—Ese es el vuelo diecisiete de Continental Airlines con destino a Los Ángeles —le dije a Amir. Cuando me preguntó cómo lo sabía, le mostré el cuaderno que tenía con todas las salidas y llegadas. Lo había mantenido oculto desde que Saif me había advertido que si alguien lo veía, se haría una idea equivocada. Pero Amir no pensó que el cuaderno fuera raro, y cuando le confesé mi sueño de convertirme en piloto algún día, tampoco pensó que eso fuera una locura.

—Puedes volar a Pakistán para visitarme —dijo.

Amir iba con su padre a rezar todos los días, y esa semana me uní a ellos, aunque normalmente solo iba con Abu los viernes y los días festivos.

—Tu primo te está haciendo devoto —comentó Abu.

—Tu primo te está convirtiendo en un lameculos —dijo Saif.

Un día, regresé de la mezquita y me encontré a Ammi y a Khala sentadas en la mesa del comedor, donde Ammi trabajaba con frecuencia. Tenía sus libros contables abiertos y su taza de té humeando. Khala se estaba quejando de Ayisha, quien había estado escondiendo comida basura y arrojando las pruebas de ello al cubo de la basura, donde Ammi la había descubierto porque Ammi lo descubría todo, ya fueran recibos que faltaban o niños traviesos.

—Está muy gorda —dijo Khala, sacudiendo la cabeza.

—No debería mentir —respondió Ammi, revisando un recibo y transfiriéndolo de una pila a otra.

—Estoy menos preocupada por la mentira que por el hecho de que esté gorda —replicó Khala—. Más gorda.

Ammi chasqueó la lengua.

—Se encuentra en desventaja —continuó Khala—. Amir le robó toda la belleza cuando estaban en el útero. Sería más fácil encontrarle un marido a Amir que a Ayisha.

No comprendí del todo lo que estaban diciendo, pero la idea de que Amir encontrara un marido me provocó un cosquilleo extraño en la barriga.

Después de eso, no pude dejar de echarle miradas a Amir. *Era* guapo. Tenía las pestañas largas, al parecer envidiables, y su cabello formaba un pequeño signo de exclamación justo en medio de su frente, y sus labios eran rojos y brillantes, como eran los de Halima cuando se pintaba en secreto con el brillo de labios rojo que escondía en su mochila. Observé cómo su boca formaba un corazón cuando se bebía un refresco con una

pajita, y me imaginé cómo sería ser esa pajita entre los labios de Amir.

—¿Qué? —preguntó Amir cuando me pilló mirándolo fijamente mientras se bebía un Sprite.

Y allí estaba, ese cosquilleo.

Durante el 'Asr del día siguiente, me encontré absorto, murmurando las oraciones mientras observaba la oreja de mi primo. ¿Cómo no me había percatado antes de la forma de sus orejas? El patrón intrincado, los pliegues, la delicada perla de los lóbulos que, en algunas personas, como Abu, estaba pegada al cuello mientras que en otros, como Amir, se encontraba separada. Toqué mi propia oreja como si fuera la primera vez, y el cosquilleo regresó.

Esa noche, todos vimos una película. Elegimos *Aladdín*, porque nuestros primos nunca la habían visto. Khalu no aprobaba la forma en la que el Islam estaba representado.

—Tampoco está de acuerdo —añadió Amir— con la forma atrevida en la que va vestida Jasmín.

Todos nos apiñamos alrededor de la televisión en el sótano y pusimos la película. Los más mayores parecían aburrirse. Saif no dejaba de interpretar todas las partes de Robin Williams, pero había pasado mucho tiempo desde que había visto la película por última vez y no paraba de equivocarse.

—¡Shhh! —dije, pensando en nuestros primos.

—Esta película es una porquería —protestó mi hermano Abdullah.

—Me está trayendo recuerdos —dijo Saif—. Solía tener tantas fantasías con Jasmín...

—Esta conversación no es apropiada para los niños —comentó Usna con recato.

—Ni siquiera saben de qué estamos hablando —se quejó Saif.

Yo sí, quise responder. Solo que no lo sabía. No del todo, a pesar de que

sabía con certeza que estaba relacionado con la conversación entre Ammi y Khala sobre Amir, y con el cosquilleo extraño en mi estómago.

Sabía que Jasmín debía parecerme guapa y que su forma de vestir tenía que ser sexy, y sabía que era un objeto de deseo por la manera en la que mi hermano estaba hablando. Pero a mí no me importaba Jasmín. El que era objeto de mis miradas era Aladdín. Tenía un rostro muy bonito, delicado, un poco como el de Amir. Y las escenas en las que Aladdín aparecía con el torso desnudo hacían que el cosquilleo de mi estómago se volviera aun mayor.

Terminamos *Aladdín* y comenzamos a ver *La Sirenita*, pero el DVD estaba rayado, y a la mitad de la película nos rendimos y nos fuimos a la cama.

Dimos varias vueltas para acomodarnos todos y poder dormir. Amir y yo habíamos sido relegados a la sala de estar a un colchón hinchable que tenía un pinchazo. Habíamos estado durmiendo allí durante toda la semana y no había sucedido nada, excepto por uno o dos calambres en mi cuello.

Esa noche, soñé con Aladdín. Estábamos en la alfombra, solo que no era la de la película, sino la de la mezquita. Podía sentir su aroma a almizcle en el sueño.

Aladdín estaba con el torso al descubierto, y yo estaba pasando la mano por su piel suave. No era un dibujito; era real. En el sueño, Aladdín se convirtió en Amir. Estábamos volando. Y yo me agarraba a Amir como Jasmín lo había hecho con Aladdín.

El colchón se movió. Entreabrí los ojos, y el cosquilleo floreció como algo más fuerte, un hormigueo me recorrió todo el cuerpo, una sensación pulsante entre las piernas.

Una brisa fresca susurró a través de una rendija en la ventana, abrí los ojos por completo y vi que en el sueño me había abrazado a Amir. Tenía la mano sobre su pecho, cálida y sudorosa. Mi corazón se sintió completo.

En ese momento entendí que ese era quien, en realidad, era yo.

El colchón se movió una vez más, y Amir abrió los ojos.

—¿Qué...? —comenzó a decir, de esa misma forma culpable que había empleado cuando pensó que le regañarían por beber demasiado refresco. Miró mi mano—. ¿Qué estás haciendo?

Retiré la mano de golpe.

—Mosquito —mentí.

Se dio la vuelta y volvió a dormir, pero yo me quedé allí, rígido, temeroso de que si me acercaba demasiado, él lo sabría, como yo lo supe de repente, que había algo en mí que estaba muy mal. La noche siguiente, me trasladé al sillón con la excusa de que Amir pateaba, y, después de eso, rechacé sus peticiones de seguir observando aviones. Parecía dolido, pero dolido era mejor que asqueado.

El viernes, después de que se fueran nuestros primos, Abu me preguntó si quería ir al 'Asr de nuevo. Me gustaba ir a la mezquita con él y pasar tiempo a solas. Pero me habían enseñado que Alá podía ver lo que había dentro de nuestros corazones. Él podía verme. Y sabía que no debía permitir que eso sucediera. Le dije a Abu que ya no quería volver a ir.

Abu suspiró y frunció el ceño, pero no discutió. Saif había preparado el camino para mí. Pensaba que solo estaba siendo rebelde. Que solo estaba siendo norteamericano. Dejé que pensara eso.

Fue la primera vez que le mentí.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE III



Cuando tenía siete años mi padre me leyó *El señor de los anillos* por primera vez.

—No se lo cuentes a tu madre —susurró.

«¿Por qué está todavía despierto?», se quejaba mi madre cuando media hora más tarde aún seguíamos leyendo, y yo estaba más exaltado que nunca por culpa de las visiones de los orcos y de los elfos girando en mi cabeza. «Se supone que debes dormirlo».

Entonces mi padre escondía el libro debajo de las mantas y me guiñaba un ojo.

«Tú y yo», susurraba después de que ella se fuera. «Como Frodo y Sam».

«Una comunidad», respondía yo, entre risitas.

«Una comunidad de dos». Buscó un bolígrafo y garabateó una nota en el margen de su libro antes de esconderlo debajo de mi cama.

Una comunidad de dos... y mi madre. Nosotros dos vagando por el bosque, buscando hongos comestibles un día, y ents al siguiente. Los dos quedándonos despiertos toda la noche para ver un eclipse lunar (invisible, gracias a las nubes omnipresentes). Los dos trepando árboles, o construyendo fuertes, o emprendiendo un viaje inesperado sin importar que fuera día de colegio y que no hubiéramos llevado ropa extra. «¿Por qué necesitamos eso, amiguito?», decía mi padre. «Nos tenemos el uno al otro. Somos todo lo que necesitamos».

Cuando mi madre nos anunció que se iba, ni siquiera me sentí

demasiado triste. Nos teníamos el uno al otro, después de todo.

«Lo siento mucho, Nathaniel», me dijo. «Pero ya no puedo vivir con dos niños». Quiso que me mudara con ella a California, donde había sol. «¿No suena bien?». No, no sonaba bien. No quería irme a California. Quería quedarme aquí, en mi casa, con mis amigos y mi padre. Éramos una comunidad, después de todo.

«No te dejaré solo con ese *niñohombre*», dijo mi madre, y cuando se lo conté a mi padre, le pidió a la abuela Mary que viniera a vivir con nosotros.

«Y si ella es tan madura, ¿por qué se ha ido y ha abandonado a un niño de ocho años?», preguntó Mary el día que se mudó, dejando su maleta floreada en el suelo del vestíbulo y cogiendo un par de guantes de látex de su bolso, como si hubiera anticipado, de forma correcta, la pila de platos sucios que había en el fregadero. «No te preocupes», me dijo mientras restregaba unos huevos revueltos de hacía tres días de un plato. «Yo crie a tu padre, y te criaré a ti también». Echó un vistazo a mi padre, que estaba en el sillón en pijama, leyendo las historietas del periódico. «Os criaré a los dos, al parecer».

Mi padre me guiñó un ojo, y supe lo que estaba pensando sin que me dijera nada. Éramos solo nosotros. Una comunidad de dos.

Una vez que la abuela Mary se mudó, se adueñó de lo que había sido la habitación de mis padres, y mi padre se trasladó a la cama libre de mi dormitorio. Y así de simple pareció renunciar por completo a un rol en el que nunca se había sentido totalmente cómodo. Nada de ese rollo padre e hijo, ahora éramos una comunidad de verdad. Nos quedábamos despiertos hasta tarde por la noche, hablando de toda clase de cosas: ¿había vida inteligente allí fuera? Mi padre estaba seguro de que sí. ¿Y sería posible que no estuviéramos en realidad viviendo, sino que fuéramos parte de algún videojuego que alguien estaba jugando? Mi padre pensaba que era una posibilidad. Hablamos de los lugares a los que iríamos algún día. Mi padre

quería ver los templos escondidos de Angkor Wat. Yo quería ir a Nueva York porque había comenzado a quedarme despierto para ver *SNL* y quería ver cómo se grababa.

«Hecho y hecho», prometió mi padre, añadiendo los lugares a nuestra lista. «Visitaremos todos esos sitios. Conoceremos el mundo, juntos».

«Una comunidad de dos», dije.

Todo se desarrolló así durante años. Yo vivía mi vida, iba a la escuela, jugaba al fútbol en otoño y al béisbol en primavera. Estaba empezando a destacar como *pitcher* y como primera base, y mi entrenador decía que quizás podría llegar a una liga más importante. La abuela Mary hacía la compra, limpiaba y se ocupaba de mi padre y de mí.

Mi padre todavía trabajaba como técnico informático, pero ya no tenía un trabajo estable; era lo que él llamaba un *freelance*. Mi madre lo llamaba de otra manera. Pero después de algunos años se volvió a casar y tuvo otro hijo. Dejó de quejarse de la cantidad de tiempo que trabajaba mi padre y dejó de preguntarme si quería ir a vivir con ella a California.

La abuela Mary era una mujer de hábitos. Llevaba puesto el mismo delantal todos los días. Asistía a la misma misa todos los domingos. Olía a Nivea y a Palmolive, y siempre tosía. De modo que, al principio, nadie se dio cuenta de que su tos había empeorado, más carrasposa y más repleta de flema. Y nadie se percató de los pañuelitos manchados de sangre sobre los que tosía, porque los tiraba al inodoro.

Cuando su resfriado se convirtió en una neumonía, una radiografía de pecho reveló que tenía cáncer de pulmón. Estadio cuatro, dijeron los médicos.

Yo tenía un compañero de equipo llamado Tyler cuyo tío había muerto recientemente de cáncer de colon. Él fue quien me contó lo que significaba el estadio cuatro. Mi padre se negaba a creerlo. Insistía en que Mary estaría bien.

—No, en estadio cuatro no lo estará —aseguró Tyler.

—Mi padre encontrará una solución —le respondí a Tyler, porque eso era lo que mi padre había afirmado. Pasó horas en internet, comprando cristales milagrosos un día y polvo de aleta de tiburón al siguiente. En un momento, estaba listo para comprar billetes de avión a Israel, donde le ofrecieron un nuevo tratamiento de células madre, solo para frustrarse cuando la compra fue rechazada. «Saldrá adelante», insistía.

Mientras tanto, Mary enfermaba cada vez más. Pasó por dos rondas de quimioterapia y luego le puso un punto final.

«¿Cómo puedo cuidarlos si estoy corriendo al baño cada cinco minutos?», preguntó.

Un día, llegué a casa de un entrenamiento de béisbol y encontré a la abuela Mary desplomada en el suelo. Mi padre estaba sentado a su lado con las piernas cruzadas, sosteniéndole la mano, y las lágrimas le corrían por el rostro.

—¿Está muerta? —pregunté.

—No lo sé, no lo sé —respondió.

Corrí hacia ella, apoyé un dedo sobre su cuello como había visto que hacían en la televisión, y sentí el pulso allí. Solo tenía once años, pero mantuve la calma, como si ya supiera qué hacer, como si ya me hubiera estado preparando para ese momento.

Cuando llegaron los paramédicos, uno de ellos preguntó:

—¿Hace cuánto que está inconsciente?

Miré a mi padre, que seguía sentado en el mismo sitio en el suelo, a pesar de impedirles el paso a los paramédicos.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé. No lo sé —respondió mi padre, balanceándose hacia atrás y hacia delante.

Mary estuvo en el hospital durante tres semanas. Los médicos dijeron

que probablemente no podría volver a casa.

—Eso es una mierda —dijo mi padre. E insistió en traerla de vuelta—. Lo que necesita es estar fuera de este sitio, lejos de todos esos venenos que le están metiendo.

Mary no estaba en condiciones de tomar semejante decisión; mi padre era el adulto oficial. Los médicos no tuvieron más remedio que hacer lo que pedía.

Pero fui yo quien se reunió con el coordinador del hospital para enfermos terminales. Quien completó todo el papeleo, quien hizo que mi padre firmara la línea de puntos, quien consiguió que pusieran una camilla en nuestra casa y que el enfermero del hospital viniera a atender a mi abuela.

El enfermero se llamaba Hector. Vino casi todos los días durante todo aquel verano en el que Mary estuvo moribunda. Al principio solo durante una hora o algo así, para regularle la medicación para el dolor y asegurarse de que estuviera cómoda.

«¿Dónde está tu padre?», me preguntaba los días en los que él estaba ausente.

«Oh, en el trabajo», mentía. No sabía dónde estaba. Dando un paseo. Jugando al billar. Buscando la cura para el cáncer en los bosques.

A medida que la abuela Mary empeoraba, Hector se quedaba más y más tiempo, toda la tarde, incluso hacia el final, cuando lo único que hacía mi abuela era dormir. A veces se quedaba conmigo en la cocina, y una vez me cocinó lo que parecía una banana verde, pero que resultó ser algo llamado plátano, que me pareció delicioso. Otras veces, se sentaba con Mary y le pasaba crema por las manos, le peinaba el cabello, le hablaba y le cantaba.

—¿Puede oírte? —le pregunté una vez.

—Creo que sí. —Me hizo señas para que me acercara. No me gustaba estar en aquella habitación. Oía amargo como a leche en mal estado, y

Mary hacía un terrible sonido estertoroso cuando luchaba por respirar. Pero con Hector no me sentía tan asustado.

Me situé a su lado mientras cuidaba de mi abuela. Él tenía una mirada serena en el rostro, incluso feliz. No lo entendí.

—¿No es triste ver a tanta gente morir? —pregunté.

—Todos morimos —dijo Hector, restregando las muñecas de Mary—. Es la única certeza de la vida y lo único que tenemos en común con los demás seres del planeta. —Soltó la mano de mi abuela y la colocó sobre la mía. Sentí su pulso, errático y débil.

—Creo que es un honor estar con la gente cuando abandona este mundo —me explicó.

—¿Un honor?

—Un honor —repitió—. Y una vocación. ¿Sabes qué? Yo tenía tu edad cuando me di cuenta de que quería dedicarme a esto.

—¿En serio?

—Quizás no de una forma tan definida, pero sí. Estuve con mi propia abuela cuando ella se estaba muriendo. Eso fue en mi casa, en Washington Heights, en Nueva York. Ella a duras penas había hablado en semanas, pero, justo antes de morir, se sentó y cobró vida, y tuvo una conversación de dos horas con alguien en la habitación. En español. Yo no sabía hablar bien español, así que supe que no me estaba hablando a mí.

—¿A quién le estaba hablando?

—Solo ella lo sabía, pero estaba seguro de que era a mi abuelo. Llevaba muerto veinte años. Nunca lo conocí. Pero en ese momento supe que estaba en la habitación con ella, listo para escoltarla a lo que le esperaba.

Un escalofrío me trepó por la espalda.

—He visto cómo sucede esto más veces de las que puedo contar —continuó Hector—. Los moribundos hablan con los muertos. Los muertos guían a los moribundos hacia lo que viene a continuación.

—¿Qué viene a continuación? —pregunté.

Sonrió.

—Eso no lo sé. Y, desafortunadamente, ninguno de nosotros lo descubre hasta que nos llega nuestro turno, y luego no estamos en posición de contárselo a nadie.

Dos semanas más tarde, la abuela Mary murió apaciblemente. Si alguien vino a escoltarla a lo que siguiera a continuación, lo hizo en total silencio.

«Solo quedamos nosotros», dijo mi padre cuando se llevaron el cuerpo de Mary. Por primera vez lo sentí menos como una promesa y más como una amenaza.

2



Todo está bien

Todo está bien, intenta decir Nathaniel.

Solo que parece que no puede hablar. O moverse. O pensar con claridad. O ver a la persona borrosa que se cierne sobre él, que le acaricia la frente y le pide que, por favor, por favor se despierte.

Las caricias le sientan bien, sin embargo.

Todo lo demás, no tan bien.

—¿Puedes escucharme? —pregunta la voz—. ¿Puedes moverte?

Es una voz preciosa. Incluso en su estado actual puede saberlo. Si una voz emitiera un aroma, esta olería a dátiles.

La abuela Mary solía comprar dátiles secos. Se los comían y escupían las cáscaras en el jardín, deseando que creciera una palmera de dátiles, pero los dátiles crecen en el desierto, y él vive en el bosque.

Vivía en el bosque.

Siente una respiración contra su cuello, susurrante y cálida. La respiración dice:

—Abre los ojos. Despierta.

«Por favor».

Es ese *por favor* el que lo logra. Hay algo muy crudo y lastimero en él. ¿Cómo puede no obedecer?

Abre los ojos. Otro par le devuelven la mirada. Son quizás los ojos más agradables que haya visto nunca. Y los más tristes. Tan tristes que podrían ser los suyos propios, excepto porque estos son de color café y los suyos

—el suyo— es verde.

—¿Cómo te llamas? —susurra ella en su oreja. Y esa voz envía un escalofrío por su espalda, no porque sea preciosa y con aroma a dátiles, sino porque le resulta familiar; y no puede ser familiar porque él no conoce ni a un alma en... ¿dónde está? No importa. No conoce ni a un alma en el mundo que tenga una voz como esa.

—¿Cómo te llamas? —repite la voz.

Su nombre. Sabe su nombre. Está ahí, en el estante más alto, al fondo del armario. Tiene que alcanzarlo. Es...

—Nathaniel —dice la voz—. Nathaniel Haley. ¿Ese eres tú?

¡Sí! ¡Ese! Nathaniel Haley. ¿Cómo lo sabe?

—Del estado de Washington.

¡Sí!, quiere gritar. Desde una casa que se ha tragado la tierra en el límite de un bosque. ¿Cómo lo sabe?

—Y acabas de llegar aquí... hoy.

Sí. Sí. Sí. ¿Pero cómo lo sabe?

—Bienvenido a Nueva York —dice—. Un consejo: no te guardes la cartera en el bolsillo. Hasta un anciano podría robártela.

Su cartera. Intenta localizarla. Ve una cartera. Una fotografía.

—¿Puedes sentarte? —pregunta la chica. Nathaniel no quiere sentarse, pero allí están esas puntas de los dedos, y esa voz, llamándolo, *Nathaniel*, *Nathaniel*, *regresa*. Y esa voz, tan familiar que es como un cosquilleo, y tan bonita como una canción. Puede levantarse con dificultad. Para ver a la voz.

Durante un momento agradable, vale la pena el esfuerzo, estar frente a frente con ese rostro. Hasta que...

El dolor se detiene, pero no tarda en reaparecer —siempre reaparece, él lo sabe— y su cabeza está en armonía con él y su estómago se retuerce como respuesta. Lo deshace. Está flotando, pero no en este mundo.

Necesita un ancla, y la encuentra en los bonitos y tristes ojos de la chica.

Un riachuelo pequeño de sangre —o dos, porque todo está duplicado— cae por la sien de ella hasta su mejilla. Parece una lágrima, y, durante un segundo, Nathaniel piensa que ella está llorando por él.

Solo Nathaniel sabe que eso no puede ser real. Las lágrimas no tienen el color de la sangre, y nadie llora por él. Aun así, se encuentra cautivado por el rastro de lágrimas sangrientas que recorren la mejilla de la chica. Son las flores más preciosas, las cicatrices más adorables. Se estira para tocarle la mejilla. Y, aunque todo esté inclinado, borroso y doble, no falla. Y, a pesar de que es guapísima y una completa desconocida, ella no retrocede.

---->

No, Freya no retrocede, pero su estómago también se retuerce. *Ya nadie me toca de esa forma*, piensa. Lo que es bastante raro porque, últimamente, todos la tocan: sus estilistas e instructores, su madre, una serie de médicos, Hayden y los ejecutivos del sello discográfico, quienes colocan sus manos sobre sus hombros, piernas y cintura durante unos segundos más de lo normal. Todas esas personas que están allí para ella, para ayudarla, sus roces son como algo muerto, pero el roce de este extraño ha hecho que su corazón pegue un salto.

¿Qué demonios?

---->

La sangre de su mejilla está en el dedo de Nathaniel. Él no sabe qué hacer con ella. ¿Limpiarla? ¿Lamerla? ¿Hacer una transfusión?

—Ey, tú —llama la chica—. ¿Crees que puedes echarnos una mano aquí?

El tú en cuestión se acerca y comienza a chasquear los dedos justo enfrente de los ojos de Nathaniel.

Es extremadamente desagradable.

—Estoy segura de que eso no es necesario —dice ella—. Está despierto.

El chasquido de dedos continúa.

—¿Estás bien? —pregunta el otro chico.

Lo estás llevando bien, ¿verdad? A veces, la gente solía preguntarle eso a Nathaniel, los compañeros de equipo con los que entrenaba, las chicas que solían revolotear a su alrededor, los entrenadores que pensaban que tenía futuro. *¿Lo estás llevando bien?*, preguntaban. Después de que su madre se marchara. Después de que la abuela Mary muriera. Después de perder su ojo. *Estás bien, ¿verdad?*

(Solo nosotros, amiguito).

Más adelante, Nathaniel se dio cuenta de que no era realmente una pregunta. La gente quería seguridad; quería desentenderse, de modo que, aunque él no se encontrara bien, aunque fuera una rana hirviendo en una olla, aunque la tierra se lo estuviera tragando, igualmente respondía: «Todo está bien».

Lo que es una mentira muy evidente. Cuando está, en realidad, *todo* bien?

Pero la gente lo cree. Cuando él dice que todo está bien, la gente sonrío. Su alivio siempre es palpable y es siempre desgarrador, porque, una vez más, Nathaniel se ha permitido pensar que en esta ocasión la preocupación realmente es verdadera. Es como Charlie Brown con ese estúpido balón.

Si necesitas algo, llámame, dicen todos, recitando las líneas de un guion. A lo que Nathaniel responde como se espera: Eso haré. Y duele el doble por permitirse albergar esperanzas.

No. No volverá a caer de nuevo en eso. No terminará de espaldas. Ya está sobre su espalda.

Comienza a incorporarse.

—Ayúdalo —ordena la chica, cogiendo una de sus manos, y, el otro chico, la otra.

Dame tu mano, Nat, solía decir su padre mientras le enseñaba a trepar árboles, más y más alto, por encima de la copa, donde él afirmaba que se podía ver hasta Canadá. Su madre se enfadaba mucho. «No sé quién es más niño».

Se encuentra más estable ahora. Está bien.

(No bien, no en realidad, pero erguido).

Solo necesita un momento, para tranquilizarse, para orientarse, para que dos extraños sujeten sus manos antes de que lo suelten.

—¿Estás bien? —pregunta el otro chico una vez más.

—Todo está... —comienza a responder, para liberarlos de la culpa. Y, antes de que pueda terminar la frase, antes de que pueda decir la palabra *bien*, vomita. Justo sobre los pies de la chica.

---→

Freya se mira los pies. Manchados de vómito. Tiene poca tolerancia estos días. Cualquier cosa consigue que se enfade: las luces de los semáforos que tardan demasiado, la información del tiempo que se equivoca por tres grados, cualquier cosa que alguien le diga.

Un extraño acaba de vomitar en sus pies.

Y tiene ganas de llorar, pero no porque esté molesta o asqueada.

¿Qué demonios?

Se disculpa y se aleja para limpiarse los pies.

---→

Que Harun es un cobarde no es discutible.

Cuando ha visto a la chica caer del puente sobre el chico que se encontraba debajo, ¿cuál ha sido su primer impulso? ¿Socorrerlos? ¿Llamar a una ambulancia? ¿Pedir ayuda?

No, ha sido huir.

Una vez más: su cobardía no es discutible.

La razón por la que Harun ha querido escapar, en un principio, ha sido que tenía esa terrible sensación de que el accidente había sido culpa suya. Minutos antes, ha estado maldiciendo a estos dos extraños por no ser James. Si bien no lo ha expresado con palabras, ha tenido la intención de pedirlo, que él sabe que es lo que Dios escucha. La gente miente todo el tiempo sobre lo que quiere, pero las intenciones son puras.

De modo que, al principio, ha permanecido a un lado intentando pensar en la oración apropiada que rezar cuando uno le pide de forma accidental a Dios que haga algo malo a otras personas. *As'alu Allah al 'azim rabbil 'arshil azim an yashifika*, ha sido todo lo que se le ha ocurrido para suplicarle a Alá que los sanara. (Ha dejado de pedir eso para sí mismo).

Pero quiere dejar claro que, cuando ha visto los cuerpos apilados y los ha imaginado muertos a los dos, o al menos gravemente heridos por culpa de sus pensamientos, ha salido de ese estado de fuga de manera repentina y se ha acercado, con la intención de hacer Lo Correcto, hacerles una RCP, llamar al 911 o rezar la oración adecuada.

Pero, en ese momento en particular, sus cuerpos se han desenganchado y la joven se ha sentado. Él estaba cerca, tan cerca como para verle el rostro: los pómulos altos, los ojos ovalados y prominentes, el cuello regio. Y entonces ella le ha pedido ayuda. Con esa voz.

«Un día, la conoceremos», solía decir James mientras miraban uno junto al otro un vídeo de ella en el teléfono. «Le diremos que somos sus primeros y más grandes fans. Será famosa, más que Beyoncé, pero seremos sus mejores amigos. Cantará en nuestra boda».

Declaraciones como esa le quitaban el aliento a Harun. Ya le parecía atrevido imaginar un futuro con James, imagina una boda, una boda, en la que, además, la cantante favorita de James, a la que nunca habían conocido, cantara para ellos.

Ahora, mientras observa cómo ella se quitaba los zapatos y se enjuaga los pies con una botella de agua Poland Spring, lo asaltan tres pensamientos:

El primero: *No puede ser ella*. No puede serlo. No esta persona, en este parque, en este día. La está invocando como una manera de traer de regreso a James.

Su segundo pensamiento: *James, cuyas últimas palabras fueron sal de mi vida de una puta vez*.

Su tercer pensamiento: *Si es ella, James tendrá que perdonarme*.

El joven al que está sosteniendo se inclina contra Harun, y Harun desvía la mirada de ella hacia él. Quien, ahora ve, es muy guapo, la clase de chico blanco y atractivo al que James calificaba como: una delicia.

—Estoy bien —repite el joven, incluso mientras se balancea como un árbol verde azotado por un vendaval fuerte.

Ella (él no puede lograr siquiera pensar en nombrarla) regresa, descalza, y vuelve a sujetar su mitad del chico. Harun no puede mirar su rostro, de modo que mira sus pies. Que todavía están mojados.

—Gracias por tu ayuda —dice con su voz ronca tan característica.

—Ehh —dice Harun.

—Todo está bien —asegura el joven.

A Harun no le parece que todo esté bien. Aparte del balanceo, están los ojos. Dos colores distintos. ¿Puede una caída ocasionar eso?

—¿Hay alguien a quien podemos llamar? —pregunta ella.

James, piensa Harun. Pero no, esto no se trata de él. Se vuelve hacia el chico, que está entrecerrando los ojos como si alguien acabara de preguntarle cuál es la raíz cuadrada de 17.432.

—¿Mi padre? —dice por fin Nathaniel.

—Tu padre. ¿Así que supongo que tu padre está aquí? —pregunta ella.

Nathaniel se balancea y asiente.

—¿Tienes forma de ponerte en contacto con él?

Harun ve su teléfono en el suelo, junto con el resto del contenido desparramado de su mochila. Se agacha para cogerlo.

—¿Quizás podrías llamarlo?.

Nathaniel abre el teléfono, uno de esos antiguos modelos con tapita, y presiona un botón. Suena muy alto y todos lo escuchan. Salta el buzón de voz. La voz de un hombre: «Dime algo bueno».

La orden irrita a Harun. ¿Y si no hay nada bueno para contar? ¿Entonces qué?

Se escucha un pitido largo, seguido de una voz robótica que informa que el buzón de voz está lleno, y Harun comprende que él debe ser parte de una minoría, que mucha gente tiene tantas cosas buenas para compartir como para que su buzón de voz esté lleno de buenas noticias.

—Creo que deberíamos llevarte a un hospital, Nathaniel —dice ella, volviéndose hacia Harun—. Parece bastante perdido.

Bueno, un ser humano acaba de caerle encima. Y a pesar de que el ser humano es *ella* (está casi seguro de que se trata de ella), ha debido dolerle. Harun sospecha que el chico tiene una conmoción cerebral. A Abdullah una vez lo golpearon con un bate de críquet y no podía recordar su dirección ni su fecha de nacimiento.

—¿Qué crees tú? —pregunta ella.

A Harun le lleva unos segundos darse cuenta de que *ella* le está pidiendo a él su opinión. Harun le responde, de manera muy útil, con otro:

—Ehhh...

—¿Crees que podrías buscar si hay alguno cerca de aquí?

—Sí, sí, hospital, hospital —responde Harun, recobrando el habla de forma doble. Coge su teléfono, enormemente aliviado de tener que concentrar su atención en otra cosa que no sea *ella*. Pero su pulgar tiene vida propia, porque está moviéndose sobre la aplicación de mensajes de

texto, muy tentado de contarle a James con quién está, de sacar una foto en secreto. Seguramente, si James lo supiera, cedería. Lo recuperaría.

—¿Has encontrado alguno? —pregunta ella, y Harun siente que las orejas le arden porque este pobre chico realmente no está bien y él aún está pensando en James. ¿Dejará alguna vez de hacerlo? Amir le ha asegurado que sí, que un día mirará atrás y no creerá que nada de esto ha pasado. Quedará borrado de su memoria.

Ruega que así sea.

Ruega que no suceda.

Ella se aclara la garganta.

Harun se apresura a mirar el mapa y encuentra una clínica de urgencias.

—Sí, sí. Hay una en Columbus Avenue. Dice que está a medio kilómetro de aquí caminando.

—¿Puedes caminar esa distancia? —le pregunta ella a Nathaniel—. ¿Si te ayudamos?

—¿Ayudamos? —suelta Harun con alegría y alivio, y se da cuenta, demasiado tarde, de que eso ha sonado como si estuviera en contra de ayudarlo cuando en realidad es el plural lo que lo ha confundido—. Sí, sí. Por supuesto, por supuesto. Te ayudaremos, te ayudaremos.

—En serio, no es necesario —asegura Nathaniel—. Todo está bien.

—Seguro que sí, pero será mejor que te vea un médico —insiste ella. Se inclina para recoger el resto del contenido de la mochila de Nathaniel, como si fuera un ser humano normal y no *ella*.

Harun debería ayudarla (él es solo una persona común) pero la imagen de los calzoncillos, los libros, las camisetas, hace que recuerde de pronto la maleta que Ammi ha preparado con amor para él, llena de ropa nueva, una *kurta* nueva, regalos... Y cuando lo hace, lo paraliza la vergüenza. Él, que había pensado que había tocado el fondo de la vergüenza cuando, en el extremo de ese mismo parque, James le había pedido que se alejara de su

vida de una puta vez.

—Ok —dice ella, colgándose la mochila del hombro—. Vamos.

—En serio, no es necesario —insiste Nathaniel—. Quedaré con mi padre más tarde. Todo está bien.

—¡Deja de decir eso! —Harun se sorprende y se avergüenza por la dureza de su tono. No tiene motivos para estar enfadado con este chico, que puede no ser James, pero que solo estaba caminando por el parque, inmerso en sus propios asuntos, cuando alguien se le ha caído encima. No es culpa suya que James le haya pedido a Harun que creyera que, aunque no todo estaba bien, alguna vez podría llegar a estarlo, cuando Harun sabe, y siempre ha sabido, que no lo ha estado, que no podría llegar a estarlo.

Es la esperanza lo que hace que duela.

Harun lo sabe.

---->

Nathaniel lo sabe.

---->

Freya también lo sabe.

---->

Si es completamente sincera, Freya tiene que admitir que sus intenciones tampoco son honorables por completo. Ahora que la niebla se ha disipado y se da cuenta de lo que ha hecho —se ha caído de un puente sobre un chico mientras revisaba las fotos de su hermana feliz, quien se ha comprometido— su preocupación no está tan centrada en el bienestar del chico, sino en el suyo propio.

Ve la situación a través de los ojos de su madre —«Podría demandarnos»— y de los ojos de Hayden —«La clase de atención

incorrecta»—, y, aunque normalmente piensa que su madre en particular no solo es paranoica de antemano con respecto a la gente que quiere demandar a Freya, sino que también lo es con cierta ambición (*suéñalo, hazlo*), Freya está evaluando la situación de manera adecuada.

Se ha caído de un puente, sobre un transeúnte inocente. Y otro chico ha presenciado toda la situación. Tiene un teléfono en la mano. Hasta donde ella sabe, podría haberlo grabado todo en vídeo y solo está esperando enviarle las fotos por e-mail a alguna página de cotilleos o subirlas a Twitter. ¿Cuántas visitas tendría eso? Lo único que a la gente le gusta más que presenciar un suceso es observar una caída en desgracia.

El chico sobre el que ha caído no parece reconocerla (no parece reconocerse ni a sí mismo), pero el otro muchacho sí. En el pasado, cuando Freya fue lo suficiente mayor como para comenzar a recibir comentarios negativos, a veces se involucraba con las personas que los escribían. «Ey, soy humana», decía. O: «Eso ha dolido». Y era sorprendente, porque algunas veces se retractaban. Desde hace un tiempo ya no lo hace. Hayden le ha ordenado no responder a los fans de forma tan directa. Ni siquiera leer lo que dicen sobre ella. «Ese es mi trabajo ahora», había dicho.

Aun así, la mejor forma de desarmar a alguien es matarlo con amabilidad. Es por esa razón que ha acorralado al otro chico para que ayude a Nathaniel a llegar a la clínica.

(Está siendo prudente, eso es todo. No tiene nada que ver con cómo su estómago ha dado un salto cuando Nathaniel ha tocado su rostro).

Cuando llegan a la clínica de urgencias, los pies de Freya están negros y su humor incluso más oscuro. Se da cuenta de que se ha obligado a hacer algo estúpido, que se ha atado a estas dos personas que podrían hacerle daño. Debería haber llamado a su agente, pero no está segura de que ella siga aceptando sus llamadas.

—¿Qué ha pasado? —pregunta la recepcionista de la clínica.

—Estábamos en el parque —explica el chico— y ella se ha caído de un puente sobre él y lo ha dejado inconsciente.

Freya se imagina cómo sonaría todo esto en el tribunal de las redes sociales.

En su teléfono. Absorta, mirándose el ombligo. ¡Típico!

Antes me gustaba, pero ahora es demasiado creída.

Cierto.

Qué perra.

Sabéis que arrojó a su hermana debajo de un autobús.

La recepcionista, que tiene la expresión aburrida de alguien que ha escuchado esta historia en particular una decena de veces solo hoy, les entrega un manojito de papeles.

—Completad esto y necesitaré la tarjeta del seguro.

Freya se vuelve hacia Nathaniel, quien no ha dicho más de dos palabras además de asegurarles de forma automática que todo estaba bien, y ella se pregunta si no tendrá algún daño cerebral.

Era un matemático brillante, dirían. A punto de curar el cáncer. Hasta que ella cayó sobre él.

Otra vida arruinada.

Odio a esa perra.

—La tarjeta del seguro —insiste la recepcionista—. De lo contrario, necesitaré que alguien pague la consulta.

—¿Tienes la tarjeta de tu seguro? —le pregunta Freya a Nathaniel. Pero él no parece comprenderla—. ¿Puedo ver tu cartera?

Él se la entrega, y ella la revisa. Tiene un carnet de conducir, un poco de efectivo, una tarjeta de embarque, una tarjeta de presentación y, escondida en el forro rasgado, una tira de fotos arrugada. Echa un vistazo a la tira, que muestra casi con seguridad a un Nathaniel mucho más joven y a un

hombre mayor que anticipa cómo será Nathaniel en unos diez años, ¿quizás es su padre? Siente un tirón en lo más profundo de su interior, como si hubiera una cuerda invisible envolviendo la zona donde debería estar su corazón.

Busca en su cartera y coge su propia tarjeta de crédito. Escucha a su madre, a Hayden y a los agentes advertirle de que acaba de dejar un rastro en papel de su culpabilidad. *Pero solo estaba intentando hacer lo correcto*, les dice a sus jueces invisibles.

¿Qué sabes tú acerca de lo que es correcto?

La recepcionista le entrega a Freya un sujetapapeles con varios formularios médicos. Su intención era traerlo hasta aquí, a una clínica de urgencias, y seguir su camino deprimente, pero ahora, al escuchar a los críticos invisibles que la arrinconan (*Pagaste por él porque eras culpable*), no puede escapar con tanta facilidad. Con un suspiro de agobio, conduce a Nathaniel a los asientos y le entrega los formularios. El otro chico aún está aquí. Quizás ella pueda conseguir que él olvide su teléfono por ahí para poder borrar cualquier fotografía que haya sacado antes de que terminen junto a un título del *Post*: *Diva abandona a peatón inconsciente*.

¿A quién pretende engañar? No puede cantar, y, si no puede cantar, entonces no habrá fama; y mucho menos popularidad o siquiera interés, y, definitivamente, tampoco cotilleos en el *Post*. Los fans desaparecerán. Y luego...

Parpadea con fuerza, intenta eliminar el pensamiento, se gira hacia Nathaniel, que está mirando el sujetapapeles como si estuviera escrito con jeroglíficos. A este paso, estarán aquí todo el día. Freya le quita el sujetapapeles de las manos.

—¿Qué tal si completo esto por ti? —propone, y trata de que su impaciencia no sea muy evidente.

Él asiente.

Sabe el nombre: Nathaniel Haley.

—¿Dirección? ¿Fecha de nacimiento?

—No tengo una —responde él, y Freya piensa que realmente está aturdido. Todavía sostiene su cartera, de modo que se la quita, coge el carnet de conducir y copia la información pertinente de allí. Un metro ochenta y siete. Cabello color café, ojos verdes. Diecinueve años. La dirección es solo una carretera estatal en Washington, pero cuando la copia se imagina una casa en el extremo de un bosque. Escucha cantar a los pájaros.

—¿Contacto de emergencia? —pregunta.

Su rostro se queda en blanco.

Coge la tarjeta de presentación y lee el nombre: Hector Fuentes. ¿Es ese el hombre de la tira de fotos?

—¿Hector Fuentes? ¿Es tu padre? —pregunta, a pesar de que Nathaniel no parece la clase de persona que tenga un padre llamado Hector Fuentes, pero, pensándolo mejor, Freya no parece la clase de persona que tiene una madre llamada Nancy Greenberg.

Nathaniel duda un instante y sacude la cabeza.

—¿Puedes decirme el número de teléfono de tu padre?

Cuando le devuelve una mirada en blanco, ella no lo culpa. ¿Quién se sabe de memoria números de teléfono todavía? Puede copiarlo de ese antiguo teléfono con tapita que él ha utilizado para llamar a su padre en el parque, pero no está segura de cómo funcionan esos móviles, de modo que, aunque eso la compromete aun más, escribe su propio número.

---→

Harun escucha cómo Freya interroga a Nathaniel sobre alergias (camarones). Se siente excluido. Desearía tener una alergia que ofrecer. Pero no es alérgico a nada, excepto tal vez a sí mismo. Eso existe. Lo buscó

una vez. Puede ser fatal.

—¿Has tenido algo de esto? —Freya (ahora Harun está seguro de que es ella, ha visto su tarjeta de crédito) enumera una lista de enfermedades. Incluye tuberculosis, arritmias y enfisema, y Harun no puede evitar notar que los padecimientos más comunes, los que realmente dañan a una persona (vergüenza corrosiva, corazón destrozado, familia traicionada) no se encuentran incluidos.

Ella termina de completar los formularios y los entrega. Harun sabe que cualquier utilidad que él pudiera tener ya ha expirado, pero ella es su última oportunidad de recuperar a James. ¿Cuál es la probabilidad de que ellos se hayan encontrado, justo hoy? Debe hallar una forma de extender su utilidad.

La enfermera llama a Nathaniel.

—¿Estarás bien? —pregunta Freya.

Nathaniel comienza a responder, pero Harun lo interrumpe:

—Deberíamos ir con él. Para hablar con el médico.

A Freya no le gusta la idea, pero, con un suspiro, se pone de pie y accede de forma reticente.

---->

Los tres se amontonan en la sala de reconocimiento, donde, después de que la enfermera haya revisado los signos vitales de Nathaniel, se hace evidente que ellos son unos completos extraños que no tienen nada en común ni nada que decirse los unos a los otros.

Sobreviene un silencio incómodo mientras cada uno intenta encontrar algún lugar en la pequeña sala hacia el que mirar y así evitar mirarse entre sí.

Freya coge su teléfono. La pantalla, ahora se da cuenta, está rota por la caída en el parque, congelada en la imagen de su hermana —*¡Ha dicho que*

sí!— con su estúpido prometido. El otro chico también tiene su teléfono en la mano. ¿Está tuiteando algo sobre ella? ¿Ya ha subido fotos? Debería comprobarlo. Debería decírselo a alguien. Pero no lo puede tolerar. No lo quiere saber. Apaga la pantalla, pero finge estar ocupada con su teléfono para tomarse un momento y evaluar en secreto a sus nuevos compañeros.

Uno de ellos está nervioso, sus grandes ojos oscuros destacan sobre su piel color café un tono o dos más oscura que la de ella. Emanan una clase de energía nerviosa que le recuerda a un animal asustado y empaña el hecho de que, debajo de todo ese sobresalto, hay un chico guapo, muy bien vestido, que intenta fingir que lo tiene todo bajo control con desesperación.

El otro, Nathaniel, parece la clase de persona que nunca ha fingido tener el control en su vida. Por su apariencia, no es que lo necesite. Es la clase de persona atractiva —alto y esbelto, y con una estructura ósea que muchos desearían— que hace que los demás sí necesiten mantener el control cuando se encuentran a su alrededor. No es el caso de Freya. Ha estado tan rodeada de belleza que ya no la impresiona. Tampoco la impresionaría Nathaniel si no fuera por sus ojos desparejos, uno verde, el otro gris. Estropean su perfección. Hacen que quite el aliento.

«Tú eres bastante guapa», le dijo una vez Hayden, «pero es tu voz lo que te distingue». Se deduce que sin voz ella es indistinta. No es nadie.

Se escucha un golpe en la puerta y entra el médico. Freya lo analiza de inmediato: joven y con una dentadura perfecta, pero con una sonrisa de suficiencia que lo estropea todo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta. Es la misma frase inicial que ha utilizado el médico que ella ha visita esta misma mañana. ¿Por qué preguntan eso? ¿No pueden simplemente leer los formularios? Pero en esta ocasión la madre de Freya no está aquí para intervenir con la explicación, y Nathaniel permanece mudo.

—Estábamos en el parque —comienza a decir Freya—. Y me he caído de un puente, sobre Nathaniel.

—¿Te has caído de un puente? ¿Te has desmayado?

—No —responde Freya. Se pregunta si debería haber dicho que sí, porque eso la haría parecer menos culpable. *No ha sido culpa suya*, tuitearían. *Ha caído tras desmayarse. Pobrecita. Ha perdido la voz*—. Simplemente he perdido el equilibrio.

Se desliza en su asiento hacia Freya, y se detiene de golpe justo delante de sus pies descalzos.

—¡Ey! —exclama, como si acabara de notar que sus pies están amputados y que está caminando sobre muñones ensangrentados—. ¿Qué les ha pasado?

—¿A mis pies? Solo están sucios —responde Freya.

—¿Por qué?

—Por la tierra —murmura el otro chico entre dientes, y Freya casi sonríe.

El médico se gira hacia él.

—¿Ella se te ha caído encima?

—No —responde él—. Soy Harun. Solo pasaba por allí.

—Un samaritano, realmente. Harun me ha ayudado a traer a Nathaniel aquí —explica Freya, aliviada de haberse enterado del nombre de Harun de una forma tan casual. A ella le enseñaron a llamar siempre a las personas por su nombre. Las hace sentir importantes. Si ella lo llama por su nombre, quizás él no ponga a todo internet en su contra.

—¿Quién es Nathaniel? —pregunta el médico.

Ella señala hacia el rincón, donde Nathaniel, para ser alguien tan alto, está haciendo un buen trabajo para intentar desaparecer.

El médico finalmente aparta la mirada de Freya y observa el formulario.

—Nathaniel Haley —lee.

—Sí —dice Nathaniel con una voz tenue como la neblina.

—¿De modo que ella se te ha caído encima? —Hace un gesto hacia Freya.

—Sí, eso creo —responde Nathaniel.

—No es la peor forma de perder el conocimiento —comenta el médico, y echa una mirada cómplice en dirección a Freya. Ella mira hacia abajo, pensando: *Basta. Por favor, basta.*

«El factor X», había dicho Hayden. «Esa cualidad invisible que tienen algunas personas y que provoca que otros quieran acercarse. No puedes fingirla. O la tienes o no. Freya la tiene, Sabrina no», dijo Hayden.

—¿Y te has desmayado? —pregunta el médico.

Nathaniel se encoge de hombros.

—Sí —responde Freya.

—Debe contestarme el paciente.

Nathaniel no responde. Freya empieza a preguntarse si realmente tiene algún daño cerebral.

—Sí —asiente Harun—. Se ha desmayado. Ella se ha caído sobre él. Él se ha desmayado.

—Os agradecería —dice el médico con un tono antipático— que me dejárais entrevistar al paciente.

—¿Pero cómo va a contar lo que ha pasado si le ha ocurrido a él? —pregunta Harun—. Yo estaba allí. Yo lo he visto.

---→

Lo he visto.

Harun no tiene forma de saber en este momento que esas palabras son más sanadoras para Nathaniel que cualquier cosa que el médico pueda hacer. Alguien lo ha visto.

—¿Entonces, has perdido la consciencia? —le vuelve a preguntar el

médico a Nathaniel.

Nathaniel mira a Freya, a Harun, y ambos asienten.

—Sí —responde.

—Y ha vomitado —agrega Harun—. Sobre los zapatos de ella.

—¡Así que por eso estás descalza! —le dice el médico a Freya—. No deberías caminar así por la ciudad. Veré si te podemos conseguir unos zapatos de objetos perdidos.

—Estaré bien —responde ella.

—Podrías pisar algo y cortarte.

—No, en serio. Todo está bien —dice, echando un vistazo a Nathaniel como si fuera una broma privada que ella le estuviera lanzando. Pero él no la pilla. (Solía ser muy bueno atrapando bolas, cuando era primera base). No porque no pueda, sino porque no se atreve.

Esto ya ha ido demasiado lejos. No hay necesidad de esto.

Pero el médico acaba de coger una linterna de su bolsillo y le está revisando los ojos a Nathaniel.

—Heterocromía —declara.

—¿Es como un hematoma? —pregunta Harun.

—No. Es cuando tienes los ojos de dos colores distintos. Aunque la pupila izquierda está realmente fija.

—¿Te refieres a la pupila de mi prótesis ocular? —pregunta Nathaniel.

—Claro. Por supuesto. Me has desorientado con los colores diferentes. Pero me gusta. ¿Es algún tributo a David Bowie?

—¿Podríamos continuar con el reconocimiento? —pregunta Freya con impaciencia—. No tenemos todo el día.

El médico desliza su asiento hacia el ordenador.

—Ok, Nate. Te preguntaré sobre los síntomas, y responderás utilizando una escala de cero a seis, cero para ningún problema, tres para nivel moderado y seis para nivel severo. ¿Entiendes?

—Eso creo —responde Nathaniel.

—¿Dolor de cabeza?

—Sí.

—¿De cero a seis?

Es un cuatro, pero él no quiere que nadie se preocupe.

—Tal vez un dos.

—¿Presión en la cabeza?

—Sí. Quizás un tres.

—¿Visión borrosa?

—Ahora veo bien.

—Un número.

—Cero, quizás uno.

El médico continúa con la lista: dolor de cuello, problemas de equilibrio.

Nathaniel responde con tono monótono: dos, tres, dos.

—¿Y qué hay de la tristeza? —pregunta.

—¿Tristeza?

—Sí, tristeza.

—¿Quieres que evalúe la tristeza?

—Sí —responde el médico—. De cero a seis, por favor, Nate.

---->

Freya está harta. Harta de los médicos que fingen saberlo todo, que actúan como si pudieran arreglarla, que preguntan cuál es el problema sin leer la hoja clínica, que le piden a la gente que cante el *Cumpleaños feliz* o que midan la tristeza utilizando una escala del cero al seis.

—¡Su nombre es Nathaniel! —gruñe con una confianza irritada a la que no tiene derecho. Hasta donde ella sabe, quizás sí lo llamen Nate.

---->

No lo hacen. Aunque su padre lo llama Nat.

---->

—¿Y qué tiene que ver eso con una conmoción cerebral? —pregunta Harun. ¿Es este médico un médico de verdad? Busca en las paredes un diploma.

—Ey, yo no he escrito esta lista —responde este, ya sin paciencia—. Así que, ¿por qué no me dices un número para que te puedas ir de aquí. Tristeza, ¿de cero a seis?

—No, no puede darte un número —protesta Harun.

—Es imposible medir la tristeza con números —añade Freya muy seria.

—¿Entonces cómo la mediríais? —pregunta el médico—. Por favor, decídmelo para que pueda comentárselo a la Academia Americana de Neurología.

---->

La pregunta está formulada con un tono sarcástico e incisivo, pero Freya, Harun y Nathaniel se la toman en serio.

---->

Freya piensa en la música, y luego en el silencio, y en estar sola por completo.

---->

Harun piensa en el amor, en la familia y en *sal de mi vida de una puta vez*.

---->

Nathaniel piensa en su padre, en Sam y Frodo y en una casa siendo devorada por el bosque.

---->

Quizás sean unos completos extraños, con vidas diferentes y problemas diferentes, pero allí, en la sala de reconocimiento están midiendo la tristeza de la misma forma. La están midiendo en pérdidas.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE IV



—Nat, tienes que ver esto —gritó mi padre en cuanto crucé la puerta.

Respiré hondo y contuve la irritación. Estaba sudado por el entrenamiento de béisbol, necesitaba ducharme, lavar los platos sucios del desayuno y de la comida de mi padre, preparar la cena y registrarme online en un curso gratis de preparación para el SAT.

El día anterior, mi madre me había llamado, quería saber si había comenzado a pensar en la universidad. «Estás en tercer año. ¿Tu padre no ha empezado aún a prepararlo todo?».

Le aseguré que sí lo había hecho, balbuceé alguna mentira acerca de que estábamos planeando juntos visitas a universidades, lo que es algo que sabía que algunos chicos habían hecho con sus padres. Mi madre no insistió. La mujer que una vez dijo que no podía vivir con dos niños ahora tenía dos niños nuevos y estaba saturada de trabajo, así que supe que no me haría un seguimiento. Aun así, había conseguido una cita con una consejera escolar y la había visitado antes ese mismo día.

—Nat, ¡date prisa! —gritó mi padre desde la sala de estar.

Algunas veces, si lo ignoraba, se distraía. La mayor parte del tiempo, solo se volvía más insistente, y era mucho más difícil calmarlo. Era mejor ver qué lo había alterado tanto, hablarle un poco y, quizás, luego podría utilizar el ordenador.

La consejera escolar se había sorprendido de que no la hubiera visitado antes. «Tus calificaciones son bastante buenas y ser un estudiante de

secundaria que forma parte del equipo de béisbol universitario es impresionante», afirmó. Habíamos conseguido llegar a las finales de la división y algunos cazadores de talentos habían asistido a nuestros partidos. «Con tus notas podrías entrar en una buena universidad. Quizás incluso podrías obtener una beca parcial si juegas al béisbol. No en una universidad que participe en una gran liga, sino en alguna más pequeña, si te va bien en el SAT. Debes inscribirte en un curso».

—¡Nat!

Entré en la sala de estar. La televisión estaba encendida, como lo estaba siempre desde que mi padre había dejado de trabajar. Yo había aprendido a evaluar su humor, no por sus acciones, sino por lo que estaba viendo en la televisión. Los dibujos animados, la CNN y *Real Housewives* significaban que estaba controlado. Los documentales significaban que estaba bien. A mi padre le encantaban los documentales, no por lo que decían, sino por lo que sugerían.

Entrecerré los ojos hacia la televisión. Un tipo estaba montando en bicicleta.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—El tipo que está montado en la bici es ciego. —Mi padre sonrió de manera triunfante. Pero supe que había más. Siempre había más—. ¿Escuchas ese sonido?

Era distante pero inconfundible, como un pájaro carpintero.

—Está haciendo chasquidos —señaló—. Como un murciélago.

—Ecolocalizando —dije.

Mi padre chasqueó los dedos.

—¡Exacto! Ha estado haciendo eso desde que era pequeño, cuando perdió ambos ojos a causa del cáncer. No tiene ojos, pero puede ver... realmente puede ver.

—No puedes ver *realmente* si no tienes ojos.

—¿No? —preguntó mi padre con ese brillo en su propia mirada, y suspiré porque sabía lo que eso significaba—. Me ha hecho pensar —continuó. Y luego le dio rienda suelta a una explicación, la última teoría que pretendía demostrar. Si un hombre ciego podía ver con otras partes del cerebro, ¿qué más sería capaz de hacer?—. Colocamos obstáculos en nuestra mente que nos limitan. Pero también podemos eliminarlos. ¿Qué fue lo que dijo William Blake?: «Si las puertas de la percepción se purificaran, todo se le aparecería al hombre como es, infinito».

Comenzó a hablar a toda velocidad, tal como lo hacía cuando era presa de una gran excitación. Pronto estaría sin aliento y los pensamientos lo asaltarían tan rápido que no podría mantener el ritmo.

—¿Lo ves? ¿Lo ves? —preguntó—. ¿Qué pasaría si pudiéramos desbloquearnos, si solo pudiéramos liberar nuestras mentes? —Se detuvo para golpearse la sien, no de forma suave, para hacer énfasis, sino con intensidad, como si quisiera menear su cerebro.

Le cogí la mano con suavidad y la mantuve en mi regazo hasta que se calmó.

—¿No lo ves? —La voz de mi padre era un susurro reverente—. Lo que eso significa es que la única limitación sobre cómo vivimos nuestras vidas está aquí arriba. —Tocó mi sien esta vez, con suavidad. Cogió dos tiras de tela de algodón, cortadas, según vi, de uno de los pocos juegos de sábanas intactos que aún teníamos.

—Vamos al bosque —propuso mi padre—. Vayamos a ver si podemos expandir nuestra consciencia.

Yo no quería expandir nada. Tenía deberes que hacer. Y un curso de preparación para el SAT en el que inscribirme. Los platos del día todavía estaban en la mesa, y había que empezar a preparar la cena. Pero sabía que si no iba, mi padre iría sin mí.

Quería adentrarse en los bosques, pero logré conducirlo hacia un claro

que no estaba tan lejos, un lugar libre de obstáculos, acantilados y rocas grandes. Allí, cuatro años atrás, habíamos esparcido las cenizas de la abuela Mary.

—Tú primero —dijo mi padre.

—Está bien. —No tenía intención de permanecer con los ojos vendados, de ecolocalizar. Estaba allí para asegurarme de que él no se cayera por un acantilado.

Dejé que mi padre me colocara la venda. La ató con firmeza, y la oscuridad fue repentina y absoluta. Me senté con cuidado en un tronco caído, de modo que mi padre, que no era tonto, pensara que estaba participando en esta actividad y no solo siguiéndole la corriente.

Al principio, sentí el estremecimiento familiar e irritante de la impaciencia. ¿Cuánto duraría esto? Pero mientras estaba sentado allí, en la oscuridad, algo extraño comenzó a suceder. Fue como si alguien hubiera subido el volumen del bosque. Pude escuchar el sonido de una hoja cayendo sobre la tierra, cómo se degradaba y se convertía en mantillo. Pude escuchar a los castores empujando piedras al río. Y luego sentí que escuchaba más allá del bosque. En la oscuridad, percibí el tañido de la campana de una iglesia lejana. Escuché un avión volando a mil kilómetros de distancia. Escuché el sonido de una niña cantando. Y luego mis otros sentidos comenzaron a activarse. Olí dátiles, como si las semillas que la abuela Mary y yo habíamos plantado hubieran dado fruto. Degusté sabores que no podría describir.

Eso era lo que me exasperaba de mi padre. Justo cuando quería tacharle de loco o de Peter Pan, él hacía que deambulara con los ojos vendados por el bosque y rozara el borde de algo misterioso.

—¡Maldición! —aulló mi padre—. ¡Mierda!

Me arranqué la venda y volvió la luz, y los secretos que el bosque había estado a punto de desvelarme se acallaron.

Allí estaba mi padre, chasqueando a lo loco, agitando las manos, balanceándose hacia una zanja.

—¡Papá! —Comencé a correr—. ¡Papá, espera! —Lo alcancé unos pocos metros antes de un barranco, pero siguió avanzando, sacudiendo los brazos como aspas de un molino—. ¡Papá, espera! —Me estiré para sujetarlo y tirar de él hacia atrás, pero él se inclinó hacia adelante y empujó una rama verde de un árbol que volvió hacia atrás con la fuerza de un látigo.

No sentí dolor. Fue solo cuando la sangre cálida comenzó a recorrerme la mejilla que entendí que algo había sucedido.

—Papá —grité—. Creo que estoy herido.

No se volvió.

—Estás bien —aseguró.

La sangre corría hacia mi boca, y la visión de mi ojo izquierdo se estaba volviendo borrosa.

—Estoy sangrando.

—Si un ciego puede ver, tú puedes soportar un poco de sangre.

Era más que un poco, pero sabía cuándo él se adentraba en un camino sin retorno.

—Ponte algunas hojas —propuso—. ¿Quién sabe? Quizás tengan propiedades antibacterianas como la rana arborícola. —Había visto un documental sobre eso unos años atrás.

—¡Papá!

—No descubrirás nada si no te arriesgas. Estarás bien.

—Papá.

—Imagina si Frodo y Sam se hubieran rendido cada vez que se encontraban con un problema. Imagínatelo.

Sabía bien que no debía discutir con él cuando entraba en ese estado. Mis opciones eran regresar a casa y ocuparme de la herida o esperar aquí

fuera con él.

Esperé allí en el bosque durante al menos una hora, mientras mi padre expandía su consciencia y yo sangraba sobre las hojas húmedas. Cuando llegamos a casa, mi ojo estaba cerrado por la hinchazón. Fui al baño y limpié la herida lo mejor que pude.

Cuando salí, mi padre estaba en la cocina, lavando los platos y encendiendo la trituradora de residuos, algo que nunca hacía.

—Ha sido revelador, ¿verdad? —preguntó. Me echó un vistazo y por fin se percató de la herida—. Deberías ponerte un poco de hielo.

Pero no había hielo en el congelador, era demasiado tarde y tenía que empezar ya a preparar la cena. Así que coloqué un paño sobre la herida y pensé que se mejoraría. Ya no me dolía y estaba comenzando a provocarme comezón.

Al día siguiente falté al instituto y me quedé en casa porque había dormido mal y tenía un aspecto horrible. El ojo estaba hinchado y cerrado. Pensé durante un instante en ir al médico, pero no teníamos uno, salvo ese al que mi padre recurría para obtener sus medicamentos en la clínica gratuita de la ciudad. Pensé en ir a la sala de emergencias, pero me preocupaba cuánto costaría y qué pasaría si mi madre se enteraba. Ya era demasiado mayor para las batallas por la custodia, pero nunca estaba de más tomar precauciones.

Mi padre se quedó encerrado en su habitación, garabateando en sus cuadernos. Se quedaría así hasta que el frenesí desapareciera, y luego comenzaría el próximo documental —sobre asesinos en serie, gorilas de montaña, sal, turismo suicida— que encendería una idea en su cerebro y lo haría volar una vez más.

Cuando desperté a la mañana siguiente, tenía el ojo en llamas, y una supuración de pus sangriento me recorría la mejilla. Fui a la enfermería del instituto y me enviaron de inmediato a urgencias, y allí los médicos dijeron

que la cuenca entera del ojo estaba infectada y que el globo ocular en sí mismo había estado sin circulación de sangre durante tanto tiempo que el tejido probablemente estuviera muerto. El ojo tendría que ser extirpado.

La cirugía se retrasó porque necesitábamos el consentimiento parental y mi padre no respondía el teléfono. Inventé una historia acerca de que él era escritor y apagaba el teléfono cuando estaba trabajando. No estaba tan lejos de la realidad.

—¿Y tu madre? —me preguntaron.

Mi madre no podía enterarse de esto. Me aseguraría de ello de la misma forma que hice que nunca se enterara de la semana en la que estuvimos sin electricidad o la vez que mi padre me dejó solo en el bosque toda la noche.

(No se lo cuentes a tu madre).

—Mi madre está muerta —le dije a los médicos.

Al final lograron comunicarse con mi padre y me llevaron de urgencia a la sala de operaciones. Desperté solo, en una habitación oscura, y supe que mi ojo había desaparecido. Mientras yacía allí, atontado, con la cabeza latiéndome, quería que alguien me envolviera en sus brazos, me besara la frente y me dijera que todo estaría bien. Pero nadie lo hizo. Con delicadeza, toqué la gasa que me cubría el ojo, y me di cuenta, a partes iguales de terror y alivio, de que sería imposible ocultarle este secreto a mi madre. Porque ella lo vería y lo sabría, y si lo sabía, no me dejaría quedarme aquí. ¿Verdad?

Mi padre entró en la habitación, y cuando me vio despierto, se echó a llorar.

—Ay, Nat. Ay, amiguito —dijo—. Mírate.

Al ver a mi padre derrumbado, sollozando, entendí que no le diría nada a mi madre. La decisión estaba tomada desde hacía mucho tiempo. Y, con ella, la mentira que le había contado a los médicos sobre su muerte de pronto se volvió una realidad. Para guardar el secreto, tendría que

distanciarme de ella. Esa realidad hizo que una descarga de furia me atravesara y eliminara los restos de la anestesia. En ese momento terrible e ínfimo no solo odié a mi padre, sino que deseé que estuviera muerto.

Solo fue un momento, pero me dejó exhausto y me llenó de vergüenza. No odiaba a mi padre. Lo quería y él me quería a mí.

Mi padre había comenzado a sollozar de forma compulsiva, como si estuviera escuchando mis horribles pensamientos. Sabía que si no lo calmaba, solo empeoraría. De modo que le dije lo que ya había aprendido que la gente quería escuchar.

—Todo está bien.

—Pero has perdido el ojo —dijo.

«No había forma de salvarlo», me habían dicho los médicos. Así que salvé lo único que todavía podía salvar. O al menos lo intenté.

—Quizás tenía que perder el ojo para ganar sabiduría —le dije.

La expresión de su rostro fue tan esperanzada que me resultó dolorosa.

—¿De verdad? ¿De verdad piensas eso?

No lo pensaba. Ya no creía ni la mitad de lo que mi padre me decía, pero no podía ignorarlo por completo. Porque a veces tenía razón. Y porque era mi padre. Y éramos una comunidad de dos.

—De verdad.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE V



El primer vídeo había sido, en realidad, un accidente. La gente no lo creía. Pensaban que era parte de una historia inventada, pero fue el único detalle de todo esto que Hayden no había inventado. Solo había sucedido.

Sabrina tenía razón. Dos años más tarde, nuestro padre todavía no había regresado. Las promesas de volver, de que lo visitaríamos, eran cortinas de humo. Las llamadas semanales por Skype habían comenzado a espaciarse, y cuando hablábamos por teléfono no daba muchos detalles sobre su vida. Ya no nos preguntaba si queríamos visitarlo. Ya no me preguntaba si cantaba.

Pero yo sí seguía cantando, solo que ahora lo hacía con Sabrina. Todos los días. Después del colegio, Sabrina hacía los bocadillos (de queso fundido y rodajas de tomate) y me ayudaba con los deberes. Ella era mucho mejor estudiante que yo, sobresaliente en todo. Cuando los terminábamos, escuchábamos música juntas, escogíamos las canciones que nos gustaban y probábamos si podíamos cantarlas mejor.

A veces nos conectábamos a internet y veíamos vídeos en Youtube. Otras veces, iniciábamos sesión en Facebook con el propósito de echar un vistazo a la vida de nuestro padre. Cuando vivía aquí, su Facebook era su página profesional, donde tenía vídeos de él tocando en conciertos u ofrecía clases de música después de que a mi madre se le ocurriera la idea de que podía enseñar para ganar algo de dinero. Últimamente, las publicaciones lo mostraban en la iglesia, en comidas familiares, con una

gran sonrisa, abrazando a tías y tíos y primos que nunca conocimos. ¿Nos echaba de menos? No podía saberlo. Los estados en general estaban en amárico.

Ese día, estábamos viendo su Facebook cuando nos topamos con una fotografía de una mujer sosteniendo un bebé envuelto en una manta verde. El comentario decía: በመጨረሻ ወንድ ልጅ አለን.

—Busquémoslo —dijo Sabrina, y copiamos las palabras en un programa de traducción. Pensé que diría algo sobre un sobrino nuevo, un primo nuevo para mí, pero el traductor reveló: *Por fin, tenemos un hijo*. Y, de pronto, comprendí por qué las llamadas se habían espaciado.

Me eché a llorar, algo que hacía con frecuencia, lo que irritaba a Sabrina, que nunca lloraba. Pero esta vez, me dio una palmadita en el hombro.

—Lo siento —dijo.

Su compasión provocó que llorara aún más. Miró la pantalla.

—Solomon no merece tus lágrimas. —Solomon, no papá—. Quiero decir, ¿cómo ha podido olvidarte así?

Olvidarte. Como si solo me afectara a mí.

—¿Sabes lo que deberías hacer? Deberías subir una canción o algo. Que vea lo increíble que eres. Lo que se ha perdido.

«*Canta lo que no puedes decir*», había dicho mi padre. Eso era lo que Billie y Nina y Josephine y Gigi hicieron.

—Está bien.

—Déjame limpiarte el rostro primero.

Sabrina me lavó la cara con una toalla y me maquilló con cuidado.

—¿Sabes qué quieres cantar? —preguntó.

Sí. Quería cantar *Tschay Hailu*, la canción de cuna que mi padre había cantado para mí y que ahora estaría cantando para su nuevo hijo. Cogí un cubo de basura a modo de cajón para acompañar la canción, y Sabrina presionó GRABAR.

Mi intención había sido enviar un saludo a mi nuevo hermano, un recordatorio a mi padre, pero, cuando comencé a cantar, salió algo más, algo primitivo y doloroso y puro. Seguí cantando, golpeteando incluso más fuerte, y mi voz alcanzó lugares que nunca antes había alcanzado.

Cuando terminé, me sentí mejor, tal como la noche en la que Sabrina había cantado conmigo por primera vez. Ni siquiera quería postearlo. Haber cantando la canción había sido suficiente.

—Oh, está más que claro que la subiremos. —Sabrina subió el vídeo a su página de Facebook.

«Uh», dijo Sabrina al día siguiente cuando revisamos el post. Había etiquetado a nuestro padre, de modo que el vídeo había aparecido en su página, pero él debió haberse desetiquetado, porque ya no figuraba allí.

Pero en la página de Sabrina, vimos que el vídeo había sido compartido sesenta y siete veces. Había obtenido más de cien comentarios, algunos de los amigos de Sabrina, pero otros de gente que no conocía. Yo estaba devastada porque mi padre se hubiera desetiquetado. ¿Por qué había hecho eso? ¿Se sentía avergonzado de nosotras? ¿Se avergonzaba por habernos dejado? ¿No le había gustado el vídeo?

Lo único que alivió mi dolor fueron todos los comentarios. Más adelante, cuando mi madre regresó a casa y Sabrina la estaba ayudando con la cena, los leí todos. Dos veces. Eran muy agradables. Y llenaron el hueco que el silencio de mi padre había dejado en mí.

Cogí una copia del vídeo, lo edité y lo subí a Twitter.

Al día siguiente, había sido retwitteado cientos de veces, tenía miles de me gusta, y muchísimos comentarios más. Los leí todos. Y los volví a leer. Me hicieron sentir muy bien.

Se lo enseñé a Sabrina.

—¿Por qué lo has vuelto a subir? —preguntó—. Seguramente Solomon no tiene Twitter, y ya lo ha visto en Facebook.

—Pero mira cuánta gente lo ha compartido.

Sabrina miró. No pareció impresionada.

—Quizás deberíamos enseñárselo a mamá.

—Sí —dijo—. Estoy segura de que le encantará que le hayas enviado una canción a nuestro padre.

—Pero es raro que se haya compartido tantas veces. —Intenté sonar casual—. Es como si se hubiera vuelto viral. Deberíamos contárselo antes de que se entere por otra persona.

Sabrina suspiró.

—Está bien. Se lo enseñaré.

---->

—Ah —dijo mi madre—. He estado leyendo sobre cómo internet está creando una nueva clase de estrella. Hay potencial para ganar dinero real.

—¿Cómo? —preguntó Sabrina.

—No estoy segura —respondió nuestra madre—. Deberíamos subir otro vídeo. ¿Por qué no lo hacéis juntas esta vez? Las dos cantáis muy bien. ¿Qué opinas, Sabrina?

Incluso entonces, debía haber una pequeña bellota en mi corazón. Porque la sentí, nudosa y arrugada, y gritó, *¿y yo qué?* cuando mi madre dijo eso. *Yo* era la que había nacido cantando. *Yo* era la que había obtenido todos esos me gusta en el vídeo. Pero a mí nadie me preguntó.

—Está bien —aceptó Sabrina—. ¿Por qué no?

---->

Los primeros vídeos fueron de prueba. Pero mi madre, bajo el encanto de *El camino*, estaba convencida de que si lo deseaba lo suficiente, sucedería. Comenzó a leer sobre lo que hacía que los vídeos tuviesen éxito. Decidió que necesitábamos un gancho, un estilo, un sonido.

El sonido, en gran parte, estaba dictado por *covers*. Todavía no habíamos empezado a crear nuestro propio material. El estilo fue obra mía: quería algo que sonase a Billie y a Josephine y a Gigi. Y el gancho fue que éramos dos hermanas que no se parecían en nada.

—¿Cómo deberíamos llamaros? —preguntó mi madre—. ¿Las Kebede?
Sabrina arrugó la nariz.

—Las hermanas Kebede —sugirió. Sacudió la cabeza—. Suena raro. —
Hizo una pausa y se dio unos golpecitos en el mentón con los dedos—.
¿Qué os parece Las hermanas K?

—Las Hermanas K —repitió mi madre—. Me gusta.

---->

Para cuando, cuatro años más tarde, fuimos citadas en las oficinas de Hayden Booth, las Hermanas K tenían un canal de Youtube (220.000 suscriptores), una cuenta de Instagram (780.000 seguidores), una de Twitter (375.000 seguidores), una página oficial de Facebook y varias hechas por fans, además de un canal de SoundCloud con más de veinte canciones originales.

También teníamos una *manager*: mi madre. Miraba obsesivamente los vídeos con muchas visitas de otras personas, intentaba descubrir qué funcionaba y qué no. Planeaba cronogramas semanales, analizaba el tráfico web para determinar cuándo debía postear. Se quedaba despierta hasta tarde, revisando los comentarios y la cantidad de veces que alguien compartía nuestras publicaciones. Cuando nuestros vídeos ganaron por primera vez una pequeña retribución dineraria gracias a la publicidad, ella lo utilizó para contratar a una asesora que nos ayudara a pulir nuestro estilo y nuestra influencia —o, como dijo, «monetizar»— nuestra popularidad en ascenso.

—Es interesante —dijo la agente, revisando algunos de los comentarios

—. Parece que conectan de manera personal con Freya.

—Probablemente porque ella responde todos sus comentarios —respondió Sabrina con desdén—. Cada. Uno. De. Ellos.

Me ruboricé y miré hacia abajo, avergonzada. Porque Sabrina tenía razón. Leía los comentarios y respondía casi todos, en especial los primeros días. Era lo único que me hacía sentir que formaba parte de aquello.

Aunque nos llamábamos las Hermanas K, en realidad era el *show* de Sabrina y mi madre. Si bien Sabrina y yo habíamos cantado juntas, y a veces escribíamos canciones, ella y mi madre eran las que debatían cada aspecto del negocio, y Sabrina acudía a ella siempre que escribía una canción nueva. Conspiraban. Planeaban. Y nuestra familia volvió a ser una silla de tres patas.

Los comentarios, sin embargo, lo eran todos para mí. Cuando comencé a responderles a los fans, ellos empezaron a dirigirse a mí directamente. Mientras mi madre y Sabrina se sentaban enfrente de un ordenador a analizar las interacciones en las redes sociales y a hablar de mí, yo abría en silencio mi teléfono y establecía intercambios reales, sabiendo que habría alguien ahí para mí.

—En realidad —comentó nuestra agente—, esa es una estrategia muy inteligente. Hace que los seguidores sientan que son parte de tu éxito. Esa clase de superfans son los que te llevarán de ser una novedad al próximo nivel.

—¡Maravilloso! —exclamó mi madre—. Freya, sigue haciendo lo que estás haciendo. Sabrina y yo te seguiremos el ritmo desde nuestro sitio.

---→

Comenzamos a ganar más dinero publicitario gracias a nuestros vídeos. Mi madre pasó de trabajar a tiempo completo a hacerlo a media jornada como

administrativa en un hospital. Leía artículos sobre las celebridades mejor pagadas de internet. «¡Algunas ganan millones!». Estaba convencida de que podíamos ganar mucho dinero. El suficiente como pagar nuestras deudas, la universidad y —¿quién sabe?— quizás incluso hacernos un poco ricas.

Pero en sus planes no estaba Hayden Booth. Ni siquiera mi madre, sumergida en la agonía de *suéñalo, hazlo*, se imaginó que Hayden Booth llamaría a nuestra puerta.

Cuando nos llamaron desde su oficina para solicitar una reunión, mi madre estaba conmocionada. Casi asustada. Como si hubiera recibido una llamada de Dios.

En los artículos sobre Hayden Booth (que mi madre leyó, obsesivamente, después de que nos llamara) le describían a veces como productor de música, otras como *manager* de talentos, otras como administrador de redes sociales. «No existía una palabra para lo que hacía antes de que yo apareciera», alardeaba en uno de esos artículos. «Simplemente me considero un creador».

Su historia de origen se había convertido en una especie de mito. Diez años atrás había sido un chico desaliñado y sin dinero de los clubes de Londres cuando, viajando como mochilero por Berlín, vio a esta chica tocando en el U-Bahn. La había escuchado cantar y tocar la guitarra, y había visto toda su trayectoria de inmediato. Fue como una visión. Él no sabía cómo, pero supo que sería enorme, y él podía ser el que la condujera a eso. Cuando terminó de cantar, se acercó a ella, sin ni siquiera saber si hablaba inglés, y le dijo: «Te haré famosa».

Y lo hizo.

Nos contó una versión de esa historia en nuestra primera reunión, cuando, después de hacernos esperar durante dos horas en la recepción, finalmente nos invitó a su oficina y a que nos sentáramos en un pequeño

banco mientras él se situó en su trono, iluminado desde atrás por una serie de ventanas.

Cuando terminó de contarnos cómo había creado a Lulia, y luego a Mélange y a Rufus Q, dijo que siempre estaba a la caza de la siguiente estrella. Me miró, los ojos abiertos y fijos. Fue aterrador. Yo eché un vistazo a su oficina, en busca de un lugar seguro, miré la ventana, la pared, el extraño grafiti que decía: *El arte es personal. Los negocios no lo son*, cualquier lugar excepto a Hayden.

Al final, preguntó:

—¿Sabéis lo que significa ser famosas?

Mi madre comenzó a responder, pero Hayden levantó la mano y ella se quedó en silencio.

—Quiero escucharlas a ellas.

Hubo una pausa. Sabrina me miró, el rostro inseguro de manera poco usual.

—¿Ser conocida por lo que haces? —respondió Sabrina al mismo tiempo que yo decía:

—Que te quieran.

—Mi contable es conocido por idear formas creativas de esconderle el dinero a Hacienda. ¿Es famoso? —le preguntó a Sabrina.

Sabrina sacudió la cabeza.

—Y mi abuela era muy querida. Pero apuesto a que nunca han escuchado hablar de Pauline Howarth, ¿verdad? —le preguntó a mi madre.

Ella sacudió la cabeza.

—La mayoría de las personas no saben lo que es la fama. Confunden la fama con ser conocido, y ser conocido con despertar la atención. Pero os contaré cómo funciona —lo dijo como si estuviera a punto de revelar un secreto.

Se puso de pie, dio unas zancadas alrededor de la mesa y se apoyó

contra el borde, cerca de Sabrina.

—Primero, hay que despertar la atención. —Hizo que su mano izquierda formara una C—. Vosotras ya lo habéis hecho. Pero la atención es barata. Son vuestros quince minutos de fama. Es lo que puede lograr una mujer haciendo el tonto y vestida de Chewbacca. Va y viene. A menos que... — En ese momento formó otra C con la derecha—. La atención se sostenga lo suficiente como para hacerte conocido. Lo que dura un poco más, pero sigue estando construido sobre arenas movedizas. Ahora bien, si el hecho de ser conocido se puede transformar en un producto, entonces has logrado algo. Te dará de comer. Las estrellas deportivas. Los actores de clase B. Estrellas de *realities*. Los músicos de segunda llegan a ese punto, un bucle sin fin de despertar la atención, volverse conocidos, lograr convertir eso en un producto.

En ese instante unió las dos manos para que crearan un círculo, sin juntar los dedos por completo.

—Puedes subirte a ese tren y llegar lejos, ganarte la vida de esa forma, pero todavía no has llegado a la fama. —Hizo una pausa. Sus dedos comenzaron a temblar, como las alas de un pájaro que quiere levantar el vuelo—. Vuestra madre ha hecho un trabajo excepcional haciéndoos llegar tan lejos. Quizás incluso podéis ganar una buena suma de dinero durante un tiempo, consigáis firmar algunos contratos publicitarios decentes y obtener ganancias, pero os prometo esto: no durará más de algunos meses o, si tenéis suerte, algunos años. Pero, tarde o temprano (probablemente temprano), la gente centrará su atención en la siguiente cosa que brille, y no seréis vosotras. Cuando eso ocurra, vuestros fans os olvidarán. Vuestros números bajarán. Y volveréis a ser como todos los demás.

—¿Y cómo evitamos que eso suceda? —preguntó mi madre.

—Eso nos deja la fama —dijo Hayden, ignorándola—. A veces, si tienes talento, si tienes algo extra, y si estás rodeado de la gente correcta, tienes

una oportunidad de escapar de ese bucle. De esa mera atención, que es efímera... —Hizo que sus manos explotaran, que sus dedos de pájaro se elevaran al cielo—. Escapar y saltar hacia la fama, que es eterna.

El teléfono de Hayden comenzó a sonar, vibrando en el escritorio. La pantalla decía *Lulia*, como si el universo hubiera querido confirmar lo que Hayden había dicho.

—La fama —continuó Hayden—. Eso es lo que hago. Creo fama. Pero solo bajo las circunstancias correctas, con los artistas adecuados. Con aquellos que tienen el talento suficiente. Y el hambre suficiente. —Se detuvo para mirarme—. La pregunta es: ¿tienes el hambre suficiente?

Yo no sabía si tenía el hambre suficiente, ni siquiera sabía qué significaba eso, qué me estaba prometiendo. Pero había entendido una cosa. *Vuestros números bajarán. Vuestros fans os olvidarán.* Entendía lo que eso significaba.

—¿Tienes el hambre suficiente?

Mi madre y Sabrina hablaron como una y respondieron por mí como siempre lo hacían.

—La tenemos —aseguraron.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE VI



Encontré a James por un billete de un dólar y lo perdí por uno de cincuenta. Lo que supone simplificar demasiado las cosas, pero ¿de qué otra forma explicas algo tan inexplicable como el amor?

—Ey. ¿Se te ha caído esto? —Levanté la mirada. Allí estaba James, sosteniendo un billete arrugado de un dólar.

—Creo que no —tartamudeé. Era mi primera semana en la universidad comunitaria, y, aunque el campus era pequeño y se encontraba en la ciudad donde había pasado toda mi vida, yo me sentía perdido. Aferrando mi horario y un mapa, estaba intentando encontrar el edificio donde tendría mi clase de Estadística.

Levanté la mirada de mi horario impreso y vi su rostro por primera vez. Todo en él parecía indicar amabilidad: el brillo de su piel oscura; la barba candado que hacía que pareciera que su sonrisa era permanente, los ojos color café, titilantes, como si se estuvieran riendo de una broma ingeniosa.

—¿A dónde tienes que ir? —me preguntó.

Un extraño pensamiento me invadió: *Aquí mismo es donde necesito estar.*

James cogió mi horario.

—Estás en Newkirk. Tienes que ir al edificio G, al otro lado de Bergen. Te acompaño —dijo, y me cogió por el codo, al que inmediatamente le prendió fuego.

Ese día no presté atención en Estadística. Me dediqué a restregarme el codo, aún sentía un cosquilleo, y pensé en el chico de ojos sonrientes cuyo

nombre ni siquiera había escuchado y a quien probablemente nunca volvería a ver. De modo que cuando salí del edificio y lo vi apoyado contra el soporte para bicicletas, mi primer pensamiento fue que era un milagro. Luego recordé que era imposible que fuera eso. Pero cuando me preguntó si quería ir a tomar un café, me pareció una especie de intervención divina.

Caminamos sin parar durante dos horas, haciendo pausas solo para respirar. James me contó que estaba en su segundo año de universidad estudiando Gestión de Alimentos, con la esperanza de convertirse en chef algún día. Veía programas de cocina de manera obsesiva, y podía coger cinco ingredientes, cualquiera que fuesen, y convertirlos en algo delicioso. Era hijo único, criado por su madre, hasta que un fin de semana ella lo dejó con su padre y no volvió. Se había marchado de la casa de su padre hacía poco y ahora estaba quedándose con un primo en Heights mientras resolvía las cosas.

Le conté a James que estaba estudiando Negocios y Contabilidad con la esperanza de que, algún día, sería jefe de la tienda de mecánica de mis padres (y, si Ammi no tenía ninguna objeción, lograría expandirla). Le conté cómo Abu había obtenido una visa en la lotería cuando tenía diecinueve y cómo había llegado al JFK con una sola maleta. Durante diez años tuvo tres trabajos, a veces jornadas de veinticuatro horas, y cada mes enviaba dinero a casa y ahorra lo que podía hasta que tuvo lo suficiente para comprar una tienda. Solo entonces regresó a casa para buscar una esposa.

Le conté todo sobre Ammi, cómo se había mudado al extranjero para vivir con un esposo al que apenas conocía, cómo llegó en invierno y se sintió atacada por el frío. Había llorado todos los días y no había dejado la casa hasta que vio el primer croco, momento en el que se había dirigido a la tienda de Abu y le había pedido que le diera algo que hacer. Él le había enseñado a llevar sus libros contables, y ahora ella hacía lo mismo para

tantas tiendas diferentes que había tenido que rechazar trabajo. Abu a veces bromeaba con que era algo bueno que estuvieran casados porque, de lo contrario, ella no hubiera tenido tiempo para llevar su contabilidad.

A las seis, Ammi me envió un mensaje de texto preguntándome dónde estaba. James y yo intercambiamos nuestros números de teléfono y durante el resto de la semana seguimos chateando por mensajes de texto.

—¿Con quién estás hablando? —preguntó Halima.

—Jabir. —La mentira salió de mi boca automáticamente.

—¿Es un amigo nuevo de la universidad? —preguntó Ammi.

—Sí —respondí. Esa noche, en mis contactos, cambié el nombre de James por Jabir y comencé a borrar sus mensajes al final de cada día.

Le propuse que quedásemos otra vez para tomar café lejos del campus, en una de esas cafeterías exclusivas del centro comercial.

—¿Estás saliendo con alguien? —me preguntó James de manera casual.

—Ahora mismo no —respondí.

—¿Ahora mismo no? —repitió arrastrando las palabras a modo de broma, como si ya supiera la verdad.

—Nunca... nunca he salido con nadie —admití—. Nunca he hecho nada con... nadie.

Durante un segundo, tuve miedo de que se riera de mí, o me rechazara, pero solamente recorrió el borde de su taza de café con el dedo, asintiendo, como si todo tuviera sentido para él, como si yo tuviera sentido para él.

—Supongo que no has salido del armario para tu familia —dijo.

—No he salido del armario para nadie.

—Excepto para mí.

La revelación me dejó atónito, pero en el buen sentido, como si yo hubiera sido una lata de refresco apoyada sobre un estante, inmóvil y polvorienta hasta que alguien se había acercado y me había agitado. Por

primera vez en mi vida, alguien más sabía quién era yo. Eso me dejó mareado, aturdido y ebrio (o lo que me imaginaba que sería estar ebrio).

—Excepto para ti —le dije.

James sonrió y se humedeció los labios.

—Ya que tú me has contado un secreto, supongo que te debo uno.

—Ya me has hablado sobre esa cantante con la que estás obsesionado.

—Freya. —Sacudió la cabeza—. Nah. Ella no. —Bajó la mirada, y un poco de rubor trepó junto a sus patillas. Estaba avergonzado. Y yo estaba perdido—. Tú no dejaste caer ese dólar. —Hizo una pausa—. Yo lo hice.

—¿Tú? ¿Por qué?

Sus ojos viajaron con lentitud y somnolencia, subiendo para encontrar los míos como un amanecer.

—Para conocerte.

Y con eso, agitó la lata aun más fuerte, y la sensación efervescente se hizo más poderosa de lo que había sido aquella noche con Aladdín, más poderosa de lo que había sido con todos los enamoramientos de chicos reales e imaginarios con los que había fantaseado durante años, pero con los que nunca me había imaginado estar.

—Tengo otro secreto para ti —dijo James. Se inclinó sobre la mesa y me hizo un gesto para que me acercara. Su boca estaba cerca de mi oreja y su dedo estaba a punto de abrir la lata. Si la abría, no habría vuelta atrás.

—¿Qué? —pregunté. Mi cuerpo entero en estado líquido.

—Te voy a besar ahora mismo —susurró.

--->

—Pensaba que marzo empezaba con frío y terminaba con calor —murmuró James aquel día helado un año y medio después—. Y ya casi es abril. Se supone que no debería hacer este frío.

James ya no vivía en Jersey, ya no iba a la universidad, razón por la cual

habíamos decidido encontrarnos los jueves en la ciudad. Se quejaba de que un día a la semana no era suficiente, y yo pensaba lo mismo, pero algunos días estábamos juntos durante diez horas y creía que, amortizadas en una semana, no estaba tan mal.

James odiaba el frío en general, pero particularmente en nuestros jueves, cuando se convertía en un recordatorio punzante de que no teníamos ningún sitio adonde ir. Lo habían echado de casa de su padre antes de que yo lo conociera, y, desde entonces, había estado yendo y viniendo de casa de amigos a casa de parientes, primero en Heights, luego en Grand Concourse y ahora estaba en Inwood con una tía comprensiva que casi siempre trabajaba por las noches.

—Ven a pasar la noche —me propuso. Quería hacerlo. Pero no podía.

»Podrías hacerlo si le contases la verdad a tu familia —señaló James.

—¿Y cómo te ha ido a ti contándosela a la tuya?

Fue un golpe bajo, sabía que la razón por la que James ya no vivía con su padre había sido porque él lo había echado después de que James le contara que era gay, y eso reforzaba mi silencio. Y, esa razón, en general, hacía que James se callara.

Cuando hacía frío fuera, quedábamos e íbamos a una cafetería en la que nos quedábamos durante horas e imaginábamos estar en otro lado. «Algún día, iremos a Brasil. O a Fiji», decía James. Había visto fotografías de casas del árbol en el Amazonas, bungalós en Fiji elevados sobre un agua tan azul como una piscina. Abría las imágenes en su teléfono y me las enseñaba. «Serás piloto y nos llevarás a cualquier lado al que queramos ir», dijo, a pesar de que sabía que yo ya había dejado de lado mis sueños de ser piloto y que también había dejado de fijarme en los aviones.

A veces intentaba imaginarnos recorriendo la selva, zambulléndonos en esa agua de un azul imposible, pero era como intentar leer un libro en un sueño: nunca llegaba a verlo por completo.

Ese día frío de primavera, Fiji parecía estar más lejos que nunca. Conduje a James hasta el Starbucks más cercano, sabiendo que un chocolate caliente y un rincón agradable era lo que mejor nos vendría.

Pero él no quería moverse. No quería ir a ningún lado.

—Estoy cansado de esto —murmuró.

Cansado de esto fue un puñetazo en el estómago. *Cansado de esto*, en realidad, significaba cansado de mí.

—¿Es porque soy negro? —preguntó James—. ¿Cristiano? No puedo hacer nada para cambiar mi color, pero me podría convertir. Tuve un tío que estuvo en la Nación del Islam durante un tiempo.

Tardé un rato en comprender lo que estaba diciendo. Que él pensaba que no ser musulmán era el factor problemático con respecto a mi familia.

—Eso no ayudaría.

—Al menos estoy dispuesto a intentarlo —dijo.

—¿Crees que te invitarían a cenar? ¿Que estarán felices de que durmamos juntos? —Sacudí la cabeza, enfadado—. Mi madre dejó de hablarle a mi hermano durante seis meses porque se casó con una *mujer* blanca.

—¿Entonces, vas a seguir así? ¿Seguirás mintiéndoles a ellos y a ti mismo porque eres demasiado cobarde para ser sincero?

—¿Cómo me estoy mintiendo a mí mismo?

—Todo lo que haces es seguir actuando como el hijo bueno y obediente, y eso es una verdadera mierda. —Se detuvo y me miró con un disgusto feroz—. ¿Alguna vez le has contado a tus padres que querías ser piloto?

—¿Qué tiene que ver eso? Todos los niños piensan en lo que quieren ser cuando crezcan. ¡Abdullah quería ser Bob el Constructor! Halima quería ser una princesa Disney. No significa que eso sea lo que vayan a hacer. Y, de cualquier forma, una aerolínea norteamericana no estaría demasiado feliz de contratar a un piloto llamado Harun Siddiqui.

—¡Lo ves! —dijo James, clavándome uno de sus delicados dedos—. Eso es lo que haces. Alejas a la gente sin siquiera darle una oportunidad.

—No —respondí—. Vivo en la realidad.

James gruñó y caminó delante de mí. Se detuvo de manera abrupta, lo que me hizo pensar que estaba listo para reconciliarse. Nunca se enfadaba durante demasiado tiempo. Pero se inclinó y cogió algo del suelo. Era un billete de cincuenta dólares.

Mi primer pensamiento fue que lo había hecho a propósito, pero sabía que James no tenía billetes de cincuenta de sobra. Y me di cuenta por la sonrisa sorprendida de su rostro de que él no lo había dejado caer. Lo había encontrado.

—Deberíamos ver si alguien lo ha perdido —dije.

—¿Y dejar que otra persona se lo lleve? —Sacudió la cabeza—. Oh, de ninguna manera.

—Esto es robar —protesté.

—No es robar. Es encontrar. Se le ha podido caer a cualquiera, pero *nosotros* lo hemos encontrado.

—Aun así está mal.

—Piensa que es un regalo de Dios.

—Tú no crees en Dios.

—Nah, querido. Tú eres el que no cree en Dios.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no tienes fe.

No supe qué responder a eso.

—¿Tienes algo de efectivo? —preguntó.

Tenía veinte dólares y algo de cambio. James comenzó a tocar la pantalla de su teléfono.

—Entre los dos tenemos casi noventa. Tiene que haber un hotel barato que ofrezca habitaciones por ese precio. —Tocó la pantalla un poco más, y

luego su rostro dibujó una amplia sonrisa—. Hay un sitio cerca de Penn Station a noventa y tres la noche.

—No tenemos noventa y tres.

—Pero casi. Vamos.

Caminamos hacia el hotel, el viento, áspero y cruel, empujándonos las espaldas.

El empleado del hotel nos dijo que la habitación en realidad costaba ciento veinticinco dólares la noche, más impuestos, pero que si pagábamos en efectivo y dejábamos la habitación al final de su turno y no utilizábamos las toallas, nos la dejaría por ochenta.

Cogimos el ascensor hacia el piso nueve. James estaba temblando cuando abrimos la puerta, pero dijo que era por el frío, y lo primero que hizo fue encender la calefacción.

La habitación era fea y oscura, y tenía una ventana que daba a un conducto de aire. Cuando nos imaginé en otro lugar juntos, no se parecía en nada a esto. O a las aguas tropicales de Fiji. Era más bien como mi casa, mi cama.

Esa era *mi* fantasía de escaparnos juntos. Poder dormir haciendo la cucharita en mi cama, en casa, con James, sin escondernos. Pero eso parecía aún más lejano que el bungalow de Fiji.

Nos sentamos en lados opuestos de la cama. Habíamos deseado esto durante mucho tiempo, un lugar privado para estar juntos, y ahora lo teníamos y no sabíamos qué hacer.

No era que nunca hubiéramos tenido sexo. En los rincones escondidos de Central Park, en el baño vacío de señoras del último piso de una de las antiguas y decaídas tiendas de la ciudad, habíamos explorado los rincones escondidos del cuerpo del otro. Pero esos encuentros habían sido, por necesidad, siempre rápidos y furtivos: camisetas subidas, pantalones bajados, las partes importantes expuestas... pero ambos siempre listos

para escapar.

Realmente, siempre fue así con James: siempre listos para escapar.

Pero aquí, en esta habitación, con la calefacción encendida, podíamos tomarnos nuestro tiempo. De manera tentativa, comenzamos a besarnos, soltando risitas nerviosas. Nos quitamos los zapatos. Nos besamos un poco más, un poco más lento, y nos quitamos las camisetas. Fuimos despacio, a pesar de que fue agonizante, porque, por primera vez, podíamos hacerlo.

Al tomarnos nuestro tiempo, vi cosas que nunca había visto. Una cicatriz dura en su hombro izquierdo. Cómo la piel de su barriga era de un color distinto a la del resto de su cuerpo, más parecido a mi tono de piel que al de él. Sus pies, todos los dedos igual de largos.

—Mi madre solía llamarlos pies de bailarina —dijo cuando hice un comentario sobre ellos.

—Nunca hablas de tu madre.

—No tengo mucho que decir.

—¿La querías?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Por supuesto que la quería. —Hizo una pausa para morderse la uña del pulgar—. Y sé que ella me quería, pero algunas veces eso no es suficiente.

—Tú siempre me dices que el amor es todo lo que se necesita — recalqué.

—Quizás yo también debería comenzar a vivir en la realidad — respondió.

Tuve esa mala sensación una vez más.

—Te quiero —le dije—. Lo sabes, ¿verdad?

—Pero no lo suficiente como para hacer algo al respecto. No lo suficiente como para arriesgarte. Yo se lo conté a mis padres. No pensé en las consecuencias.

—Eso no es justo —protesté—. Se lo contaste a tu padre antes de que nos conociéramos. Y déjame recordarte que te echó.

—Déjame recordarte —imitó—. Como si pudiera olvidarlo. Y se lo conté a mis padres sabiendo que algún día conocería a alguien como tú, y, cuando eso sucediera, estaría preparado.

El radiador hizo un ruido y se apagó. La habitación se enfrió. Sabía lo que él quería decir, o lo que pensaba que él quería decir. Se lo había contado a su padre para hacer lugar para mí. Pero lo único que escuché en ese *alguien como tú* fue alguien que no fuera yo.

—Nada cambiará si no estás dispuesto a ello —dijo—. Y si no lo estás, seguiremos escondiéndonos y pagando cinco horas en un hotel.

—Cuatro horas a partir de ahora —comenté—. Y ha sido idea tuya.

—Muy bien. ¿Quieres tener sexo? —Se bajó la cremallera de los pantalones y tiró de los mío.

En ese momento, quise que el frío de la habitación desapareciera. Quería que la distancia entre nosotros se acortara. Quería comprar algunos minutos más de tiempo prestado. De modo que le dije que sí, que quería hacerlo.

Se lanzó sobre mí, y yo me lancé sobre él. No sabía si estábamos peleándonos o disculpándonos, declarándonos o despidiéndonos, teniendo sexo o haciendo el amor.

Quizás todo eso.

Luego, nos quedamos dormidos, abrazados en cucharita.

Me desperté, mi teléfono parpadeando con llamadas perdidas. Era Ammi. Eran más de las seis de la tarde. Se suponía que debía estar en casa.

Dejé a James en esa habitación de hotel, eché a correr hacia el PATH y volé a casa. Intenté imaginar cómo sería contárselo a mis padres. Pero era como el bungalow de Fiji; existía en algún lugar del mundo, pero no era un lugar al que yo pudiera llegar.

Llegué tarde a casa, planeando mentirle a Ammi y decirle que había perdido la noción del tiempo mientras estudiaba para un examen importante, y me preparé, como hacía todos los jueves, para el momento en el que Ammi se diera cuenta de mi mentira con ese radar suyo que le permitía detectar que faltaban cinco dolares en los libros contables de sus clientes y olfatear cualquier negocio remotamente turbio en su contabilidad. Pero nunca sucedió. Me creyó porque, a diferencia de las personas cuyos libros controlaba, ella confiaba en mí.

Hice a un lado la comida en el plato e inventé que habíamos comido pizza mientras estudiábamos. Ammi frunció el ceño pero se llevó mi plato, y yo subí a ducharme para quitarme a James de la piel.

En mi dormitorio, revisé mi teléfono, pero no había ningún mensaje de él. Estaba encendiendo el ordenador para ver si me había enviado un mensaje por Facebook cuando Abu asomó la cabeza por la puerta. Me apresuré a minimizar la pantalla.

—¿Todo bien? —preguntó.

Por la millonésima vez, intenté imaginar cómo sería contárselo. *Estoy enamorado*, podría decir. *Su nombre es James*.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Puedes preguntarme lo que quieras.

—¿Por qué Ammi se enfadó tanto cuando Saif se casó con Leesa?

—Esa mujer no siempre lo pone fácil.

—Lo sé, pero Ammi estaba enfadada incluso antes de conocerla.

Abu suspiró y se sentó en el borde de la cama de Abdullah.

—Tienes que entender, Beta —me dijo—. Tu madre dejó a su familia atrás para mudarse a Estados Unidos. Y a veces siente que Estados Unidos está convirtiendo a sus hijos en extraños. —Hizo una pausa y sonrió—. ¿Por qué? ¿Has conocido a una chica?

Estoy enamorado. Su nombre es James.

—No —respondí, diciendo la verdad por una vez.

Recibí una notificación de Facebook, y mi corazón saltó ante la idea de hablar con James.

—Debería volver a mis cosas.

El mensaje no era de James, sino de mi primo Amir. No nos habíamos visto desde aquella vez que vino a Estados Unidos, pero en los últimos años habíamos hablado online.

¿Cómo estás, primo?, decía el mensaje.

No demasiado bien, escribí.

Él estaba en línea, a pesar de que eran las cinco de la mañana allí. Vi los puntitos mientras tecleaba. Cuéntame qué pasa. Inshallah, puedo ayudarte.

Las palabras que no le podía confesar a mi padre lucharon por salir, desesperadas por tener una audiencia, y mi primo, a dieciséis mil kilómetros de distancia, la semilla de todo, parecía no solo alguien seguro, sino el *qismat*, una llamada del destino.

3

Hambre

Mientras terminan en la clínica de urgencias, esperando los papeles del alta de Nathaniel, el médico le pide a Freya su número. Y aunque este ha dejado una evidencia contundente de que es tanto un incompetente como un perverso, y a pesar de que el radar de perversos de Freya está tan bien calibrado que podría vendérselo a la CIA, la petición le provoca algo a su corazón. Se ha designado a sí misma como el contacto de emergencia de Nathaniel, y ahora el médico le está otorgando oficialmente ese papel.

Freya nunca ha estado a cargo de nadie. Siempre ha habido alguien a cargo de ella: primero su padre, luego Sabrina, ahora Hayden. Escribe su número para el médico, un poco avergonzada por esta erupción de sensaciones buenas.

Ella es el contacto de emergencia de Nathaniel. Al menos por hoy, ella se encargará de él. Ya no le importa si la puede demandar o no, o si Harun va a vender las fotografías. Ella es la persona designada para alguien.

Después de que Freya le entregue el papel, el médico lo dobla y se lo guarda en el bolsillo superior de su bata, y, con una sonrisa aduladora, pregunta:

—¿Te gustan los martinis? —A Freya le lleva unos minutos darse cuenta de que lo ha entendido todo mal (era de esperar) y de que el médico está coqueteando con ella.

Freya es un recipiente vacío una vez más, más vacío incluso por haber estado lleno, al menos temporalmente. Y de pronto está de un humor

terrible —los cambios de humor extremos son los síntomas del modo diva, según su madre—, sintiéndose peor de lo que se ha sentido cuando el médico milagroso la ha mandado a casa sin el milagro. Peor que en el parque, cuando ha visto la foto de Alex Takashida (*¡Ha dicho que sí!*).

A Freya nunca le hacen preguntas a las que quiera responder que sí. Freya no está a cargo de nadie. A Freya la quieren millones de personas, pero nadie la necesita.

Mierda. Ya no le importa si Harun tiene fotografías de ella en su teléfono. Que las venda. ¿Por qué no debería él ganar dinero con el estatus de Freya, situado en algún lugar entre ser conocida y despertar interés, antes de que sea demasiado tarde? Alguien tiene que hacerlo.

Su madre tenía razón. Debería irse a casa y ver *Scandal*.

Excepto porque no quiere ir a casa y ver *Scandal*. No quiere hacer nada. Las últimas semanas han sido desoladoras. Horas largas y desalentadoras. Lo que antes solía apaciguarla —navegar en internet, chatear con sus fans, o al menos ver qué están diciendo de ella— ahora la atormenta. No puede dejar de escuchar la profecía de Hayden: *vuestros fans os olvidarán, vuestros números bajarán, volveréis a ser como todos los demás*.

—Así que —le dice a Nathaniel—. ¿A dónde vas a ir?

—Supongo que quedaré con mi padre —responde Nathaniel vacilante.

Eso es lo máximo que ha dicho, así que, al menos, no tiene algún daño cerebral. Aunque todavía parece bastante mareado, y mirarlo hace que Freya sienta, de forma desconcertante, un estado de nostalgia.

—¿Te quedarás con algún amigo? ¿En un hotel? ¿O en un Airbnb?

No recibe respuesta.

—¿O tu padre vive aquí?

—Ehh. Mi padre se ha ocupado de eso.

Es ella, ¿o lo que él está diciendo no tiene mucho sentido? Mira a Harun, inclina la cabeza hacia un lado. Él le responde asintiendo de manera

imperceptible.

—Quizás deberías llamar a tu padre —sugiere Harun.

—No quiero preocuparlo —dice Nathaniel.

—No creo que debas andar deambulando por ahí después de una conmoción cerebral —insiste Harun.

—¡Es verdad! —asiente Freya, recordando algo de un programa de televisión. ¿Era de *Anatomía de Grey*? Ella y Sabrina solían verlo religiosamente—. En caso de que te quedas dormido.

—¿De que me quede dormido?

—Es peligroso —asegura Freya. No tiene ni idea de si está en lo cierto o no, pero, como diría Hayden, la verdad depende de cómo uno la venda—. Podrías no despertarte.

—El médico no ha dicho nada sobre eso —señala Nathaniel con palabras lentas y medidas—. Ni siquiera estaba seguro de que fuera una conmoción cerebral.

—El médico era un incompetente —protesta Harun—. Cuando mi hermano Abdullah sufrió un golpe similar, se le ordenó dormir bajo supervisión, en caso de que tuviera un hematoma subdural. Si te ocurre eso, te mueres. —Harun se vuelve hacia Nathaniel—. No quieres que eso te suceda, ¿verdad?

Cuando Nathaniel no responde, Freya lo hace por él:

—No —dice—. No quieres.

---->

Ahora que la cabeza de Nathaniel se está aclarando, se encuentra más confundido que nunca.

Entiende lo que le ha sucedido. La chica, Freya, ha caído sobre él, y el otro chico —¿Harun?— la ha visto caer, pero lo que no entiende es por qué todavía están con él.

Comprende por qué no lo han dejado en el parque, aunque no se habría sorprendido o ni siquiera desilusionado si lo hubieran hecho. Y entiende por qué lo han llevado a un médico e incluso han pagado la consulta, se han sentido culpables y en deuda con él.

Pero cualquier deuda que hubiera podido existir ya ha sido saldada. Son libres para irse. Él les ha asegurado muchas veces que todo está bien.

Y, sin embargo, aún siguen aquí.

Lo que lo desconcierta. Casi tanto como las preguntas que le siguen disparando. Porque después de advertirle acerca de su muerte inmediata —lo que casi lo ha hecho reír— han comenzado a interrogarlo sobre sus planes, pidiendo detalles, tales como los dónde, los cuándo, las direcciones, cosas para las que Nathaniel no está preparado.

—Quizás deberíamos esperar a que hables con tu padre —propone Freya.

Nathaniel no es por naturaleza una persona mentirosa, pero ha aprendido algunos trucos a lo largo de los años para despistar a la gente, para proteger a su padre, para protegerse a sí mismo.

Nathaniel coge su teléfono.

—Ah, mirad. Me ha mandado un mensaje.

—No he escuchado tu teléfono sonar —señala Harun.

—Está en silencio.

No se lo van a poner fácil, estos dos. Nathaniel se disculpa y finge que está escuchando el buzón de voz, devolviéndole la llamada a su padre y hablando con el aire. «Sí», le dice a su padre, y le cuenta lo genial que es estar en Nueva York. «Yo también», responde cuando su padre dice que espera verlo pronto. Unos minutos más tarde, corta la llamada y vuelve al lugar donde están los otros.

—¿Y bien? —pregunta Harun.

—Dice que podemos quedar ahora —informa Nathaniel.

—¿Ahora? —pregunta Harun.

Nathaniel asiente.

—Tal vez deberíamos acompañarlo hasta allí —le propone Harun a Freya—. Llevarlo con su padre.

La situación es cada vez peor. ¿Por qué son tan insistentes?

—Bueno, no ahora *ahora* —aclara Nathaniel, enredándose en su propia historia—. En unas horas. Está ocupado.

—¿Ocupado? ¿Acaso no le has dicho que tienes una conmoción? —inquire Harun. Parece ofendido por la supuesta negligencia por parte de su padre. Y Nathaniel siente cómo se enciende ese antiguo instinto de protegerlo.

—No le he contado nada —explica—. No quería preocuparlo.

Espera una protesta de Harun, quien hasta el momento ha sido un interrogador feroz, pero él solo asiente, como si estuviera de acuerdo con la necesidad de no preocupar a los padres innecesariamente.

—Al menos déjame que te pida un taxi —interviene Freya.

Ya han desperdiciado demasiado tiempo y dinero en él. Pero si acepta la oferta, todo habrá terminado.

—Ok —asiente.

—¿Hacia dónde vas?

—Ehhh, a la calle Ciento setenta y cinco —arriesga Nathaniel.

—¿Dónde te estás quedando? —pregunta Freya.

—Con unos amigos de mi padre.

Parecen satisfechos, pero Nathaniel aún se encuentra inquieto. ¿Y si quieren ir con él? ¿Y si quieren conocer a su padre?

—¿Cuál es la dirección? —pregunta ella.

¿Por qué están haciendo esto? Nathaniel les ha brindado muchas oportunidades para marcharse. ¿Por qué se lo están poniendo tan difícil? Sabe que son buenas personas que tienen buenas intenciones, pero, ¿no se

dan cuenta de que una vez que comienzas a alimentar a un gato callejero, ese gato volverá y dependerá de ti?

No tiene una dirección. ¿Puede inventar una? ¿Cómo el número 43 de la calle Ciento setenta y cinco? ¿Eso existe?

—Mi Uber no funciona —protesta Freya, golpeando el teléfono contra el muslo.

Una prórroga. Nathaniel exhala.

—Puedo coger el metro.

—No —suelta Freya con un tono cortante—. Te subiré a un taxi y le daré efectivo al taxista.

Baja a la calle para llamar a un taxi, y Nathaniel la observa. Levanta la mano con confianza, como si estuviera segura de que la verán. Nathaniel se pregunta cómo debe ser eso.

Aunque se las ha ingeniado para marcharse, ya está lamentando la ausencia de esta chica maravillosa y de este chico persistente. Ya los está viendo desaparecer por el parabrisas trasero del taxi. Ya está sintiendo el peso enorme de su soledad. Al menos verá a su padre pronto.

Freya vuelve de un salto a la acera, cogiéndose el pie y maldiciendo. Unas gotas de sangre caen al suelo. Un trocito de cristal verde brilla en su talón.

—¿Estás bien? —pregunta Harun.

—Supongo que hay una razón por la que la gente no camina descalza por la ciudad —se queja con pesar, saltando sobre un pie.

—No tiene buena pinta —comenta Harun—. Quizás deberías regresar a la clínica de urgencias.

—De ninguna manera. El médico era un imbécil, y me cobrarán cien dólares por un trozo de gasa. —Mira su pie. La sangre está manchando sus vaqueros—. Genial. Parezco una asesina en serie callejera.

En general, Nathaniel siempre lleva con él un botiquín de primeros

auxilios; comenzó a llevarlo tras lo que le pasó en el ojo. Es probable que un poco de gasa y algo de Neosporin no hubieran cambiado nada, pero es mejor estar preparado. Pero esta vez ha dejado su botiquín en casa. No veía la necesidad de llevarlo.

—Yo puedo curarte —anuncia Nathaniel—. Solo necesitamos un poco de gasa y paños antisépticos.

—Hay una farmacia enfrente —indica Harun.

Los tres cruzan la calle, una cadena tambaleante como la de antes pero con el orden alterado: donde una vez hubo un Nathaniel tembloroso flanqueado por Freya y Harun, ahora está Freya renqueando entre ellos. Sigue insistiendo en que se encuentra bien, pero esa es una mentira que Nathaniel conoce de sobra.

Harun se ofrece a buscar los productos, de modo que Nathaniel se queda fuera con Freya y su pie ensangrentado.

—Lo siento mucho —se disculpa con ella.

—¿Por qué lo sientes tú? —pregunta con la voz cortante.

—Porque es mi culpa.

—¿Cómo va a ser esto tu culpa?

—He vomitado sobre tus zapatos.

—Lo has hecho porque he caído encima de ti —replica Freya—. Si alguien se debe disculpar, esa soy yo.

—No —dice Nathaniel.

—¿No?

—No te disculpes. Me alegra que te hayas caído sobre mí.

—¿Por qué te alegra eso? —pregunta Freya.

Porque no puedes caerte sobre algo que no existe, piensa Nathaniel. Quizás él sea un salvaje, pero no ha estado fuera de este mundo durante tanto tiempo para ignorar que decir eso es raro. De modo que no lo dice.

En la farmacia, Harun compra más suministros de los necesarios. Cree que si logra hacerse con un botiquín de primeros auxilios decente, podrá mantener cerca a Freya durante un poco más de tiempo, el suficiente para idear cómo llevarla con James, quien claramente lo ha bloqueado y no lee ninguno de sus mensajes, e incluso, si lo hiciera, es probable que no lo creyera. Sin embargo, una vez que James vea a Freya en persona, tendrá que entender que es una señal de que deberían estar juntos.

Coloca una botella de agua oxigenada en la cesta, una caja de vendas, un rollo de gasa, un poco de cinta, un Neosporin y un par de tijeras. Descarta los productos genéricos y escoge las marcas más caras porque es Freya. En total, son casi treinta dólares, y paga con el dinero que había cogido de su fondo para el viaje. Comprar algo caro con tu propio dinero te hace sentir bien, incluso si sus intenciones no son tan nobles. Pero le gustaría pensar que estaría ayudando de la misma manera aun si no se tratara de Freya. Solo que quizás hubiera comprado las vendas más baratas.

--->

Mientras Freya está sentada en un macetero de cemento, Nathaniel utiliza las tijeras para extraer el cristal todavía alojado en su pie. Limpia con suavidad la zona con agua oxigenada, y, a pesar de que sabe que debe doler, Freya ni siquiera hace una mueca de dolor.

Maravillosa, piensa.

Unta su pie con unguento y envuelve con lentitud el talón con la gasa.

Se toma su tiempo. Porque es metódico por naturaleza, pero también porque sienta increíblemente bien tocar a otro ser humano, en especial a este. Ha pasado demasiado tiempo, y mientras sostiene el pie de Freya contra su rodilla y se mancha la parte delantera de sus vaqueros con un poco de su sangre (que combinará con la gota de sangre en su camisa de cuando él le limpió el rostro anteriormente), siente que algo eclosiona en

su interior. Se imagina a un pájaro, pequeño y desamparado. Recuerda cuando un nido cayó de la cornisa de su casa y él y su padre intentaron salvar a los polluelos, alimentándolos con un cuentagotas. «La esperanza es esa cosa con plumas», había dicho su padre citando a Emily Dickinson, pero luego los pájaros habían muerto y Nathaniel se había dado cuenta de que, en realidad, el dolor era esa cosa con plumas.

No quiere tener esperanzas. No puede darse el lujo de tenerlas. Pero ahí están, aleteando en su pecho, todo porque una chica bonita (una chica preciosa) de ojos de otro mundo (ojos tristes) le está permitiendo sostener su pie descalzo mientras él venda una herida que él mismo ha causado.

No quiere tener esperanzas. Pero no quiere dejarlas ir todavía. ¿Hay algo en medio, un espacio donde pueda permitirse un poco de bondad humana sin apegarse demasiado? Es muy fácil apegarse. Tres polluelos, una caja de zapatos y un cuentagotas. Habían enterrado a los pájaros no muy lejos de donde las cenizas de Mary estaban esparcidas. Su padre había llorado.

El pie de Freya está vendado, pero Nathaniel aún no puede dejarla ir. Solo unos pocos minutos más. A su padre no le importará. Ha perdido la batalla, y ha ganado la esperanza, y la desesperación por escapar se ha revertido. Todo a causa de un pie. Un pie que al parecer no puede dejar ir. Un pie que, milagrosamente, todavía descansa en su regazo.

Observa el pie de esta chica maravillosa y contiene el aliento, porque si se mueve apenas un centímetro romperá el hechizo y seguramente Freya se aleje.

---→

El hechizo funciona en ambos sentidos. Freya tampoco se puede mover. No quiere hacerlo. Nathaniel está sosteniendo su pie sucio, pero es como si estuviera sosteniendo su corazón. Es como si ella tuviera un corazón.

«Por favor no me sueltes», piensa.

---->

Nathaniel no la suelta.

---->

Harun tampoco quiere soltarlos.

—Quizás deberíamos conseguirte unos zapatos —sugiere. Freya *de verdad* necesita zapatos. Pero más en concreto, ir a comprar zapatos le otorgará más tiempo—. Hay una tienda una calle más abajo.

---->

—¡Zapatos! —exclama Nathaniel. Qué idea tan brillante. Podría abrazar a Harun—. Tengo que comprarte unos zapatos.

—Ah, no, estoy bien —dice Freya, retirando el pie.

—No —insiste Nathaniel, tirando del pie hacia él—. Tengo que reemplazar los que te he estropeado.

—Ni siquiera me gustaban esos zapatos —comenta Freya—. Me has hecho un favor.

A él no le importa si le gustaban o no. Es él quien necesita el favor. Necesita esto. Solo un poco de tiempo más. ¿Es mucho pedir? Probablemente. Pero lo está pidiendo de todas maneras.

—Tengo que comprarte unos zapatos.

El pie de Freya se tensa, y Nathaniel sabe que ha revelado una parte de sí mismo que debía mantener en secreto. La parte salvaje que su padre decía que podían mostrarse entre ellos pero no a otras personas (*No se le digas a tu madre*) porque no lo entenderían. Nathaniel intenta recordar la persona que alguna vez fue, atlético, incluso popular. Intenta fingir ser él.

—Es lo correcto, comprarte unos zapatos nuevos, ¿sabes? —Su voz suena extraña, como alguien de la televisión. ¿Se lo está creyendo ella? ¿Puede fingir ser su antiguo yo? ¿Alguna vez fue su antiguo yo?

—No necesito que me compres unos zapatos —afirma Freya.

Comienza a retirar la pierna, pero Nathaniel no la puede soltar. Es un hombre que se está ahogando, y el tobillo de ella es su salvavidas. Pero Freya se está alejando, y no le deja otra opción más que revelar al hombre salvaje que lleva en su interior.

—Por favor —suplica—. Déjame comprarte unos zapatos.

---->

Freya no necesita unos zapatos nuevos. En casa, tiene demasiados; muchos de ellos, como el par que ha descartado antes, los había recibido a cambio de mencionar la marca online. Solían fascinarla, todos los regalos solo por su palabra. Pero ahora que sabe que todo puede esfumarse en cualquier momento, es como llevar puestos zapatos de plomo.

De cualquier manera, no necesita que Nathaniel le compre zapatos. En especial no zapatos de trescientos setenta y cinco dólares, que es lo que cuestan los que Nathaniel ha estropeado hoy. Se pregunta si él tiene trescientos setenta y cinco dólares.

Recuerda la cartera de Nathaniel, los billetes solitarios, la tira de fotografías arrugada, la tarjeta doblada. Echa un vistazo a los zapatos que él lleva puestos, un par de zapatillas de lona sucias que apostarían trescientos setenta y cinco dólares a que tienen agujeros en la suela.

---->

Esa es una apuesta que ganaría.

---->

Y en ese momento lo entiende: él es su responsabilidad. Al menos por hoy, él es su persona. No necesita zapatos nuevos, pero necesita que esto continúe. De modo que si Nathaniel quiere comprarle zapatos, ella dejará

que lo haga.

—Está bien —accede—. Compraremos los zapatos.

---->

¿A quién hace más feliz esa declaración? ¿A Harun, Nathaniel o Freya? Es difícil saberlo.

---->

La tienda que ha propuesto Harun es una cadena, la clase de lugar en el que Freya solía comprar, pero que desde hace años no lo hace debido al *suéñalo, hazlo*.

Está vacía, y hay asientos cómodos en su interior, pero Freya hace un gesto hacia un banco.

—Vosotros esperad aquí fuera. —Sale como una orden. Le han dicho que puede sonar impertinente, grosera. Ha leído cómo la gente se queja de eso. «Nos necesitaba cuando estaba empezando, pero ahora es demasiado para nosotros», escriben. «No», quiere responder Freya. «Todavía os necesito». Pero ya no tiene permitido responderle a nadie, de modo que su silencio parece confirmar las sospechas de los fans. En fin, Hayden le ha dicho que no se preocupe por ello. Algunos de los primeros fans siempre se sentirían traicionados cuando su descubrimiento salga a la luz. Eso no hace que Freya se sienta mejor. No quiere traicionar a nadie.

Pero no quiere que Nathaniel entre en la tienda de zapatos, porque no tiene intención alguna de gastar el billete de cincuenta que él ha colocado en su mano. Así que suaviza la voz y dice:

—Que una chica compre zapatos puede llevar un tiempo.

Es la primera vez que Freya ve sonreír a Nathaniel.

—Tómate todo el tiempo que necesites —dice, y parece decirlo en serio, lo que debe ser una novedad entre filas y filas de hombres jóvenes.

—Sí, no hay prisa —añade Harun.

Otra novedad.

Los deja allí y entra en la tienda, observando los zapatos, inhalando el aroma a cuero nuevo.

—¿Ves algo que te guste? —pregunta el empleado.

Antes de asistir a un evento, ella y su madre consultan una serie de fotografías que un estilista saca para ellas, combinaciones de vestuario distintas para ocasiones distintas. Nunca repite el mismo atuendo. A veces le gusta la ropa, a veces no, pero siempre siente como si estuviera disfrazándose. «Ese es el quid de la cuestión», dice su madre, que cada vez suena más como Hayden.

Freya observa los zapatos y se detiene delante de un par de tacón bajo color naranja con suela de goma. Les da la vuelta. Ochenta dólares pero con un cincuenta por ciento de descuento. Cuando Nathaniel ha colocado los cincuenta dólares en su mano, ella los ha cogido, pero solo para conformarlo, imaginando que encontraría la manera de devolvérselos más tarde. Aun así, le parece correcto adecuarse al presupuesto de Nathaniel.

—Me llevaré estos en la talla ocho —le indica al dependiente.

Mientras espera los zapatos, coge su teléfono, pero antes de mirarlo sus ojos viajan hacia la ventana. Fuera, Harun y Nathaniel están sentados uno al lado del otro con las manos entrelazadas sobre sus regazos, como niños obedientes esperando a su madre. Mirándolos, siente otra sacudida en el pecho.

Guarda el teléfono. El empleado trae los zapatos y Freya se los prueba. Le quedan perfectos. Paga con su tarjeta de crédito y regresa junto a los chicos.

—Estoy muerta de hambre —anuncia Freya, aunque no tiene hambre en absoluto—. ¿Dónde podríamos comer algo?

Utiliza su voz de mando con la esperanza de que suene como si el

almuerzo hubiera estado programado durante semanas. Está intentando esconder el hecho de que si estos dos extraños dicen que no, Freya, que tiene millones de amigos, no tiene a nadie que le haga compañía hoy.

Mira a Harun. Ha sido su aliado durante todo el día. ¿Le seguirá la corriente?

—Hay una cafetería cerca —comenta, y Freya quiere abrazarlo—. He estado allí antes. No es demasiado cara, no es que tú... —tartamudea y se sonroja—. La comida es buena, y no les importa si te quedas un rato.

—Perfecto —dice Freya. Harun se pone de pie. Nathaniel permanece sentado.

—¿Vienes? —pregunta Freya. Una parte de ser una buena vocalista consiste en hacer que tu voz proyecte sentimientos que no necesariamente poseas, así que Freya hace que su voz suene autoritaria aunque le enferma la posibilidad de que Nathaniel diga que no y que todo su endeble plan colapse y tengan que separarse, dejándola completamente sola.

—¿A menos que no tengas hambre? —pregunta Harun cuando Nathaniel no responde. Freya quiere golpearlo por haberle dado siquiera a Nathaniel la posibilidad de escapar. ¿No ve lo mucho que se está esforzando? ¿Cuánto lo necesita?

—No, la verdad es que tengo hambre —admite Nathaniel.

---->

Nathaniel no solo tiene hambre. Está famélico. No ha comido un plato caliente en más de dos semanas. Más que eso, no ha compartido una comida con otra persona en dos semanas.

Pero eso no es algo que pueda decir. No en voz alta. No mientras tiene una buena oportunidad, al menos de forma temporal.

---->

Nathaniel está hambriento. Freya se siente ridículamente aliviada.

—Genial —dice, apaciguando su entusiasmo ahora que han llegado a un acuerdo—. Vamos a comer algo.

---->

El camarero de la cafetería es un griego viejo y gruñón cuyos malos modos nunca flaquean, ya puedes pedir una taza de té o una cena que incluya carne (lo que James pidió una vez para compartir y fue un error, en retrospectiva: tenía la consistencia de una sogá), que te mira mal; y da igual si te quedas media hora o permaneces allí durante mucho tiempo. Por esa razón, era uno de sus lugares favoritos.

James quería gustarle al camarero, aunque eso nunca lo hizo cambiar de actitud. Aun así, no se rendía. «Puedo ganarme a cualquiera», dijo, y le lanzó una mirada a Harun para demostrar a qué cualquiera se estaba refiriendo.

No hay razón para pensar que pueda estar aquí. Incluso aunque sea jueves. Es probable que James no haya venido al centro hoy. ¿Por qué lo haría? Pero si lo hubiera hecho, si estuviera aquí... Harun se imagina la situación. Entrando en la cafetería con Freya. Entregándole su regalo a James. No sería capaz de rechazarlo. Se besarían. El camarero gruñón finalmente sonreiría.

James no está aquí. El camarero está frunciendo el ceño.

La cafetería está mayormente vacía. Un viejo que siempre está en el mostrador. Un reservado repleto de chicas. La mesa del rincón —en la que se sentaban porque estaba cerca del baño y parecía la menos deseable y, por lo tanto, la indicada para pasar tardes enteras pidiendo solo sopa— está vacía.

Se sientan en un reservado. El camarero gruñón les entrega los menús con un suspiro sufrido, apoya con brusquedad tres vasos de agua, y salpica

los manteles individuales que tienen el motivo del mapa de Manhattan.

El menú es el típico de las cafeterías de Nueva York, lo que significa páginas y páginas laminadas de fotos de comida que siempre parece más tentadora que en la vida real. Harun casi siempre pide sopa. No te puedes equivocar demasiado con la sopa. Además, un tazón de sopa solo cuesta cinco dólares y el camarero gruñón es extrañamente generoso con las galletas.

Nathaniel observa las fotografías borrosas de tortillas, hamburguesas y bocadillos gigantescos con gran concentración. Freya, que supuestamente tenía tanta hambre, ni siquiera ha cogido el menú. Está mirando su teléfono con el ceño fruncido.

—¿Qué vais a pedir? —pregunta el camarero, golpeando su bolígrafo contra el bloc como si tuviera que estar en una decena de lugares al mismo tiempo o tuviese una decena de mesas que atender.

—Yo quiero la sopa minestrone —dice Harun.

—¿Taza o tazón?

—Taza.

El camarero gruñe.

—¿Tú? —le pregunta a Nathaniel.

Nathaniel está mirando el menú con una expresión desconcertada.

—Ehh, lo mismo, creo.

A veces Ammi hablaba sobre cómo era todo cuando se mudó a Estados Unidos para casarse con Abu. Había estudiado inglés en el colegio, pero no le resultó suficiente como para mantener conversaciones reales. Aprendió imitando lo que decían los nativos. Cuando Harun se da cuenta de que eso es justo lo que Nathaniel acaba de hacer, se arrepiente profundamente de haber pedido la sopa.

—Yo quiero una ensalada Cobb, sin beicon, sin huevo y el aderezo aparte —pide Freya, mostrándose tan complacida con su pedido como

Harun con el de él.

—Dos tazas de minestrone y una Cobb sin aderezo —repite el camarero, ya alejándose.

Está a mitad de camino de la cocina cuando Freya lo llama.

—Espere. He cambiado de opinión.

Harun se prepara para la ira del camarero. Y dicho y hecho, regresa con una expresión asesina en el rostro.

—Lo siento —se disculpa Freya sonriéndole, como si estuviera planeando la estrategia de «mátalos con amabilidad». A ella tampoco le funciona.

—Me gustaría un bocadillo de queso fundido y rodajas de tomate en pan de centeno. —Se relame los labios—. Y queso americano. Tiene que ser americano.

—¿Ensalada o patatas fritas? —pregunta el camarero.

Freya duda un instante.

—A la mierda —decide—. Patatas fritas. Extracrujientes.

—¿Extracrujientes? —pregunta el camarero.

—Sí, pasadas dos veces por la freidora.

El camarero parece horrorizado ante la respuesta.

—Y con un poco de miel.

—¿Miel?

—Para las patatas fritas.

El camarero se horroriza incluso más.

Freya sonríe.

Harun mira a Nathaniel, al demacrado Nathaniel, y siente su hambre como si fuera propia, aunque su apetito desapareció cuando James le dijo que saliera de su vida de una puta vez. Conociendo los riesgos, vuelve a llamar al camarero. Por la expresión de su rostro, Harun está muy seguro de que alguno de ellos tendrá su comida adornada con un

acompañamiento saludable de saliva.

—Me gustaría pedir lo mismo que ella —dice Harun.

—¿Quieres lo que quiere ella? —El camarero parece incrédulo, como si supiera que a Harun ni siquiera le gustan los bocadillos de queso fundido.

—Exactamente. Patatas fritas extracrujientes.

—¿Tú también quieres miel?

—Sí —asiente Harun. Mira a Nathaniel y piensa en Ammi imitando lo que hacían los nativos—. ¿Deberíamos pedir los tres lo mismo?

Hay una mirada en el rostro de Nathaniel (alivio, gratitud) y Harun se pregunta por qué eso lo llena de vergüenza.

---->

Cuando llega la comida, a Nathaniel lo abrumba la fuerza de su apetito. Su última comida fueron seis bolsitas de *pretzels* que consiguió robar del carrito del avión y que devoró con prisa en el baño diminuto.

Los sabores de la comida casi lo destrozan. La sensación del queso fundido en su lengua, las diminutas semillas de comino que explotan bajo la fuerza de sus molares, el exquisito dulzor de la miel que acompaña las patatas fritas, que Freya ha insistido que ambos, él y Harun, probaran, sosteniendo la patata tan cerca de la boca de Nathaniel que es un pequeño milagro que él no haya devorado su dedo también.

Solo cuando levanta la mirada y ve que Freya y Harun lo están mirando con una expresión similar y extraña, se da cuenta de que ha hecho algo incorrecto, de que ha revelado al hombre salvaje que habita dentro de él (*No se le digas a tu madre*). Mira hacia abajo, a su plato vacío. Lo ha devorado todo: el bocadillo, las patatas fritas, el pepinillo, incluso la lechuga marchita que, ahora se da cuenta, era parte de la decoración. Mientras tanto, ni Freya ni Harun han comido siquiera la mitad de sus bocadillos.

Está mortificado. Ha estado demasiado tiempo fuera de este mundo. Se

ha vuelto incivilizado.

Solo nosotros, amiguito.

Sin mediar palabra, Harun toma la mitad de su bocadillo y lo coloca en el plato de Nathaniel. Freya hace lo mismo.

Nathaniel protesta, pero lo hacen callar.

—No tengo hambre —dice Harun.

—Yo tampoco —admite Freya.

Nathaniel contempla cómo su plato se ha vuelto a llenar mágicamente.

—Si no teníais hambre, ¿por qué habéis pedido toda esta comida? —pregunta.

Hay una pausa mientras Harun y Freya se miran entre sí. Luego lo miran a él.

—Porque tú sí tenías hambre —responden.

---->

Nathaniel se disculpa para ir al baño.

Allí, en un cubículo no más grande que el del avión donde había comido por última vez, se pellizca la parte superior de la nariz para evitar que broten las lágrimas.

Luego coge su teléfono y llama a su padre.

---->

Cuando sale, algo ha cambiado.

Por un lado, un grupito de chicas está rodeando la mesa. Pero lo que realmente ha cambiado es Freya. Él no sabe cómo explicarlo, solo que parece una persona diferente. Se acerca con vacilación y escucha a las chicas chillar, y recuerda cómo las chicas de su instituto solían vitorear de esa manera cuando él bateaba una pelota lejos hasta el campo izquierdo, cuando era al menos medio humano.

—¡Ay Dios, eres tú! —está diciendo una de las chicas—. ¡Os lo he dicho!
¡Os he dicho que era ella! —les grita a sus amigas.

—Lo sé. Pero ¿qué está haciendo *Freya* en *nuestra* cafetería?

—¿Me puedes firmar un autógrafo? —pregunta la tercera chica, blandiendo un bolígrafo.

—Por supuesto —accede Freya.

Aparece un trozo de hoja de cuaderno.

—Puedes dedicarle uno a Violet. Uno a McKenzie, M mayúscula, K mayúscula, y sin *a*. Y uno para Gia. Esa soy yo.

—Su nombre real es Gina.

—¡Cállate! —Gia/Gina se vuelve hacia Freya—. Gia es mi nombre artístico.

Freya asiente.

—¿Es Freya tu nombre artístico? —pregunta Gia.

—No —responde Freya.

—Tienes mucha suerte de tener un nombre tan bonito.

Freya esboza una sonrisa contenida y le devuelve el papel.

—Enmarcaré esto —anuncia Gia.

—Ponlo en algún lugar seguro —dice McKenzie—. Valdrá mucho dinero cuando ella se convierta en una estrella.

Ante eso, Freya frunce el ceño.

—No es que vaya a vender tu autógrafo —aclara McKenzie con rapidez.

Cuando los autógrafos ya están firmados, las chicas piden un *selfie*. Freya tiene que salir del reservado para acomodarse junto a ellas. Nathaniel aprovecha la oportunidad para sentarse junto a Harun.

—¿Qué está pasando? —pregunta.

—Son fans.

—¿Fans de qué?

—De Freya.

Nathaniel también es fan de Freya. Se ha vuelto un fan muy fervoroso en las últimas horas, pero aún no comprende quiénes son estas chicas.

—¿No has escuchado hablar de Freya? —pregunta Harun.

Nathaniel sacude la cabeza.

Harun le muestra a Nathaniel un vídeo en su teléfono. Allí, en la pantalla diminuta, pero de alguna manera más imponente que en la vida real, está Freya.

—Es una canción vieja —comenta Harun—. A James le... —Se detiene—. A mí me gusta mucho.

Nathaniel echa un vistazo al teléfono de Harun, luego a Freya y luego a chica de la pantalla.

—¿Es ella? —le pregunta a Harun.

—Lo sé. De todas las personas que pueden caerte encima.

Pero eso no es lo que quiere decir. No sabe cómo reconciliar a esa persona de la pantalla con la persona que en el parque ha susurrado su nombre, que sabía cosas acerca de él.

Pero según Harun, Freya parecer ser una especie de cantante conocida y muy querida. Solo escucha a medias la respuesta porque está mirando fijamente a la persona de la pantalla. ¿Cómo es ella la misma persona con la que ha estado toda la tarde? ¿Y por qué la canción le resulta familiar? ¿Dónde la ha escuchado?

Como si la Freya de la pantalla hubiera registrado su incredulidad, deja de tocar el piano y mira hacia la cámara. Mientras hace sonar un ritmo sobre el banco del piano, cantando sin acompañamiento, una vez más se convierte en la Freya que Nathaniel reconoce. Con una voz cálida y ronca que suena como la que le ha susurrado en su oreja antes, canta:

Si no puedes ver

recurre a mí.

Yo veo suficiente

por los dos.

Todo alrededor de él se queda inmóvil y, durante un segundo, Nathaniel regresa al bosque, con los ojos vendados, y, cuando vuelve a la cafetería, está seguro de que la canción se ha escrito para él. Obviamente, no es así. No conocía a Freya antes, ¿y por qué ella, o cualquiera, escribiría una canción para él? Pero durante un segundo fugaz, está tan seguro de esto como de cualquier otra cosa en su vida.

Las chicas, habiéndose asegurado sus autógrafos y fotografías, comienzan a retirarse, pero tras una breve reunión susurrada regresan a la mesa.

—Bueno, puedes decirnos que no —dice Gia—, pero solemos venir aquí con nuestra amiga Sasha. Es decir, casi todos los días. Este es nuestro sitio. Así que, normalmente, Sasha estaría aquí con nosotras. Pero está enferma, así que no ha venido al instituto.

—Y es su cumpleaños —añade Violet.

—Qué mal —dice Freya—. Estar enferma en tu cumpleaños.

—¿Verdad que sí? Se querrá morir cuando se entere de lo que se ha perdido.

Freya asiente con compasión.

—¿Podrías grabarle un mensaje?

—¡Por favor! —pide McKenzie.

—Por supuesto.

Gia apunta el teléfono hacia Freya.

—Hola, Sasha. Espero que estés mejor y que tengas un feliz cumpleaños.

Las chicas intercambian una mirada.

—¿Podrías cantarle algo? —pregunta Gia.

Nathaniel lo siente, una sacudida en el estómago, antes de levantar la mirada y ver que Freya, que se ha mostrado bondadosa y generosa, de pronto parece acongojada.

—No lo creo —dice.

—Nada del otro mundo. Solo canta el *Cumpleaños feliz*.

Freya duda, la mirada de su rostro pasando de la incomodidad a la desesperación, un camino que Nathaniel conoce tan bien que podría recorrerlo con los ojos vendados.

—No lo subiríamos a ninguna red social ni nada por el estilo —promete Violet.

—Ehhh, en realidad no creo que deba —dice Freya.

Nathaniel escucha de nuevo la canción. Ya le resulta familiar, algo que siempre ha conocido.

---->

—Bueno, me ha parecido de muy mala educación —dice Harun cuando las chicas se retiran—. Tú has sido muy amable con ellas, y ellas no dejaban de pedirte más cosas.

Suena como James, que a veces meditaba sobre cómo reaccionaba la gente con Freya como si fuera su guardaespaldas personal. En su mente lo era. Había descubierto a Freya cantando *I Will Survive* el día en el que su padre lo echó de su casa, y sintió que le estaba cantando a él. Había posteado algo en los comentarios, algo que no había hecho antes o desde entonces: *No estoy seguro de si SOBREVIVIRÉ*. Y la mismísima Freya le había respondido: *Sí, lo harás. Quizás no lo creas, pero yo sí*. Y desde ese momento, James se quedó embelesado por ella.

—Y pedirte que cantes. ¿De verdad piensas que hay una Sasha? —continúa Harun—. Es decir, no eres un mono de circo, ¿verdad? —añade, a pesar de que hace cuarenta minutos, él se había imaginado a James en la cafetería y a Freya cantándole una de sus canciones y a James perdonándolo—. Debe ser agotador. A veces desearás que todos te dejen sola.

---->

Eso no es lo que ella desea. Es lo que teme.

Vuestros números bajarán. Vuestros fans os olvidarán.

¿Y luego qué? ¿Quién queda?

Freya mira hacia abajo y comienza a llorar.

---->

Nathaniel estira la mano y limpia una lágrima de la mejilla de Freya.

Yo veo suficiente

por los dos.

Y, en ese momento, Nathaniel escucha suficiente por los dos.

—No puedes cantar —dice Nathaniel.

---->

A Freya se le ha ordeando no contarle a nadie sus problemas actuales. Hayden le ha advertido que podría alterar todo por lo que tanto han trabajado con ella. Freya es fuerte. Freya es imparable. Freya es el destino. «No se lo cuentes a nadie. Ni a tus fans ni a tus amigos», le había advertido Hayden.

¿Qué amigos? Sus fans son sus amigos.

Mira a Nathaniel y a Harun, que le devuelven la mirada con una mezcla de terror y ternura. Mirándola no como extraños, sino como amigos.

—No puedo cantar —confiesa.

---->

—¿A qué te refieres con que no puedes cantar? —Harun está desconsolado. Si Freya no puede cantar, todo se desmorona. Si no puede cantar, ¿cómo recuperará a James?

—Me refiero a que no puedo cantar —repite—. Cuando lo intento, cuando pienso en intentarlo, mi voz se estrangula.

—Quizás estás cansada por haber estado en el estudio y grabando tu álbum.

—No he pisado el estudio durante tres semanas —responde.

—Pero las fotos... —No hace más de una semana, él y James habían visto imágenes de ella acompañadas por actualizaciones de lo bien que estaba yendo todo.

—Fueron sacadas antes —explica—. Posteadas para mantener la fachada. Hasta que recupere la voz.

—¿Pero la recuperarás? ¿Y lo terminarás?

Sacude la cabeza.

—Quizás no.

Harun imagina a James enterándose de lo que le ocurre a Freya y su álbum incompleto, y, aunque acaba de conocerla y claramente no tiene nada que ver con esto, de alguna manera siente que es culpa suya.

Las lágrimas comienzan a brotarle de los ojos. Cuando era pequeño lloraba muy a menudo, sus hermanos mayores solían reírse de él y Ammi le regañaba. «¿Por qué lloras tanto? Ni siquiera tu hermana llora así». Sin que nadie se lo dijera, sabía que las lágrimas llevaban su secreto de la misma forma en la que la sangre lleva el ADN. Aprendió a no llorar. Ni siquiera ha llorado con James. Ni siquiera cuando James lo hizo y él pensó que eso lo mataría.

—Ey —dice Freya, secándose sus propias lágrimas. Apoya una mano sobre la de él, y Nathaniel apoya la suya sobre la de Freya, y Harun disfruta de ese peso como lo haría con una buena manta y que abriga en una noche fría—. No es tu problema. No te tienes que preocupar.

Pero se equivoca. Quizás ella no sea su solución, pero este es su problema.

—Pero James te quiere. Es tu fan número uno.

Freya sonríe con tristeza. Nathaniel termina de masticar el resto de su segundo bocadillo de queso fundido.

—¿Quién es James? —pregunta Nathaniel.

—Es mi... —comienza a decir Harun.

Lo que Harun debería decir es que James es su exnovio. Porque desde la semana pasada (*Sal de mi vida de una puta vez*), eso es lo que es. Pero Harun nunca ha pensado en James como su *novio*. Nunca le ha contado a nadie nada acerca de este chico del que ha estado enamorado durante los últimos dieciocho meses. Incluso cuando se lo contó a su primo, no había utilizado la palabra *novio*. Nunca había dicho el nombre de James. Y no le parece justo decir que él es su exnovio cuando ni siquiera llegó a pedirle que fuera su novio.

—Mi novio —suelta Harun—. Y está completamente obsesionado contigo. Pero no en plan pervertido.

—¿A sí? —Freya suena divertida.

—Sí. —Y es como si lo hubieran descorchado y fluyeran todas las cosas que nunca había sido capaz de decirle a nadie acerca de James. De cómo James cree en lo mejor de cada uno, de cómo odia el frío, y de cómo asegura que puede coger cinco ingredientes cualquiera y convertirlos en algo delicioso (una hazaña que Harun nunca ha visto en proceso, pero sí ha saboreado la evidencia, los envases repletos de estofado y pastas que James ha cocinado para él). Y de cómo, cuando era más joven, su apartamento venía con una cortina de baño que era un mapa del mundo, y él gastaba todo el agua caliente memorizando todos los países, incluso los que ya no existían (como Yugoslavia), y de cómo, a pesar de que nunca ha dejado el área metropolitana, tiene el espíritu viajero más poderoso que existe. De cómo en los días fríos, él y Harun fingen viajar a lugares remotos.

Y le explica a Freya toda la devoción que James siente por ella, cauteloso de atenuar su fanatismo de la misma manera que James lo había hecho una vez. «Hay algo que deberías saber de mí», le había dicho a Harun, y Harun se había preparado para enfrentar alguna clase de motivo de ruptura (*Tengo novio, soy un extraterrestre del espacio*), pero, en cambio, James había confesado que él tenía una extraña obsesión con una cantante. Le contó a Harun cómo se había topado con las Hermanas K cantando *I Will Survive* el mismo día en el que su padre lo había echado de su casa, y sintió como si Freya estuviera cantando directamente para él. Y él le escribió. Y ella le respondió.

---->

Ha leído miles de comentarios en todo este tiempo. Pero Freya recuerda ese. Recuerda haberle respondido a ese chico. Recuerda leer su comentario y pensar en la noche en la que se dio cuenta de que su padre no volvería y que ella no sobreviviría. Lo había hecho, y él también lo haría.

Mira a Harun, a Nathaniel. A diferencia de su madre, o Hayden, ella no cree en nada que se parezca al destino. Pero, en ese momento, es difícil no creer que los tres estaban destinados a encontrarse.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE VII



Hayden no nos volvió a llamar hasta pasados seis meses.

Mi madre intentaba mantenerse positiva. Debido a que ahora leía todo sobre él, sabía que estaba en el estudio con Mélange y después de eso en un *tour* con Lulia.

—Cuando está trabajando con un artista, está inmerso por completo — declaró mi madre—. Cuando sea tu turno de estar en el estudio con él, lo agradecerás.

—No sucederá —dijo Sabrina con su seguridad habitual.

Asentí y fingí estar de acuerdo. Pero aunque mi hermana, en general, tenía razón, aunque sentía que no todo había terminado. Seguía escuchando su pregunta: *¿Tienes el hambre suficiente?* Él me había hecho esa pregunta a *mí*. Yo no había respondido. Pero, en algún momento, ya fuera a Hayden o a alguien más, sabía que tendría que hacerlo.

Volvimos a hacer lo que habíamos estado haciendo: vídeos semanales de canciones nuevas, publicaciones diarias de fotografías. Mi madre preparaba material con semanas de antelación. Nuestros números continuaban escalando. Si el optimismo de mi madre flaqueó, no lo dejó entrever.

—Llamará —aseguró.

Cuando finalmente su oficina llamó, pidiendo una segunda reunión para el día siguiente, mi madre se mostró triunfante, como si Hayden hubiera estado a punto de descartarnos, pero ella nos hubiera hecho volver al ruedo con la mente.

—Ha pedido mucho más esta vez —dijo, leyendo las notas que había tomado—. Quiere un análisis de todas las plataformas. Un registro contable de las ofertas de patrocinio, licencias. Ah, y quiere escuchar algo nuevo de vosotras. Una canción original, que no hayáis subido todavía.

—No tenemos nada listo —respondió Sabrina—. No podemos simplemente sacarnos una canción nueva de la manga.

—¿Y qué pensáis de *The Space Between*? —preguntó mi madre. Esa era una canción en la habíamos estado trabajando. Mi madre volvió a sus notas—. Dejadme ver. Su asistente dice que él quiere escuchar algo único y... —Mi madre buscó entre sus notas para decir las palabras exactas—. Y que sea exclusivo para él.

Exclusivo para él. Una advertencia implícita.

—Supongo que tendremos que hacer *The Space Between* —accedió Sabrina, sonando derrotada—. Nos podría haber dado más tiempo.

—En realidad —comencé a decir—. Tengo otra cosa.

—No, no es verdad —soltó Sabrina con brusquedad. Esa era Sabrina de pies a cabeza. Si ella no lo veía, no existía.

Mi madre me miró. Cuando no añadí nada, dijo:

—Si tienes algo en proceso, escuchémoslo.

—Sí —agregó Sabrina con tono mordaz—. Escuchémoslo.

—En realidad, ya lo has hecho —le dije a Sabrina.

—¿Qué?

—¿*El vestido blanco*? Esa que tú llamaste «una mierda patética y sentimental». —Cogí mi teléfono y abrí el archivo de audio.

El rostro de Sabrina, normalmente impassible, dejó traslucir muchas emociones a la vez: enfado y disgusto y dolor.

—¿Tú *has grabado* eso? ¿Sin mí?

—No toda la canción... —tartamudeé—. Solo algunas partes vocales, la percusión del coro y el puente. Porque pensaba que si la escuchabas...

Me interrumpió con un gesto de la mano.

—Nada me hará cambiar de opinión sobre esa canción.

Estaba acostumbrada a las opiniones rotundas de Sabrina y a su poder de veto, pero algo en su prepotencia me molestó. Y eso fue antes de que dijera:

—Mira. Yo soy la única que será sincera contigo. Y la verdad es que eres una compositora débil. Tu material es muy sentimental, muy infantil. Te hace sonar como una *amateur*.

—¡Tengo diecisiete años! Y, hasta donde yo sé, las dos somos *amateurs*.

—¿La idea no era llevar las cosas al próximo nivel? Bueno, con esa canción no lo haremos.

—¿Por qué estás poniéndote tan...?

—¿Celosa? —interrumpió. Soltó una risa sarcástica—. ¿Celosa de ti?

Lo que yo iba a decir era *controladora*. Pero *celosa* también encajaba.

—Vamos a tranquilizarnos un momento. —Mi madre se giró hacia Sabrina—. ¿Al menos podemos escucharla? —Incluso al tratarse de mi canción, todavía tenía que lidiar con ellas dos. Siempre serían ellas dos.

Sabrina se recostó sin presentar más objeciones. Me fulminó con la mirada como desafiándome a llevar el dedo al botón de reproducción.

Presioné el botón.

*Lo único que dije que quería
era un vestido blanco, un vestido blanco.*

*Lo único que dije que necesitaba
era un vestido blanco, un vestido blanco. Ah,*

¿Lo recuerdas? Solíamos cantar:

Eshururururu, eshururururu.

eshururururu, calma, calma, calma.

Había dos estrofas más, pero con Sabrina fulminándome con la mirada,

no podía seguir escuchando. Apagué la grabación.

—Ya te haces una idea —le dije a mi madre.

Estaba atónita, como si no reconociera la canción o a la cantante.

—Bueno —dijo—. Definitivamente es algo diferente.

—Faltan los arreglos, pero estaba apuntando a algo más austero — comenté—. Quizás solo percusión y un poco de piano.

—Es única —señaló mi madre—, con las melodías etíopes presentes. Imagino que Hayden no ha escuchado algo como esto antes.

Le había gustando la canción. Me daba cuenta de eso. También podría gustarle a Sabrina. Golpeó el suelo con el pie.

—No cantaré eso.

—Querida —dijo mi madre—. Seamos profesionales.

—¿Profesionales? ¿Cómo puede ser profesional ventilar los problemas de Freya con papá frente a Hayden Booth?

—¿De qué estás hablando? —chillé.

—Han pasado siete años —respondió, golpeándose el pecho—. Supéralo.

—¡Supéralo tú! —grité.

—Quizás lo haga. Quizás esté cansada de cuidar de ti.

—¿Así es cómo lo llamas? Porque yo lo llamaría menoscabarme. O aprovecharse de mí.

Cuando me enfadaba, hervía. Cuando Sabrina se enfadaba, se congelaba. Era una de las millones de cosas que nos diferenciaban. Pero, en ese momento, el clima cambió. Sabrina hirvió con una furia que hizo arder toda la habitación, antes de que el fuego se extinguiera, su rostro quedara sin expresión y su voz se volviera gélida.

—Si cantas esa canción —me advirtió—, la cantarás sola.

---->

Acordamos cantar *The Space Between* y practicamos toda la noche sin mediar palabra. Aún no nos hablábamos cuando nos dirigimos a las oficinas de Hayden al día siguiente. Pero nada más abrirse las puertas del ascensor, mi enfado se evaporó y me quedó una extraña sensación de nostalgia. Quería retirar todo lo dicho. Cantar como lo habíamos hecho aquella noche en la cama o cogernos de las manos como la última vez que nos habíamos reunido con Hayden. Pero Sabrina permaneció con los brazos rígidos, los puños cerrados, el rostro inmóvil como el de una estatua.

Mi madre se presentó ante la asistente. Sabrina y yo nos sentamos.

—Sabrina —susurré—. Con respecto a *El vestido blanco*...

—¡No! —siseó. Se dio la vuelta con rapidez hacia mí, sus ojos como pequeñas semillas duras, y abrió la boca para continuar, pero, en ese momento, la asistente de Hayden la llamó por su nombre. Ella se incorporó. Yo también.

—Esta vez quiere veros por separado —indicó la asistente.

Un sentimiento de pánico me invadió. Fue como ver bajar sola al sótano a la chica de la película de terror. Querías advertirle, pero aunque lo hicieras, ella nunca escuchaba.

Sabrina entró en la oficina, y yo me senté junto a mi madre, las rodillas subiendo y bajando, subiendo y bajando. Mi madre apoyó las manos en ellas, pero eso no ayudó. A través de la puerta escuché a Sabrina cantar *The Space Between*, la canción que debíamos cantar juntas. Cuando terminó, se quedó un poco más de tiempo, y los tonos bajos de su conversación susurrada fueron imposibles de descifrar. Mi madre comenzó a ponerse nerviosa.

—¿De qué estarán hablando? —dijo, mirando sin parar su teléfono, como si Sabrina fuera a transmitirle mentalmente las noticias.

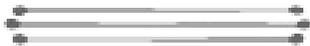
Intenté convencerme de que Hayden le estaba dando otra lección acerca de la fama. Me dije que Hayden le estaba preguntando algo de nuestros

vídeos, o nuestra estrategia de marca, o preguntándole dónde se veía en diez años.

Pero no podía eliminar la mala sensación de que habíamos entrado a este edificio como las Hermanas K y saldríamos como algo diferente.

Escuché a Sabrina cantar de nuevo. Pero no *The Space Between* o cualquiera de las otras canciones que habíamos cantado juntas. Estaba cantando *Tschay Hailu*. La canción que mi padre me cantaba a mí. La primera canción que alguna vez habíamos cantado juntas.

Y en ese momento lo supe. Me había traicionado.



Debes hacer las cosas de la forma correcta

Cuando abandonan la cafetería, algo ha cambiado. Ninguno de los tres puede decir qué. Pero Nathaniel sabe que ha escuchado la canción de Freya con anterioridad, a pesar de que no ha visto un vídeo musical de Youtube en su vida. Y Freya recuerda al novio de Harun, a pesar de que recibe cientos de miles de comentarios. Y Harun está aquí hoy, con Freya, a pesar de que ella es Freya.

---->

Mientras caminan sin rumbo, Nathaniel hace preguntas tímidas sobre lo que ha sucedido con la voz de Freya.

Ella se ha hecho las mismas preguntas, pero todavía no puede explicar la pérdida. Les cuenta a Nathaniel y a Harun lo que hizo el día anterior a que todo se desmoronara, cómo había cantado con fuerza, demasiada fuerza, cómo se había exigido más allá de sus límites, de modo que cuando a la mañana siguiente no pudo cantar, todos pensaron que había sido por el esfuerzo excesivo. Le habían dado la mañana libre y un masaje por cortesía de la masajista personal de Hayden. Pero esa tarde fue aun peor, y, al día siguiente, peor todavía. Y ella sabía que no había sido por el esfuerzo, podía sentirlo. Esto era como una ausencia. Esto era lo que ella había hecho toda su vida, lo que siempre había sabido hacer, y ahora la estaba abandonando, como un alma que abandona el cuerpo después de la muerte. «No pienses demasiado en ello», le había aconsejado su madre,

pero eso suponía que Freya alguna vez había pensado en cómo cantar por primera vez. Había cantado su primera nota cuando tenía un minuto de vida. Cantar era algo que había hecho de forma tan automática como respirar. Y, de pronto, no podía. Algunos días, apenas podía respirar.

—¿Cuándo ha sucedido todo esto? —pregunta Harun.

Freya suspira. Hace un millón de años. Así se siente por lo cansada que está.

—Hace tres semanas.

—¡Tres semanas! —exclama Harun—. Eso no es nada. ¿No pueden esperarte?

—Pueden, pero no lo harán —responde Freya—. Después de la consulta al médico esta mañana, Hayden me ha llamado para que fuera a su oficina. Estoy segura de que era para despedirme. Y por esa razón *no* he ido. No me puede echar si no estoy allí.

—Pero solo han pasado tres semanas —repite Harun. Parece muy aferrado a eso. No sabe que el tiempo de Hayden se mide en oro, y que tres semanas perdidas es una cuenta que ninguno de ellos puede pagar.

—He perdido mi lugar —explica Freya—. En dos semanas irá al estudio con Lulia.

—¿No puedes grabar después de Julia? —pregunta Nathaniel.

—Lulia —corrige Harun.

—Bueno, Lulia.

—No funciona así. —Freya está cansada de hablar de esto, cansada de intentar adivinar cómo funciona la mente de Hayden Booth. Qué lo complace. Qué lo molesta. Qué cuenta como lealtad y qué cuenta como traición. Sabe, en su interior, que él la echará. Su madre no lo cree así. ¿Por qué alguien invertiría en una persona durante dos años solo para luego hacerla a un lado? No es un buen negocio. Pero Freya sabe que, a pesar de su afirmación de que el arte es personal y los negocios no lo son, con

Hayden, todo se trata de negocios y todo es personal.

—Es como que se ha vuelto legendario, por su habilidad para lanzar artistas —les explica a Harun y Nathaniel—. Tiene una fórmula y funciona. Siempre ha funcionado. Por esa razón es tan quisquilloso cuando elige con quién trabajar. Estas personas deben tener cualidades muy específicas.

Como talento. Y el factor X. Y hambre. Esa debe ser la fortaleza verdaderamente superhumana de Hayden: ser capaz de detectar quién tiene el hambre suficiente para hacer lo que se necesita, para sacrificar cosas como la privacidad, la autonomía... la familia.

Pero no les confiesa eso a Harun y Nathaniel. En cambio, les habla sobre la tercera reunión con Hayden, la primera después de que Sabrina fuera apartada, cuando solo quedaron Freya y su madre. Él había expuesto todo su plan. Necesitarían dos años, dijo. Las Hermanas K eran conocidas, pero Freya no lo era. Necesitaban convertir a los fans de las Hermanas K en fans de Freya, y atraer a muchos más fans nuevos hacia ella. Construirían su perfil en todas las plataformas, elegirían apariciones donde ella ganara mucha cobertura, la acostumbrarían a cantar enfrente de una multitud, aumentarían la calidad de su material, la convertirían en famosa. Entonces podrían sacar su primer sencillo. Después de eso, se echarían hacia atrás, generarían más misterio, más hambre. Solo entonces irían al estudio. Cuando el álbum saliera, Hayden predijo, su éxito, tal como el de Lulia y Mélange antes que ella, sería inevitable.

La madre de Freya se había emocionado frente a todo eso, pero Freya estaba intranquila. Parecía que muchas piezas de dominó tenían que caer bien. ¿Y si las cosas no salían de esa forma?

Hayden parecía desconcertado por su escepticismo. Y luego comenzó uno de sus discursos. «¿Tú piensas que a la gente le gusta el arte, la música, por su *gusto personal*?» había dicho, burlándose ante la idea de algo tan individual. «No es más que posicionamiento, querida. Uno enmarca las

cosas de cierta manera. Esto es genial. Esto es provocador. Esto es lo próximo que querrán saber primero. Si haces bien eso, no tienes que hacer nada más. Tu producto ni siquiera tiene que ser tan bueno si lo enmarcas correctamente». Sacudió la cabeza, sonriendo, ante lo fácil que era todo. «Las personas son como las polillas, se sienten atraídas por la luz. Nuestro trabajo es convertirte en la luz más brillante».

—Puede que eso haya sido lo que le ha molestado —les dice Freya a Nathaniel y Harun—. No tanto que esté teniendo problemas con mi voz, sino que he alterado su camino hacia la inevitabilidad. —Durante un breve instante, ese entendimiento casi le permite sentir empatía por Hayden. Crear estrellas es lo que siempre ha hecho naturalmente, tan naturalmente como respirar, y Freya lo ha arruinado todo—. Ante sus ojos ha sido una traición.

—Aquí la traicionada eres tú —afirma Harun.

Freya sabe muy bien que eso no es verdad, pero le agradece que lo haya dicho.

—No debería despedirte —continúa Harun, la voz entrecortada y urgente—. Necesitas más tiempo. Debería darte más tiempo. Las personas tienen que ser pacientes con otras personas. Para entender que a veces las cosas no suceden como están programadas, que ciertas cosas no pueden acelerarse. Que cuando presionas a alguien, se cometen errores.

Harun habla con mucha vehemencia, como si eso le importara profundamente. Como si el comportamiento de Hayden lo hubiera insultado. Freya se conmueve, pero eso no cambia nada.

Hayden balancea su poder como un mazo. Puede hacer lo que quiera; si quieres estar en su universo (y todos lo quieren), lo aceptas. En las contadas ocasiones en las que la madre de Freya se atreve a decir algo negativo sobre Hayden, lo hace en un susurro, incluso aunque las dos se encuentren a solas en el apartamento.

—Deberías ir a defenderte —insiste Harun—. Pedirle más tiempo. Tienes que hacerlo.

Freya mira a Nathaniel, que no ha hecho ni un comentario.

—¿Tú qué piensas?

—¿Qué pasa si te despide? —pregunta Nathaniel.

Vuestros números bajarán. Vuestros fans os olvidarán.

—Lo pierdo todo —responde Freya.

---->

Nathaniel sabe lo que significa perderlo todo. En realidad significa perderse a uno mismo. Es lo peor que te puede pasar. Haría lo que fuera por evitar que eso le ocurra a otra persona.

—¿Qué puedo hacer? —pregunta.

---->

—¿Qué *podemos* hacer? —corrige Harun. Él no sabe qué significa perderlo todo, pero sospecha que está peligrosamente cerca de descubrirlo.

---->

Su entusiasmo —su enfado justificado— es contagioso. Hace que Freya quiera hacer algo que nunca ha sido capaz de hacer: hablar por ella misma.

Solo que eso implicaría enfrentarse con Hayden a solas. Suceden cosas malas cuando ella está a solas con él.

Pero quizás no tenga que estar sola.

—¿Vosotros vendrías conmigo? —pregunta en voz baja—. ¿Para poder enfrentarme a él?

Acaba de conocerlos. Ellos no saben lo que planea hacer. Ella no sabe lo que planea hacer. Está volando a ciegas. Ellos deben verlo.

Pero no dudan.

—Sí —responden.

---->

Cuando llegan a las oficinas de Hayden en el SoHo, Freya siente que está a punto de vomitar.

—Tengo ganas de vomitar —anuncia.

—Puedes hacerlo en mis zapatos —ofrece Nathaniel.

Es gracioso, pero ella no se ríe, porque realmente quiere vomitar, y es mejor no tentar a la suerte.

Cogen el ascensor hacia las oficinas de Hayden. Las rodillas de Freya comienzan a doblarse cuando se da cuenta de que está a punto de enfrentarse a Hayden y no tiene ni idea de qué decir. Durante su preparación para tratar con los medios, había aprendido a planear tres puntos de conversación antes de cada entrevista, y, sin importar lo que el entrevistador preguntara, debía responder con esos tres puntos. Cuando la gente se desviaba se metían en problemas, decían cosas que no podían retirar.

Pero aquí está ella, en el ascensor que conduce a la oficina de Hayden, y ni siquiera ha planeado qué decir. Lo que es un movimiento de *amateur*; no te enfrentas a Hayden Booth sin un planeamiento estratégico, una lección que Freya debería haber aprendido.

Se desmayará.

Las puertas del ascensor se abren. Freya tiene un recuerdo inesperado de la primera vez que ella y Sabrina vinieron aquí, cómo, cuando las puertas se abrieron, se habían cogido de las manos. Todavía puede sentir la mano de Sabrina, está segura de que si mira hacia abajo, las medialunas de las uñas de su hermana estarán allí.

Mira. No están.

Ha sido una idea estúpida. No hay nada que pueda hacer o decir que

vaya a cambiar algo. Pero luego Nathaniel coloca su mano en la parte baja de su espalda y Harun hace un gesto de «después de vosotros», sosteniendo las puertas del ascensor abiertas, y ambos la dirigen con prisa hacia el vestíbulo de Hayden, y antes de que pueda cambiar de opinión, las puertas del ascensor se cierran detrás de ella.

El vestíbulo está repleto de enormes fotos enmarcadas de Hayden, esa sonrisa torcida tan típica de él mientras posa para la cámara con, bueno, todas las personas importantes del mundo de la música pop. Al verlas, Harun suelta un gritito ahogado. Lo que resulta gracioso.

Una de las tantas asistentes de Hayden —hermosa de manera intimidante, y con los auriculares puestos como un androide— levanta la mirada del escritorio.

—Freya —dice con frialdad—. Te esperábamos más temprano.

—No estaba disponible más temprano —comenta Freya, intentando recrear la Freya de la narrativa que han creado para ella, la que es dura como las uñas, despiadada como el hombre que la ha descubierto (solo hay que preguntarle a Sabrina). La Freya que no se siente intimidada por una asistente—. ¿Está Hayden dentro?

—No está disponible —informa la asistente.

—¿Está aquí?

—No.

—¿Se ha ido por hoy? —Ya son más de las cinco, pero Hayden a menudo se queda hasta tarde en la oficina.

—No, pero estará fuera durante un rato.

Nada nuevo.

—Esperaremos —anuncia Harun.

Freya quiere decirle que podrían pasar horas. Hayden disfruta de hacer esperar a la gente casi tanto como odia esperar.

Pero Harun ya está sentado en el sillón de cuero. Nathaniel está junto a

él. Han dejado un espacio para ella entre los dos. Freya se sienta y mira la puerta de la oficina de Hayden. Gris plomizo con un pomo brillante. Podría estar allí. Podría estar castigándola o burlándose de ella o solo siendo Hayden. La primera vez, las había hecho esperar dos horas. Las asistentes no le habían dado ninguna explicación, no se habían disculpado y ni siquiera le habían ofrecido agua.

—¿Quieres un vaso de agua? —pregunta la asistente, y Freya se siente momentáneamente mejor porque al menos ahora (todavía) ella es una persona a la que le ofrecen agua al llegar.

Solo que la estúpida asistente ni siquiera se la está ofreciendo a ella. Le está preguntando a Nathaniel.

—Claro —acepta Nathaniel.

—¿Con gas o sin gas?

La asistente lo está adulando, como si Nathaniel fuera alguien casi famoso, y Freya entiende que eso se debe a que él es lo suficiente atractivo como para ser famoso, y esa clase de apariencia (en Nueva York, al menos) es una profecía realizada.

—¿Eh? —pregunta Nathaniel.

—¿Con gas o sin gas?

—Ehh, con gas, supongo.

—Enseguida vuelvo —responde la asistente sin preguntarle a Freya o a Harun si quieren agua, y mucho menos si la quieren con gas o sin gas.

La ola de celos avanza fuerte, rápido y de manera repentina. Freya no está celosa porque a Nathaniel le ofrezcan agua. Está celosa porque esa imbécil está coqueteando con él. Y él le pertenece. *Ella* es su contacto de emergencia. Y, en ese momento, Freya se da cuenta de que ya no se siente simplemente responsable de Nathaniel. Le gusta. La sensación de aleteo en su estómago no puede ser atribuida por completo a la idea de enfrentar a Hayden.

Ha pasado demasiado tiempo desde la última vez que sintió algo por un chico, o desde que se permitió que le gustara uno. No desde Tai. Su relación había sido acordada hacía un tiempo, dos promesas cuyo poder estelar combinado generaría un alboroto. Fingieron ser pareja, ocasionaron un revuelo menor, aparecieron en algunos periódicos sensacionalistas, lo cual era parte del plan, y a ella de verdad le había gustado él, lo cual no era parte del plan.

Durmieron juntos en la *suite* de un hotel de dos mil dólares la noche que se les había otorgado gratis a cambio de una publicación de la «pareja del momento» en el nuevo bar de la terraza. A la mañana siguiente al despertarse lo había encontrado hablando por FaceTime con su novio. El novio había saludado a Freya con la mano. «No te preocupes», dijo Tai. «Somos una pareja fluida y abierta». Cuando Freya se había enfadado, él se había mostrado confundido. «Pero nos hemos divertido, ¿verdad? Y esta *suite* está genial. ¿Deberíamos sacarnos un *selfie* en el balcón antes de irnos?». Ella estuvo de acuerdo. La instantánea aún era reblogueada, y los fans todavía los querían ver juntos.

La asistente regresa con una botella de Pellegrino y un vaso.

Un vaso. ¿En serio? Freya se aclara la garganta.

—Ah, disculpa. ¿Tú también quieres agua? —pregunta la asistente.

Freya preferiría coger la botella y metérsela en el...

—Sí —dice Harun—. Sin gas.

—Yo igual —añade Freya.

—Está bien. Enseguida vuelvo. —Le esboza una sonrisa a Nathaniel—.

Avísame si necesitas algo más.

Nathaniel parece despistado por la atención, y Freya ve que ni siquiera se percata de que la asistente está coqueteando con él. La ciudad está repleta de gente que sobrevalora su talento, su apariencia, su carisma. Alguien como Nathaniel es único.

—Estoy bien —le dice a la asistente.

Freya observa la puerta de la oficina, cerrada, tal como estaba ese día. Las traiciones raramente ocurren al descubierto. Ha estado tantas veces allí que puede dibujar la oficina en su mente: su escritorio de mármol, pesado, caro y frío. Los discos enmarcados de las paredes. Las fotografías de él junto a la verdadera elite de la música pop: Lulia y Rufus Q, que son sus protegidos, y otros artistas y productores famosos, él y Kanye y Kim, él y Jay and Bey y Bono y Bowie y otros a quienes tiene como amigos, o, mejor dicho, a quienes puede mostrar como amigos. El *grafiti* enmarcado. El ordenador cubierto con notas adhesivas, porque —y Freya encuentra esto un tanto gracioso—, a pesar de que Hayden es un genio cuando se trata de manipular las redes sociales, es un tecnófobo que no sabe cómo utilizar su ordenador.

En ese ordenador hay una carpeta de archivos con su nombre. La primera vez que la había visto, había sentido una oleada de euforia, al igual que la había sentido la primera vez que su vídeo se había vuelto viral o cuando su primer vídeo de YouTube había sobrepasado el millón de visitas. Un momento de alivio. Casi había cruzado la línea de meta, después de la cual todo estaría bien. No había sabido qué contenía esa carpeta, solo que, de alguna manera, era una prueba de algo.

Ahora sabe lo que hay allí: básicamente todo. Hayden tiene asistentes que seleccionan cada noticia, cada suceso de las redes sociales, cada publicación. Además de toda su información, sus contratos, sus e-mails (y los de su madre), y los vestigios de su voz en todas las grabaciones que tiene. En cuanto a la línea de meta, o no está cerca o esa línea se sigue moviendo.

Se pone de pie de un salto, sabiendo de pronto y por primera vez después de mucho tiempo qué es exactamente lo que quiere hacer.

—Nathaniel —susurra—. Necesito que coquetees con la asistente.

—¿Qué?

—Coquetea.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Hazle ojitos. Sé tú mismo. Ya le gustas. Solo dile que hemos tenido que irnos, y coquetea para que se olvide de hacer cualquier pregunta. —Se vuelve hacia Harun—. ¿Es verdad que tu novio es mi fan número uno?

Ve que Harun titubea, una arruga le atraviesa el rostro, pero se recupera con rapidez.

—Sí —dice, con algunas dudas al principio. Luego con más seguridad—. Lo es.

Freya está totalmente en modo diva, pero, por primera vez, no está actuando. Sabe exactamente lo que quiere hacer.

—Entonces él querría que hicieras esto. Vamos.

---->

La asistente vuelve con dos vasos más de agua. Mira a su alrededor.

—¿A dónde han ido? —le pregunta a Nathaniel.

Nathaniel se queda paralizado. Freya le ha ordenado coquetear. No sabe cómo coquetear. Una vez lo hizo. Debió haberlo hecho. Recuerda las chicas, las novias, pero eso fue hace mucho tiempo, antes de que se volviera salvaje. Pero coqueteará porque Freya se lo ha ordenado, y si ella le pidiera que hiciera la vertical y graznara como un pato, él también obedecería.

—Se han ido —le miente a la asistente, y, por si acaso, batea las pestañas—. Pero yo sigo aquí.

Ella le sonrío. Se humedece los labios.

—Sigues aquí.

Quizás sí sepa cómo coquetear.

---->

Freya ha decidido borrarse del ordenador de Hayden. Es un movimiento simbólico. Comprende lo que eso significa. Pero es necesario de todas maneras. Hayden lo entenderá. Freya no puede perder una carrera que se rehúsa a correr. Él no la puede despedir si ella renuncia.

Se dirige de inmediato al ordenador. Hace clic con el ratón y la pantalla se ilumina. No tiene contraseña porque una vez a Hayden se le había olvidado y le había llevado veinte minutos enteros encontrar a una asistente, y perder veinte minutos de Hayden es un pecado.

Tiene el calendario abierto en la pantalla. El bloque de las semanas a principios del mes tienen su nombre en cada uno de los días y la mayoría de las otras citas bloqueadas —su madre tenía razón acerca de la devoción que les entrega a sus artistas, siempre y cuando se comporten según lo esperado—, pero las últimas dos semanas han sido actualizadas, y los huecos que ella ha dejado en el calendario han sido reemplazados con facilidad. En dos semanas, después de su semana en la isla privada, es el nombre de Lulia el que bloquea el calendario. Freya está segura de que Lulia ocupará sus seis semanas completas. No dejará huecos.

Primero, Freya se borra a sí misma del calendario. Borra la sesión de grabación. Borra la consulta con el médico del día de hoy. Lo borra todo.

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Harun.

—Nada. Solo avísame si viene la asistente, ¡y mantente en silencio! —susurra.

Freya cierra el calendario. El fondo de pantalla de Hayden es Lulia, por supuesto. Es como si Hayden hubiera sabido que Freya iba hacia allí y hubiera decorado su oficina para jugar con su mente. En el escritorio hay varias carpetas, cada una con el nombre de los artistas con los que trabaja: Lulia, Mélange, Rufus Q y Freya.

Abre su carpeta. Dentro está todo. Todo lo que le ha dado a Hayden. Y todo lo que él ha cogido de ella.

---->

—Me resultas conocido. ¿Eres modelo? —le pregunta la asistente a Nathaniel—. ¿Actor?

—Ehhh, ¿no?

—Podrías serlo.

—Ehh, ¿gracias? —Y porque tiene que estar coqueteando, sonrío con lo que él piensa que es la sonrisa más seductora de un actor o un modelo.

—Podría sacarte algunas fotos si quieres. Es lo que hago, soy fotógrafa. Esto —señala su escritorio— es algo temporal.

—La mayoría de las cosas lo son —dice Nathaniel.

La asistente se ríe. Nathaniel también ríe, aunque no lo ha dicho a modo de broma.

—Me encantan tus ojos —comenta la chica—. ¿Por qué los tienes así?

Nathaniel nunca le ha contado a nadie la historia, pero durante un instante se imagina cómo sería explicar lo que realmente le había pasado, no solo cómo perdió el ojo, sino por qué. Cómo ha sido vivir en esa casa en el extremo del bosque con su padre. La comunidad de dos. Echa un vistazo hacia la oficina, donde están Harun y Freya. Se imagina contándoselo.

Vuelve a posar la mirada en la asistente.

—Heterocromía —miente—. Es genético.

---->

—¿Qué estás haciendo? —pregunta Harun, espiando la pantalla por encima del hombro de Freya.

—Me estoy borrando a mí misma antes de que él pueda hacerlo.

—¿Estás qué?

—Estoy borrando todos mis archivos. Excepto uno.

—¿Cuál?

Mira la pantalla mientras Freya busca entre cientos de archivos: PDFs, JPEGs, vídeos.

—La copia maestra.

—¿Qué es una copia maestra?

—Las grabaciones originales, antes de que se mezcle la canción.

—¿Para qué las quieres?

—No las quiero todas. Solo una.

—¿Por qué?

—Porque me pertenece.

Sigue buscando hasta que la encuentra. *El vestido blanco.ptx*. Bingo.

—¿Sabes cuál es la mejor forma de transferir un archivo y borrarlo por completo? —le pregunta a Harun.

—Sí, pero ¿eso no es robar?

—Técnicamente es más como hackear.

—Si te pertenece, ¿por qué no puedes simplemente pedir que la devuelvan?

—No funciona así. Hayden es el dueño de las copias maestras. Tiene los derechos. Es el dueño de todo. —Ese era el acuerdo que habían firmado. Freya recuerda estar sentada en esa enorme sala de conferencias: Freya, su madre, Hayden, el equipo de abogados. Eran los abogados de la discográfica. Eran los abogados de Hayden. «¿No deberíamos tener nosotras un abogado?». Freya le había preguntado a su madre. «Nosotros somos vuestros abogados», habían respondido los abogados de Hayden. «Nosotros, los creativos, debemos permanecer juntos», había dicho Hayden.

Freya observa la leyenda en la pared. *El arte es personal. Los negocios no lo son*. No podía decir que Hayden no les hubiera advertido.

El resto de las canciones se las puede quedar y utilizarlas para lo que quiera, descartarlas, reutilizarlas para la próxima chica prometedora. Pero

no esta canción. Esta canción le pertenece a ella.

Abre el e-mail e intenta adjuntar el archivo. Harun la observa, sin decir una palabra.

---->

Harun es un cobarde. ¿Cuántas veces tiene que decirlo? Es la clase de cobarde que destroza corazones. La clase de cobarde que permite que su familia participe en un engaño gigantesco. La clase de cobarde que no irrumpe de manera casual en las oficinas de hombres poderosos como Hayden Booth.

Quiere ayudar a Freya de cualquier forma que pueda, pero incluso lo hace por razones cobardes. Para recuperar a James. Por ese motivo ha dicho que sí a todo esto.

¿Pero robar? Harun es un buen chico. Cuando Saif se rebeló y no quiso ir más a la mezquita, Harun había seguido yendo. Cuando Saif había hecho llorar a Ammi por casarse con una chica blanca, Harun había hecho lo posible por evitar que Ammi llorara. Porque es un buen hijo.

Pero aquí está él, participando en un delito. ¿Qué pasaría si lo arrestaran? ¿Qué pensaría la gente? ¿Qué dirían sus padres? ¿Lo seguirían queriendo?

---->

El archivo es demasiado pesado. No lo puede adjuntar. Freya sabe que hay que comprimir los archivos o algo por el estilo, pero no recuerda cómo.

Harun simplemente la observa.

—¿Me ayudarás o no? —pregunta.

---->

Harun se imagina a Abu yendo a la estación de policía a buscarlo, el arresto por robo, grabado en sus antecedentes. La vergüenza en los ojos de su

padre.

Aunque si lo arrestaran, no podría salir mañana. Tendría una excusa para no subir a ese avión.

Una vez más, un cobarde.

---->

Freya siente crecer su frustración. Intenta adjuntar el archivo a un e-mail una vez más. Cuando eso no funciona, golpea la máquina.

—Mierda —protesta.

---->

Harun observa a Freya, sabiendo que no funcionará; el archivo es demasiado pesado, y, de cualquier manera, quedaría una copia en la carpeta de enviados, e incluso si ella piensa eliminar eso también, la huella digital permanecerá en el servidor.

En su interior se encuentra ansioso a causa de la frustración y la impaciencia, y al ver la expresión de Freya, entiende que está sintiendo exactamente lo mismo que ella. Lo está sintiendo en nombre de ella, como si durante un instante se hubiera apartado de sus propios problemas y hubiera saltado a los de alguien más, y francamente, es un alivio. En particular cuando este es un problema que puede resolver.

Freya intenta una vez más adjuntar el pesado archivo. Esta vez, Harun se interpone entre ella y el ordenador.

—Debes hacer las cosas de la forma correcta —dice cogiendo su llavero, que contiene las llaves de su casa, una identificación para la universidad, y la pequeña memoria USB que había comprado exclusivamente para almacenar fotografías, e-mails y los mensajes de James en un lugar seguro. Pero nunca lo hizo. Tenía demasiado miedo de que alguien lo descubriera, de modo que la memoria se encuentra vacía.

Inserta la memoria en el puerto. El sonido de las risas, la risa de Nathaniel entremezclada con la de la asistente, viaja desde el vestíbulo y atraviesa la puerta cerrada.

—Parece que está coqueteando bien —comenta Harun.

Freya frunce el ceño, y Harun se siente mal. Ahora que se ha apartado de sí mismo durante cinco segundos, se da cuenta de que algo ha estado chisporroteando entre esos dos durante todo el día.

—No te preocupes —añade—. Tú también le gustas.

—¿Eso crees? —pregunta Freya, y el deseo de sus ojos es tan familiar que Harun ya no está seguro de si es el deseo de ella o el bombeo de sus propias venas.

Suena un teléfono: la extensión de la oficina de Hayden, así como la del escritorio de la asistente. Freya echa un vistazo al identificador de llamadas.

—Es el móvil de Hayden —susurra.

—Si la asistente no sabe que estamos aquí, él tampoco —aclara Harun, de pronto invadido por una confianza tranquila.

—No contaría con eso. Hayden lo ve todo —afirma Freya.

—Nadie lo ve todo. —Hace una pausa durante un instante—. Excepto quizás Dios.

—Hayden es Dios. —La luz en el teléfono parpadea—. Date prisa.

---→

Mientras la asistente está al teléfono, Nathaniel la escucha mencionar a Freya.

—Ha estado aquí, pero ya se ha ido. —Mira a Nathaniel con una expresión un tanto suspicaz, y él esboza su sonrisa más radiante hasta ahora—. No, no dijo qué quería. —Una pausa—. Se ha ido sin esperar. Yo no la controlo. —Un quejido a la defensiva en su voz—. Está bien, está bien. Haré que regrese. —Cuelga el teléfono y mira a Nathaniel, que ya no

sonríe—. ¿A dónde se ha ido?

Quizás no sea bueno coqueteando, pero es un mentiroso experto.

—No estoy seguro. —Coge su teléfono—. Déjame llamarla. —Se disculpa y se dirige a la sala de espera y llama al único número que tiene almacenado en su teléfono.

«Dime algo bueno», dice su padre.

—Ey, soy yo —anuncia Nathaniel. Le habla al vacío, como ha hecho a menudo en las últimas semanas. Solo que no parece que le esté hablando al fantasma de su padre. Porque en su mente, le está hablando a Freya y a Harun.

---->

—¿Cuánto tiempo más? —pregunta Freya.

—No mucho. Estoy transfiriendo el archivo.

Freya observa el progreso, impaciente ante la pantalla: 10 por ciento, 18 por ciento.

26 por ciento.

Su corazón comienza a acelerarse.

43 por ciento.

—Vamos —le dice al ordenador, que hace caso omiso.

La luz del teléfono de la oficina se apaga y luego se enciende una vez más.

68 por ciento.

—Vamos —ruega.

—Es un ordenador —advierte Harun—. No puede entenderte.

El ordenador alcanza el 73 por ciento y luego se detiene.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Freya—. ¿Se ha interrumpido?

—No se ha interrumpido. Solo está procesando —informa Harun.

—Haz que procese más rápido —chilla Freya, y le propina un buen

golpe al ordenador.

—Debes hacer las cosas de la forma correcta —repite.

La pantalla muestra el 80 por ciento.

—Estoy cansada de la forma correcta —protesta.

93 y 100. Freya se lanza sobre la memoria.

Él la detiene, expulsa la memoria, le coloca la tapa y vuelve a engancharla en su llavero. Freya arrastra la carpeta hacia la papelera.

—No de esa manera —dice Harun. Abre la carpeta y en lugar de arrastlarla hacia la papelera, elimina los contenidos y deja el nombre de la carpeta intacto. Hace una búsqueda de carpetas con el mismo nombre y repite el proceso con una versión almacenada en la nube. Freya ve que el nombre de la carpeta aparece en el buscador.

—Pensaba que la habías eliminado —se queja Freya.

—Lo he hecho. Esta es una carpeta fantasma. He eliminado los contenidos pero he dejado la carpeta ahí. —Harun sonríe—. Para evitar sospechas.

Freya tiene prisa, pero se toma unos segundos para observar a Harun.

—Eres bastante malvado, ¿verdad?

Harun se permite esbozar una sonrisa ínfima.

—No te haces una idea.

---->

Nathaniel todavía está hablando con Freya por teléfono cuando ella y Harun salen de la oficina, riendo, victoriosos.

—¿Qué...? —pregunta la asistente.

—Ah, ahí están —dice Nathaniel, colgando el teléfono.

—¿Qué estábais haciendo ahí dentro? —inquiérese la asistente.

Freya no responde. Coge la mano de Nathaniel.

—Nos tenemos que ir —anuncia.

—¿Sabías que estaban ahí dentro? —le pregunta la asistente a Nathaniel. Luego se gira hacia Freya—. A Hayden no le gustará esto.

—Ay, bueno —dice Freya, cogiendo la mano de Harun y conduciéndolo hacia la zona de los ascensores.

—¿Qué debería decirle? —pregunta la asistente.

Harun presiona el botón del ascensor. Justo cuando las puertas se abren, Freya se gira hacia la asistente.

—Dile que el arte es personal. Los negocios no lo son. —Y las puertas se cierran. Los tres descienden, cogidos de las manos, cada uno de ellos experimentando algo que solo horas antes creían imposible: felicidad.



Felicidad

Corren hasta que están a varias calles de la oficina de Hayden, no porque piensen que alguien los esté siguiendo, sino porque incluso con una conmoción cerebral y un talón herido, sienta ridículamente bien estar corriendo por la calle, cogidos de las manos, una cadena de tres, riendo mientras hacen que los peatones irritados salgan volando como palomas para evitarlos.

Giran hacia la derecha, atraviesan un parque —si se puede llamar parque a un grupito de bancos y un campo de béisbol— y entonces Nathaniel se detiene de pronto, la nariz moviéndose como si oliera un partido de béisbol improvisado. Los equipos están calentando, lo puede asegurar. El *pitcher* hace un lanzamiento en caída y el bateador golpea la bola fuera del campo de juego, hacia ellos. Siguiendo su instinto, Nathaniel levanta de pronto el brazo izquierdo, después de ver en su mente la jugada, antes de que suceda. El golpe del cuero contra su palma suena como un beso.

Solo cuando mira hacia abajo se da cuenta de que ha atrapado el *foul* del partido de unos extraños.

—Lo siento —grita, observando con asombro la bola en su mano, incapaz de creer que la haya atrapado. Pero lo ha hecho. Y el *pitcher* está esperando, de modo que, gracias a que su memoria motora se hace con el control una vez más, lanza la bola con una puntería tan perfecta que el *pitcher* solo tiene que levantar el guante para atraparla.

—Gracias —vocifera el *pitcher*, corriendo hacia donde se encuentran los

tres—. ¿Juegas? —le pregunta a Nathaniel.

—Jugaba.

—Genial, genial. ¿Veis a esos tipos de allí? —Hace un gesto con el mentón hacia un grupo de jugadores situados en un lateral del campo. Son más grandes y llevan puestas unas impecables camisetas a rayas, al contrario que los equipos que están jugando, unos chicos de unos veintitantos que visten ropa de calle—. Son los de la Liga de Abogados. Están intentando quitarnos el campo porque nos faltan algunos jugadores y se supone que no debemos ocupar el campo sin los equipos completos, pero el hecho es que sí estamos completos, solo que algunos de los nuestros llegarán tarde. —Extiende su mano derecha y se toca el pecho con la mano enguantada—. Soy Finny.

Nathaniel le estrecha la mano, se presenta y luego hace lo mismo con Freya y Harun.

—¿Cuántos os faltan?

—Tres de nuestro equipo, están todos atrapados en el mismo atasco. Maldito MTA. —Finny sacude la cabeza—. Estamos jugando con algunos jugadores de menos en la zona de los jardines, pero ellos nos están respirando en la nuca. —Echa un vistazo a Nathaniel, Harun y Freya—. Vosotros sois tres. ¿Queréis entrar hasta que lleguen nuestros jugadores?

Nathaniel no ha jugado, no ha querido jugar desde ese día, casi cuatro años atrás, cuando su entrenador lo invitó a practicar unas jugadas. Pero hoy sí que quiere.

—¡Sí! —responde Nathaniel enfáticamente.

—¡No! —responden Freya y Harun con el mismo énfasis.

Nathaniel no quiere ser insistente. Pero se muere por jugar. La mano todavía le cosquillea a causa de haber atrapado la bola.

—Y tú tampoco deberías jugar —agrega Harun—. El médico ha dicho que no debías hacer actividad física en exceso.

—Estoy bien —responde Nathaniel—. Mejor de lo que he estado en años. Y vosotros dos habéis dicho que el médico era un incompetente.

—Así que jugarás —dice Harun.

—No si vosotros no jugáis.

—Yo no juego al béisbol. Juego al críquet —señala Harun.

—¿En qué posición? —pregunta Nathaniel.

—*Wicket-keeper*.

—No es tan diferente a la de *catcher*, ¿verdad? —Nathaniel se vuelve hacia Finny—. ¿Necesitáis un *catcher*?

—Lo que sea. Jugamos a cambio de cerveza, así que las expectativas son muy bajas. Además, habrá cerveza ganemos o perdamos.

—¿Por qué sabes jugar al críquet? —le pregunta Harun a Nathaniel—. Los norteamericanos nunca saben de críquet.

—Vi un documental sobre un equipo de Afganistán.

—¿Has visto *El peso del pasado*? —pregunta Harun—. Me encantó esa película.

Nathaniel asiente.

—Y también la del equipo antillano. Mi padre atravesó una etapa obsesiva con el críquet. Lo llamó el único deporte de caballeros.

---->

El padre de Harun suele decir lo mismo. Muchas veces dice que el críquet enseña las reglas de civismo. «Sin eso, la sociedad se desmorona».

Harun intentó enseñarle las reglas a James una vez, en un día particularmente feo de febrero, pero James no quería saber nada de críquet. Ni siquiera después de que Harun le enseñara fotos de Shahid Afridi, ni siquiera después de ver las fotos de Imran Khan de joven.

Harun no quiere jugar al béisbol. Pero Nathaniel sabe de críquet. Se imagina al padre de Nathaniel y a su propio padre teniendo una

conversación sobre eso tomando el té.

—El problema es que, en realidad, no sé cómo jugar más allá de lo que aprendí en el colegio —admite Harun.

—No te preocupes. Te pondremos como *catcher* —dice Finny—. Solo tienes que atrapar la bola y lánzamelas a mí.

Harun se enfrenta a ser humillado, o ser el objeto de las risas, o a estropearlo todo. Pero Nathaniel no ha pedido nada en todo el día. Y se ha sentido muy bien al haber hecho algo por Freya antes. La cobardía y el egoísmo son agotadores.

—Mira, en realidad no nos importa si no jugáis bien —aclara Finny—. Solo necesitamos gente en el campo hasta que lleguen nuestros jugadores.

Harun se vuelve hacia Freya. Es a todo o nada. No está seguro de cuándo ha sucedido eso. Pero es lo que hay.

---->

—Ah, no —dice Freya—. No me miréis a mí. Yo no hago deporte. Yo hago música.

Hacía música.

—No lo haré si tú no lo haces —aclara Nathaniel.

—Te pondremos como *outfielder* central —le indica Finny a Nathaniel—. Tú irás al campo derecho —le dice a Freya—. Él te cubrirá.

—Pero no tengo... ¿cómo se llama? ¿Guante?

—Nosotros tenemos el equipamiento.

—Pero soy zurda —dice Freya, recurriendo a la versión de béisbol de un pase Ave María—. ¿No necesito un guante distinto?

—Tenemos guantes para zurdos.

Nathaniel, Harun y Finny miran a Freya con ojos de cachorro, un triple golpe bajo.

—No es justo —protesta Freya—, poner tanta presión sobre mí. —Pero

está sonriendo.

—Acabo de cometer un delito por ti —le recuerda Harun.

—Y yo he coqueteado con esa asistente espantosa por ti —agrega Nathaniel.

—Y, ey, yo acabo de conocerte, pero me estarías haciendo un gran favor —añade Finny.

—Así que la asistente era espantosa, ¿verdad? —le pregunta Freya a Nathaniel, completamente avergonzada por cuánto la complace esa crítica maliciosa.

—No ha sido su culpa —aclara Nathaniel—. Solo es que ella no era tú.

Y con eso es suficiente. Freya está perdida. Iría a hacer paracaidismo si él se lo pidiera, y a ella la aterran las alturas. Unos minutos más tarde, está irreconocible, lleva puesto un desgastado guante para zurdos y una gorra de béisbol ajena. Situada en el jardín derecho, se pregunta: «¿Cómo he terminado aquí?». Solo que no está pensando en el campo de juego, específicamente, sino aquí con Harun y Nathaniel. Y también en el campo de juego. Nunca ha jugado béisbol en su vida.

«¿Cómo he terminado aquí?», se pregunta una vez más. Pero la respuesta no importa. Lo que importa es que lo ha hecho.

---->

Mientras Harun está de cuclillas detrás del *home*, su teléfono vibra con un mensaje. La cena en su honor no comenzará todavía, pero Ammi siempre se pone nerviosa si no llega por lo menos media hora antes.

Puede imaginarse a toda su familia sentada alrededor de la mesa del comedor, la mesa agrandada para que quepan todos ellos y para los múltiples platos que Ammi ha estado preparando. Ammi caminará de un lado a otro. No se detendrá hasta que todos estén sentados y comiendo. Cuanto más larga sea su ausencia, más rápido caminará ella. Mirará el reloj

sobre la repisa y se retorcerá las manos. «*Fikar ne kero*», le dirá Abu. «No te preocupes». Los trenes van con retraso, el tráfico es lento, los chicos pierden la consciencia del tiempo. Eso continuará hasta que pase demasiado tiempo para que las excusas sean creíbles, e incluso el rostro de Abu comenzará a evidenciar preocupación.

—Somos un equipo completo ahora —les está diciendo Finny al furioso equipo de abogados con uniformes de rayas—. Así que ya podéis largaros. Este campo es nuestro hasta las siete.

El teléfono de Harun vuelve a vibrar. Finny vuelve dando zancadas a la posición de *pitcher*.

—¿Estás listo? —le grita a Harun.

—No.

—Prepárate. —Finny sonrío.

---->

—¿Sabes que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo? —le dice Freya a Nathaniel desde su posición segura en el jardín.

—Yo te cubro —asegura Nathaniel.

Freya sabe que está hablando de béisbol, pero, de todas formas siente que una calidez la invade.

—Te tomo la palabra.

---->

Nathaniel se lo está pasando de maravilla. No recuerda la última vez que se divirtió tanto. El aroma del césped, la tierra, el sonido particular que hace la bola cuando choca con el bate. Hace que todo vuelva a la vida.

Ni siquiera importa que les estén ganando por goleada; el equipo contrario lleva ventaja, cubre todas las bases, completa algunas carreras antes de que ellos puedan lograr un *out*. Cuando una mujer fornida pisa el

home, Nathaniel ve que la bola se dirige hacia ella casi antes de que suceda, con la misma claridad inexplicable con la que antes, cuando ha escuchado la canción de Freya, ha sabido que, de alguna manera, estaba dedicada a él. De modo que también sabe que la jugada será un *fly* e irá directamente hacia el jardín derecho, directo hacia Freya. Antes de que el bate golpee la bola, él ya está yendo hacia Freya, quien, cuando ve la pelota viajando hacia ella, se inclina un poco y estira con indecisión su mano izquierda, sin guante, para atraparla. Nathaniel sabe que se llenará de magulladuras si la atrapa y aplastará su rostro si no lo hace. Se acerca por detrás de ella.

—La tengo —grita, pasa un brazo alrededor de su hombro, atrapa la bola con facilidad y se la lanza a la tercera base a tiempo para tocar al corredor.

—Buena jugada —vocifera Finny.

—Sí, muy buena —dice Freya.

—Cuando queráis —responde Nathaniel.

Una maravilla. Una total maravilla.

¿Cuánto tiempo ha pasado desde que balanceó un bate? ¿Desde que atrapó una bola alta? ¿Desde que sintió mariposas en el estómago por una chica? Cuando regresó al instituto con el parche en el ojo, sus compañeros de equipo lo trataron de manera amable pero fría. Ya no bromeaban a su alrededor, ya no lo invitaban a salir los viernes por la noche. Él iba a todos los entrenamientos, pero se sentaba en el banquillo.

Cuando le colocaron su prótesis ocular temporal —que se transformó en permanente por defecto— su entrenador lo invitó al campo, solo ellos dos, para practicar unas jugadas. Nathaniel atrapó con facilidad los primeros lanzamientos, pero luego el entrenador lanzó algunas bolas más altas y hacia la izquierda. Nathaniel estiró la mano enguantada hacia donde pensaba que debía ir la bola, pero su guante permaneció vacío. Eso sucedió una y otra vez.

Los médicos le habían advertido que su percepción de la profundidad se vería afectada. Que algunas cosas, como bajar las escaleras, serían difíciles, y otras, como ver películas en 3-D, serían imposibles, pero, con el tiempo, su ojo bueno aprendería a compensar. Él le dijo eso a su entrenador. Y prometió practicar día y noche.

—Estoy perdiendo a casi todos los jugadores más fuertes este año —dijo el entrenador—. Esta quizás sea nuestra última oportunidad de ganar el campeonato en un tiempo. —Miró a Nathaniel y no dijo nada más. No fue necesario. Nathaniel se dio cuenta de lo que se esperaba de él.

—Todo está bien —le dijo al entrenador. Les dijo lo mismo a sus compañeros de equipo cuando anunció que se retiraba. Intentó no tomárselo de forma personal cuando todos lo creyeron sin reparos.

Ahora le roba miradas a Freya como alguna vez robó bases. Tiene la habilidad suficiente para que ella no se dé cuenta, pero cuando Finny grita «¡Muévete, *fielder!*!» justo cuando una bola baja pasa a toda velocidad junto al segundo base, él se da cuenta de que no ha estado prestando atención al partido en absoluto. La bola va directamente hacia Freya, demasiado tarde para que Nathaniel la intercepte.

Pero Freya esta vez recoge la pelota con su mano enguantada.

—¡Lo hice! —grita, volviéndose hacia Nathaniel—. ¿Y ahora qué?

—Tíramela —responde, trotando hacia ella.

Freya hace un lanzamiento bajo que Nathaniel atrapa con facilidad. Él gira, lanza la bola más allá de Finny, directamente hacia Harun. Dos jugadores han llegado al *home*, y el tercero está dirigiéndose allí, y Finny espera que Nathaniel le lance la bola de vuelta, pero Nathaniel sabe que hoy todos ellos tienen una suerte mágica de su lado, de modo que le lanza la bola a Harun, seguro de que la atrapará, y lo consigue iluminado desde atrás por el sol poniente.

—¡*Out!* —grita el árbitro.

—¿Lo hemos conseguido? —pregunta Freya.

—Lo hemos conseguido —responde Nathaniel.

Freya vitorea y hace un pequeño bailecito de triunfo.

—¡Bien, Harun! —Choca los cinco con Nathaniel, y ahora su mano derecha cosquillea tanto como la izquierda.

—¡Ja! —grita Finny—. ¡Ahí lo tenéis!

—¿Tenemos qué? —dice el capitán del otro equipo—. Ganamos por cuatro.

—¡Ahí lo tenéis de cualquier manera! —responde Finny, y luego, envalentonado por algún poder mágico, procede a dejar fuera al próximo bateador, y esos son tres *outs*.

Es el turno de ellos para batear, Freya y Nathaniel ocupan sus asientos en el banquillo. Harun se sitúa junto al cerco de tela metálica y conversa con Finny.

—No tendré que batear, ¿verdad? —pregunta Freya.

—Hay un grupo de bateadores delante de ti, así que no te preocupes —dice Nathaniel.

—Porque no sé batear.

—Te puedo enseñar si quieres.

—Quizás acabe golpeándote la cabeza. De nuevo. Ocasionándote una segunda conmoción cerebral.

—Correré el riesgo.

Se dirigen a la bolsa de bates, y Nathaniel busca en su interior.

—Primero, necesitas el bate correcto.

—¿Cuál es el bate correcto?

—Para ti —dice, tomando uno delgado de madera— tiene que ser un Louisville Slugger.

Le entrega el bate, y ella lo sujeta como si estuviera intentando apagarlo.

—Relájate —aconseja Nathaniel, y se sitúa detrás de ella—. Coloca las

manos una un poco más arriba de la otra, alineando los nudillos. —La rodea para ajustar la posición de sus manos y envuelve su cuerpo alrededor del de ella.

—¿Así? —pregunta Freya con la voz acelerada.

Su agarre es correcto, pero él no quiere soltarla. Está demasiado cansado de dejar ir.

—Sí, así. Ahora separa las piernas.

—En general los chicos me invitan a cenar antes de decir eso.

La erección de Nathaniel es inmediata, tan rígida como el Louisville Slugger. Se aparta de Freya para que ella no la perciba.

—A esta distancia. —Nathaniel le da un empujoncito a los pies de Freya, deseando que su erección desaparezca. No había sentido algo así desde que tenía trece años—. El truco es relajarse. No te anticipes, recibe la bola.

—*Recibe la bola* —bromea Freya—. ¿Estamos jugando al béisbol o teniendo...?

—Nathaniel —interrumpe Finny—. ¿Quieres batear?

¡No! Nathaniel no quiere batear. Quiere llevar a Freya hacia ese grupo de arbustos, arrancarle la ropa y acercarse tanto a su piel cálida que no quede espacio entre ellos. Luego la invitará a cenar.

—Toma, aquí tienes el Slugger —dice Freya, entregándole el bate a Nathaniel, y, a pesar de que es muy ligero para él, lo coge porque no quiere negarle nada a esta chica.

Se sitúa en el *home*, el deseo tamborileando en su cuerpo. El *pitcher* lanza, la trayectoria de la bola no es la correcta. Nathaniel podría apartarse y sería una bola mala, pero, en lugar de eso, batea fuerte. Necesita hacer algo con todo el deseo y anhelo que había pensado que habían muerto en él, pero que solo estaban dormidos y ahora le están provocando una erupción volcánica. La bola produce su característico sonido y sale disparada.

Home run. Por supuesto.

---->

Los tres jugadores que faltaban aparecen al final de la tercera entrada, y Freya, Nathaniel y Harun son despedidos con un aluvión de agradecimientos, dos cervezas, una Coca-Cola y una invitación para volver la próxima semana.

—Volvería si vosotros también lo hacéis —dice Freya—. Ha sido divertido. —Pero recuerda que Nathaniel no es de por aquí. Es un turista que va a reunirse con su padre—. ¿Tú estarás por aquí la próxima semana?

—Es posible —responde Nathaniel, encogiéndose de hombros mientras abre una cerveza. La espuma le baña las manos.

Se lame los dedos, y a Freya la asaltan diez mil pensamientos sucios acerca de lo que le gustaría hacer con ellos. Pero antes de hacer otra estúpida broma sexual, bebe un gran trago de cerveza y deja escapar un eructo igualmente grande.

Nathaniel y Harun la miran, ambos profundamente impresionados.

—Mi hermana y yo solíamos hacer competencias de eructos —explica—. Aunque con Fanta, no con cerveza. Siempre ganaba yo.

—No lo dudaba —dice Harun.

—Podía eructar *Jingle Bells*, *ABC*, el *Cumpleaños feliz*. Mmmm. Quizás si no puedo cantar de verdad, puedo cantar eructando. —Freya bebe otro trago de cerveza—. ¿Se puede tener una carrera como eructadora cantante profesional?

—Es probable —responde Harun—. Existen los que se ganan la vida como devoradores profesionales de perritos calientes. Así que, ¿por qué no?

—¿Devoradores profesionales de perritos calientes? —pregunta Nathaniel.

—Compiten. Hay un gran desafío todos los cuatro de julio —comenta Freya—. Ese japonés siempre gana.

—No —corrige Harun—. Fue descalificado.

—¿En serio? —pregunta Freya.

—Sí.

—Me estáis gastando una broma —se queja Nathaniel, riendo—. Eso no puede existir de verdad.

—Es cierto —afirma Freya—. De modo que quizás haya esperanza para mí y mi carrera como eructadora después de todo. —Bebe otra vez e intenta eructar el ABC, pero lo único que le sale es una patética y débil A—. No. Ni siquiera puedo cantar eructando.

Los chicos la miran con una gentileza que es casi insoportable.

—Estoy seguro de que volverás a cantar —dice Harun.

—¿Sí? —pregunta Freya—. Porque yo no lo estoy.

—¿Robar la canción no ha ayudado? —pregunta Nathaniel.

Freya suspira. Sabe que si la vida fuera una película, habría bajado en ese ascensor cogida de las manos de Harun y Nathaniel, y, tan pronto como hubiera salido por la puerta, fuera de las garras de Hayden, habría estallado en una canción. Y todos habrían bailado. Haciendo manos de jazz.

Pero sabe que la vida real no funciona así. Lo que sea que ha estado obstruyendo su garganta durante las últimas semanas todavía se encuentra ahí.

—Ha ayudado —señala Freya—. Pero no de esa forma.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Nathaniel. Freya comienza un discurso sobre sus fans, ganar dinero y todo por lo que ella ha trabajado tanto cuando Nathaniel la interrumpe.

—No me refiero a si Hayden te despide. ¿Qué harás si no puedes cantar?

Vuestros números bajarán. Vuestros fans os olvidarán.

Pero eso no es lo peor. Eso no es lo que la aterra o lo que la impulsa. Nunca lo fue. A pesar de toda su experiencia con la fama, Hayden nunca lo ha entendido realmente.

Quizás es la cerveza o la adrenalina o la forma en la que Harun y Nathaniel han reaccionado cuando ella ha perdido el control en la cafetería o la manera en la que la miran ahora. O tal vez es esa sensación, que ha estado volviéndose más y más intensa a lo largo del día, la sensación de que conoce a estos dos chicos desde siempre, a pesar de que los haya visto por primera vez hoy mismo. Pero algo le da coraje. O quizás esperanza. O tal vez la esperanza le esté dando coraje.

En cualquier caso, respira hondo y deja escapar al monstruo:

—Si no puedo cantar, si no puedo hacer lo que me gusta hacer, por lo que me quieren, me quedaré sola.

Y ahí está. Al fin lo ha dicho. Su mayor miedo.

---->

El mayor miedo de todos.

---->

—No estarás sola —señala Harun—. Tienes muchos fans.

—Eso no es amor —aclara Freya—. Eso no es duradero. Te aseguro que con el tiempo (meses, tal vez años) si dejo de cantar, incluso mis fans más fervorosos perderán el interés. —Harun comienza a objetar, pero Freya ignora su protesta—. Respóndeme con sinceridad. Tu novio, que es tan fan de mi música, ¿crees que aún me querría si no pudiera cantar? ¿Crees que alguien lo haría?

---->

A Harun le gustaría decirle a Freya que James nunca dejaría de quererla. Pero si James puede dejar de quererlo a él, ¿quién es él para afirmarlo? La gente deja de querer a otros todo el tiempo.

---->

—Yo te querría incluso si no pudieras cantar —declara Nathaniel.

---->

El corazón de Freya se detiene.

O quizás empiece a latir.

—¿Lo harías?

---->

Ya lo hago, piensa Nathaniel. Pero eso es una locura. Ese es su padre hablando, o el hombre salvaje y hambriento que vive en su interior, así que una vez más, permanece en silencio.

---->

Harun piensa que él también la querría. No porque sea famosa o porque pueda ayudarlo a recuperar a James, sino porque ella es ella. Debería decirle algo —algo reconfortante—, pero está demasiado distraído por culpa de su teléfono. Está vibrando, los mensajes son casi constantes, la urgencia de Ammi es tan profunda que puede ver sus hombros encorvados mientras mira la pantalla con los ojos entrecerrados, tocando las letras con sus dedos manchados de tinta.

¿ESTÁS BIEN? ¿Dónde estás?

Si Harun y Nathaniel pueden querer a Freya incluso si no puede cantar, ¿sería capaz su familia de quererlo si él no puede ser la persona que quieren que sea? E incluso si no pueden, ¿puede él permitirles que sigan queriendo a una mentira?

Se imagina a toda su familia reunida alrededor de la mesa para honrar a una persona que él nunca ha sido. Las mismas palabras que le ha dicho a Freya antes se vuelven en su contra:

Debes hacer las cosas de la forma correcta.

La forma correcta no es cambiar una traición por otra. La forma correcta no es dejar que la comida sobre la mesa de Ammi se enfríe, dejar que su preocupación se transforme en miedo y luego en un corazón roto. La forma adecuada es dejar de mentir.

Comprende por qué Freya teme estar sola. A algunas personas les puede parecer una locura que Harun, que tiene una familia tan grande, también se sienta de esa manera. Pero ha cargado con este secreto desde que tiene nueve años. Y los secretos tallan fisuras, hasta que esas fisuras se convierten en trincheras, y las trincheras se convierten en canales, y los canales se convierten en grietas, y, de pronto, estás solo, en un bloque de hielo, separado de todos los que te importan.

Se ha sentido solo durante mucho tiempo.

Lo extraño es que hoy, entre todos los días, no se ha sentido así.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA
PARTE VIII



Nunca le había contado a nadie toda la verdad. Lo más cerca que estuve fue cuando le dije a Amir, no que estaba enamorado de James, sino que convivía con un defecto y que temía que ese defecto avergonzase a mi familia.

—Pero ¿por qué? —me preguntó cuando le confié mi secreto por teléfono un día después de haberle enviado ese mensaje de Facebook.

La comunicación se entrecortó entre nosotros, pero los dieciséis mil kilómetros no eran el motivo principal.

—Estoy enamorado de la persona equivocada —dije.

Respiró hondo.

—Una *gori*.

Si el problema fuera tan simple como una chica blanca. Saif ya había despejado ese camino para mí.

—No —le dije—. Peor que una *gori*.

En el silencio que sobrevino supe que estaba intentando descifrar qué sería peor que una chica blanca no musulmana. No se le ocurrió una respuesta.

—No es una chica —dije al fin.

La línea se quedó en silencio, pero escuché el cambio en su respiración y supe que lo había entendido. En ese momento, antes de que hablara, no me importaba si estaba horrorizado. Solo sentí alivio. Alguien de mi familia lo sabía.

Con voz calmada, respondió:

—«¡No os desaniméis ni estéis tristes, ya que seréis vosotros quienes triunfen! Si es que sois creyentes». —Había pasado mucho tiempo desde que había ido a la mezquita o leído el Corán, pero reconocí la cita. Lo que no sabía era si todavía se me podía considerar un creyente, habiéndome alejado tanto del camino—. No te preocupes, primo. Con la ayuda de Alá, yo te puedo ayudar.

—¿Sí?

—Creo que puedo. ¿Quieres que recitemos la oración *Salat Ul-Istikharah* juntos?

No había recitado la *Salat Ul-Istikharah*, la oración que usamos para pedir una guía (o cualquier otra oración) en mucho tiempo.

—Está bien —dije.

Recitamos la oración juntos, e inmediatamente me sentí más ligero, mejor. Pero esa noche comencé a entrar en pánico. ¿Qué pasaría si Amir se lo contaba a mis padres? ¿Qué harían ellos?

No hablé con él al día siguiente, y le envié un mensaje de texto, suplicándole que no se lo contara a nadie. Él me respondió.

A quien le teme a Alá, Él le dará una salida y proveerá por él de un modo insospechado. A quien confíe en Alá, Él le es suficiente. Alá consigue lo que se propone.

Él le dará una salida. Repetí eso en mi cabeza. Una salida. Amir me ayudaría a encontrar una salida.

Cuando Amir me llamó de nuevo dos días más tarde, mi calma se había crispado al imaginarlo contándoselo a Khalu, que a su vez se lo contaría a Khala, quien se lo contaría a Ammi.

—¿Se lo has contado a tus padres? —le pregunté.

—Todavía no. Solo a mi imán. Él me ha ayudado a elaborar un plan.

—¿De qué se trata?

—¿Confiarás en mí?

—Te he contado mi secreto.

—¿Confiarás en mí? —repitió.

No importaba si confiaba en él. Se lo había contado. No tenía elección.

—Sí.

—Sé paciente —me aconsejó—. Te ayudaré, pero debes confiar en mí.

—Está bien.

Dos días más tarde, cuando volví a casa de la escuela, mis padres me estaban esperando en la sala de estar, junto con Abdullah y Halima. Y en ese momento, vi mi salida.

Ammi estaba llorando, lo que era de esperar.

Respiré hondo y me preparé para enfrentar lo que fuera.

Abu me abrazó. Y en ese instante de verdad creí que me querían sin reparos. Pensé que James tenía razón: el amor lo conquistaría todo. Y que Amir también tenía razón: Alá me daría una salida.

—Hablamos con Khalu por teléfono —dijo Abu, soltándome.

Me alejé. «Sé valiente», me dije. «Sé valiente».

—¡Estamos muy felices! —exclamó Ammi, enjugándose las lágrimas con el borde de su *dupatta*.

¿Felices? Ammi había llorado durante seis meses después de que Saif se casara con Leesa. Que me estuviera hablando a mí era un milagro. ¿Estaban felices? Algo iba mal.

—Khalu nos has contado lo que quieres —dijo Ammi—. No sé por qué lo has mantenido en secreto.

—Quizás porque él... —comenzó a decir Halima. Sacudió la cabeza y me miró fijamente—. Tiene diecinueve años —terminó de decir.

—Diecinueve años, bah —dijo Ammi, restándole importancia con las manos—. Yo era así de joven cuando me casé con tu padre.

«Y ella cantará en nuestra boda», escuché prometer a James.

Me inundó una sensación, pesada y fría, como si me estuvieran

cubriendo con cemento fresco.

—He hablado con tu tío, y sí, Harun es joven, pero no tiene que suceder ahora mismo. Y si ocurre rápido, puede vivir aquí hasta que termine la universidad —dijo Abu.

—Y tu padre ya ha buscado vuelos. Puedes ir allí en cuanto termine el semestre —propuso Ammi—. Pero necesitarás ir de inmediato a solicitar tu visa.

—Todavía no entiendo por qué no puede encontrar una chica aquí como una persona normal —protestó Abdullah.

—O por qué tiene tanta prisa —agregó Halima, mirándome fijamente.

—Quiere hacerlo a la antigua —explicó Ammi. Me miró con mucho orgullo en los ojos—. Quiere encontrar una novia allí, en casa, y traerla aquí como hizo tu padre conmigo. Es un buen chico.

Halima rio con sarcasmo y me lanzó una mirada fulminante.

—Sí, un buen chico —dijo.

—Ay, no la escuches —se quejó Ammi. Y luego ella y Abu comenzaron a hablar sobre los preparativos. Fue como cuando hablaban en urdu. Pude entender fragmentos, pero no la idea completa. Fechas. Novias. Visas.

Mi cabeza comenzó a entender qué estaba sucediendo, pero no mi corazón. A mi corazón siempre le había sido difícil aceptar la realidad.

—Sé que le has dicho a tu primo que querías hacer esto lo más pronto posible —dijo Ammi—. Pero tenemos que esperar para decidir cuándo. O si la boda será aquí o allí. Eso depende de la familia y del momento. — Ammi hizo una pausa para pensar—. Y de la chica.

—¿Cómo sabrá qué chica es la correcta? —preguntó Abdullah.

—Lo sabrá —aseguró Ammi, sonriendo hacia Abu—. Tu padre conoció a tres posibles novias, y yo no era ni la más guapa ni la más rica, pero él me eligió a mí. Dijo que lo supo.

—¿Cómo? —preguntó Abdullah.

Abu hizo una pausa para rascarse la barba.

—Solo sentí que era lo correcto. —Miró a Ammi—. Y fue la decisión correcta.

Recordé el primer día que conocí a James, cuando había estado perdido en el campus y él me había preguntando a dónde tenía que ir y yo había pensado: *Aquí mismo es donde necesito estar.*

Lo había sabido. O pensaba que lo había hecho.

Abu dejó caer una mano sobre mi hombro.

—Me alegra que hayas recurrido a tu primo —dijo—. Pero podrías haber hablado conmigo. Me lo podrías haber dicho.

Era una ventana pequeña entreabierta, mi última oportunidad de contarle a Abu la verdad sobre mí.

Supe que no la aprovecharía. Yo era, después de todo, un cobarde.

—Quería sorprender a Ammi —mentí.

—¡Y lo hiciste! Ay, no tienes idea de lo felices que nos hace esto a tu padre y a mí —declaró Ammi.

Aquí mismo es donde necesito estar.

Ya no.

La ventana se había cerrado. No habría una salida para mí.

6

Planes C

—¿Beta, eres tú? —grita Abu en cuanto Harun abre la puerta.

Harun les hace un gesto a Freya y a Nathaniel para que esperen en el vestíbulo y se dirige a la cocina, donde es frecuente encontrar a Ammi, pero ella no está allí. Atraviesa la cocina y entra al salón. Abdullah y Hailma están sentados en el borde del sillón de brocado mientras Saif y su esposa comparten un sofá de dos plazas. Abu está situado en su sillón de respaldo alto. Como era de esperar, Ammi está caminando de un lado a otro.

—Llegas tarde —saluda Ammi—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué no has llamado? ¿O has respondido a tu teléfono?

Harun no ha preparado ninguna mentira, ninguna excusa. Que suceda lo que tenga que suceder. Se prepara. Y luego Freya y Nathaniel entran en la sala.

—Perdón por hacerlo llegar tarde —se disculpa Freya.

La llegada de Freya y Nathaniel, dos completos extraños, es tan inesperada que reacomoda los átomos de la estancia. La preocupación de Ammi se transforma en confusión. La hospitalidad de Abu se hace con el control.

—Has traído amigos —señala, levantándose con las manos extendidas.

—Sí, he traído a unos amigos —comenta Harun.

—¿Amigos? —dice Halima, los ojos bien abiertos.

—Amigos —afirma Abu, actuando como si fuera perfectamente normal que Harun traiga invitados (uno de ellos una chica) a casa sin avisar—.

Pondremos dos sillas más en la mesa. Vamos, Rabia, te ayudaré —le dice a Ammi.

Harun escucha el ruido de las sillas siendo arrastradas, el entrechocar de los platos y cubiertos adicionales provenientes del comedor, la conversación en voz baja entre Ammi y Abu, que no necesita escuchar claramente para saber de qué se trata. *¿Quiénes son estos extraños que ha traído Harun?*

Sospechas. Está bien. Por ese motivo los ha traído. Para someterse a una de las inspecciones escrupulosas de Ammi.

Mientras los asientos se reacomodan en el comedor, algunas miradas inquisidoras se intercambian en la sala de estar. Ninguno de sus hermanos habla. Son demasiado educados. Es la esposa de Saif, Leesa, quien finalmente pregunta:

—¿Son amigos de la universidad?

Y aunque en realidad él no les ha contado nada a Freya o a Nathaniel acerca de esta comida, de su familia, de su dilema o de sí mismo, sin perder un minuto, Freya sonríe y responde:

—Sí.

Por la forma en la que se agrandan los ojos de Halima, Harun comprende que él no es el único fan de Freya en la familia. Siente una punzada de remordimiento por no haber hablado nunca de esto. Hubiera sido bonito compartir *algo* con alguien de esta familia.

—¿Qué es lo que estudiáis? —pregunta Abdullah.

—Música —responde Freya.

—Enfermería —dice Nathaniel.

—No sabía que la universidad ofrecía un plan de estudios tan diverso — comenta Halima.

—O que los hombres pudieran ser enfermeros —dice Saif.

—No seas un idiota sexista —se queja Halima—. Por supuesto que

pueden. Las personas pueden ser muchas cosas. —A pesar de que le está hablando a Nathaniel, mira a Harun.

—Por favor —pide Ammi, regresando a la sala—, sentaros a la mesa.

La mesa está puesta con los manteles que Ammi trajo con ella cuando llegó a Estados Unidos, casi treinta años atrás, y se encuentra cargada con *samosas* crujientes que brillan por el aceite, *pakorás*, salsas multicolores, *dahi bharas*.

Todos se sientan. Ammi comienza a pasar las fuentes de bocadillos. Después de recordar lo hambriento que estaba Nathaniel antes, Harun le indica a Ammi que le sirva dos de cada uno, y le explica qué es cada cosa.

Cuando la fuente llega a Leesa, la rechaza y dirige su atención a Freya.

—No quiero ser maleducada, pero ¿cómo pensáis ganar dinero los graduados en Música?

Ammi tose.

—Estoy segura de que ella encontrará la manera —asegura Halima, lanzándole una mirada a Harun.

—No es fácil tener éxito como artista —insiste Leesa—. Cuando yo era joven quería ser patinadora artística, pero tampoco ganas dinero con eso, y tienes que viajar constantemente. —Sacude la cabeza—. Me gusta estar en casa, así que no, gracias. Por suerte, tenía un plan B: bienes raíces. Debes tener un plan B. ¿Verdad?

—No —admite Freya en voz baja.

—Deberías —afirma Leesa—. Quiero decir, es probable que se gane más dinero con la Enfermería. Y, definitivamente, con los bienes raíces. A Steve y a mí nos va bastante bien, ¿verdad, cariño?

—Hay más en la vida que el dinero —asegura Ammi—. Y muchos caminos por recorrer.

—Siempre y cuando esos caminos conduzcan a la Medicina, a los negocios o al Derecho —dice Halima.

—Pero no olvidéis esto —agrega Abdullah—. La Ingeniería también está bien.

—Eso no es justo —le dice Ammi a Halima—. Tú quieres ser una... —mueve los dedos—. Creadora de dibujitos animados.

—Una animadora gráfica, Ammi. Como los de Pixar.

Harun observa todo con incredulidad. ¿Por qué están hablando de elección de carreras profesionales?

Ammi se vuelve hacia Nathaniel.

—¿Qué especialidad de Enfermería vas a hacer?

—Deja de interrogar a mis amigos —pide Harun. Sabe que está siendo brusco, pero quiere que el interrogatorio gire de Nathaniel hacia él, que es hacia donde debe ir.

—Cuidado de enfermos terminales —responde Nathaniel.

—¿Con gente moribunda? —pregunta Leesa—. Qué deprimente.

—Creo que es un honor acompañar a las personas cuando llega la hora de su muerte. —Nathaniel hace una pausa para lamer un poco de salsa de tamarindo de sus dedos—. Todos morimos. Es la única certeza de la vida y lo único que tenemos en común con todos los demás seres del planeta.

—Es verdad, pero a los que estamos aquí, espero que todavía no nos llegue la hora, *Inshallah* —dice Abu—. ¿Pasamos al plato principal?

Ammi se pone de pie.

—*Beti*, ayúdame a traer la comida.

Halima se pone de pie. Freya también. Las tres desaparecen en la cocina y vuelven con comida suficiente para diez invitados más. Freya apoya el pollo *karhai* enfrente de Harun.

—Tu madre dice que es tu favorito.

Pollo *karhai*, cordero *biryani* y carne *keema*. Todos esos platos son sus favoritos. Pero él no ha venido hasta aquí para disfrutar de una agradable cena con sus platos favoritos. Ha venido para forzar el tema. ¿Por qué

nadie está forzando nada?

—¿Es todo picante? —pregunta Leesa, mirando la comida. Se vuelve hacia Nathaniel—. Siempre tengo una mala digestión cuando me voy de aquí.

—Te he hecho algo especial, sin picante —dice Ammi. Señala un tazón de fideos sin condimentar.

Leesa hace una mueca de disgusto.

—No puedo comer pasta. Tengo alergia al gluten.

—¿Alergia al gluten? —pregunta Ammi.

—Sí, no puedo comer pan, ni pastas, ni pasteles. Esa clase de cosas.

—Saif no mencionó ninguna alergia.

—Está bien. Solo comeré arroz.

—Prueba las lentejas, cariño —dice Saif.

—¿Son picantes? —pregunta Leesa.

—Para mí no —responde Ammi.

—¿Qué se supone que significa *eso*?

—Significa que ella no cree que las lentejas estén picantes —resopla Halima.

Leesa suspira.

—¿Qué os parece si abrimos ese vino? —Hace un gesto hacia la botella, aún envuelta en papel brillante sobre el aparador—. Es de tapón de rosca. —Se gira hacia Freya—. He aprendido por experiencia que esta familia no tiene sacacorchos.

—No bebemos vino —explica Halima—. ¿Por qué deberíamos tener un sacacorchos?

—Para cuando hay invitados —responde Leesa.

Ammi coge la botella del aparador, sujetándola con sumo cuidado, como si contuviera estricnina.

—¿Queréis vino? —les pregunta a Freya y a Nathaniel.

—Yo beberé agua —dice Freya.

—Yo también —dice Nathaniel.

Harun mira a sus amigos, sorprendido por lo a gusto que parecen. Cuando les ha preguntado si querían acompañarlo a una cena familiar, no les ha explicado quién estaría allí, qué dinámica debían esperar, o cuál era el motivo de la cena. No había sido necesario. Aceptaron tan pronto como él había mencionado la comida, y una vez que estuvieron en el tren, Harun no había encontrado la forma correcta de aclarar: «*Ah, dicho sea de paso, la cena es una despedida para mí porque mañana me voy a Pakistán a encontrar una esposa, a pesar de que todavía estoy enamorado de James y no quiero una esposa y, para que lo sepáis, James me ha dicho que salga de su puta vida*». Esa no es la clase de cosa que mencionas como si nada. En especial si eres un cobarde.

Leesa se pone de pie y coge la botella de las manos de Ammi.

—Yo me sirvo —anuncia, y se dirige a la cocina—. ¿Quieres un poco, Steve?

—No, gracias, cariño.

Cuando se retira, sobreviene otro silencio incómodo. Una vez extinguida la rabieta de Leesa, Harun contiene la respiración, esperando a que comience el verdadero evento. Que Ammi mire con mayor detenimiento los libros contables, que haga preguntas acerca de Freya y Nathaniel y la conexión de Harun con ellos. Una vez que eso suceda, todo se desvelará, y Harun no tendrá otra opción que decir la verdad.

Pero Ammi solo le pregunta a Nathaniel si él tampoco puede comer gluten, como si pensara que eso es una excentricidad de la gente blanca.

—Definitivamente no —niega Nathaniel, llenando su plato—. ¿Qué es esto? —Señala una de las fuentes.

—*Seekh kebabs* —responde Abdullah.

—¿Y ese?

—*Achar gosht* —dice Halima—. Muy picante.

—Quizás deberías comenzar con el kebab —propone Ammi.

Nathaniel coge tres. Ammi sonrío.

—Tienes unos amigos muy agradables —declara—. Deberías haberlos traído antes.

Harun no le devuelve la sonrisa. No ha traído a sus amigos para impresionar a Ammi. Los ha traído para activar su olfato de sabueso. Seguramente su familia querría saber qué estaba haciendo él con esas dos personas a las que ellos nunca antes habían visto. Seguramente Abu haría más preguntas que las superficiales que había hecho Leesa. Seguramente la curiosidad de Ammi con respecto a los invitados inesperados no sería apaciguada por la imagen de uno de ellos abalanzándose sobre el plato como si no hubiera un mañana.

---->

Hablando de eso.

Nathaniel no puede dejar de comer. Ya está lleno gracias a la primera ronda, pero este es un banquete épico. Nunca ha tenido un banquete épico semejante. No sabe si lo volverá a tener.

Y esta comida. Cierra los ojos para procesar los sabores. Nunca ha comido nada igual, pero los sabores le resultan, de cierta manera, familiares, incluso aunque carezca por completo del vocabulario para nombrarlos.

---->

Freya puede nombrarlos: ajo, comino, jengibre, cardamomo, nuez moscada, clavo de olor... son las especias con las que cocinaba su padre.

—¿Esto tiene fenogreco? —pregunta Freya, señalando el *biryani*.

El rostro de la madre de Harun se ilumina.

—Ninguno de mis hijos sabe qué es el fenogreco, y mucho menos cómo

distinguirlo de otras especias.

—Se usa en la comida etíope —explica Freya.

—Nunca he comido comida etíope —responde la madre de Harun—. ¿Cómo es?

—Muchos guisos y salsas, y especias similares. Se come con pan fermentado y utilizando las manos.

—Cuando estábamos en Pakistán, también comíamos con las manos —le cuenta Abu, antes de limpiar meticulosamente su mano derecha y utilizarla para tomar con destreza un poco de carne, arroz y salsa y colocarlos dentro de un *naan* perfectamente doblado.

Freya lo observa y hace lo mismo, solo que con menor destreza, y un poco de la salsa se derrama sobre el mantel.

La madre de Harun lo limpia, desestimando las disculpas de Freya.

—Me gusta ver a la gente comer. —Echa un vistazo a la cocina, donde Leesa todavía está haciendo algo con el vino.

—He perdido práctica —advierte Freya—. Mi padre es etíope, y él se marchó hace muchos años. A mi madre nunca le ha gustado la comida etíope, así que, cuando se fue, dejamos de comerla. —Freya se pregunta por qué sucedió eso. Durante los últimos años, ha tenido mucho dinero propio, acceso a una ciudad entera de sabores. Podría haber tenido comida etíope si hubiera querido.

—Pero recuerdas las especias —resalta la madre de Harun—. Esa parte de ti nunca desaparece.

—Eso espero —responde Freya.

—Deberías cocinar tu propia comida en casa.

—En realidad no sé cocinar.

—Es fácil. Puedo enseñarte —ofrece la madre de Harun—. Estoy segura de que aprender a cocinar comida punyabí no es tan diferente.

—Me encantaría —dice Freya.

—Dalo por hecho. Puedes venir a una clase de cocina mientras Harun está de viaje.

¿De viaje? Freya asimila la noticia. ¿De viaje a dónde? Le echa un vistazo casual a Harun, pero su rostro está congelado en la imagen misma del horror. Y Freya entiende, de pronto, y un poco tarde, que ella y Nathaniel no han sido invitados a esta cena porque sí.

«Tengo que pedirlos un favor», había dicho Harun mientras estaban sentados en las gradas, observando a Finny y a sus amigos jugar al béisbol. En ese momento, Freya hubiera hecho cualquier cosa por estos dos chicos. Y una cena familiar no parecía ser un gran favor.

—¿Me repites cuánto tiempo te vas de viaje? —le pregunta Freya a Harun, su voz casual y ligera, no porque quiera saberlo, sino porque quiere que Harun sepa que ella le seguirá la corriente y lo mantendrá seguro.

—Seis semanas —responde la madre de Harun—. Estaré muy sola. Necesitaré algo para pasar el rato.

—Disculpad —se queja Halima—. Estoy sentada justo aquí.

—Sí —reconoce la madre de Harun—. Pero tú no quieres que te enseñe a cocinar. —Mira con adoración a Freya—. Y Freya sí.

—Freya sí, ¿verdad? —dice Halima en el tono universal de rivalidad que adoptan las hermanas menores.

—Quizás podríamos aprender juntas —le propone Freya a Halima. Durante un segundo, olvida que solo le está siguiendo la corriente a Harun y se imagina en la cocina de su madre, el vapor elevándose de las cacerolas sobre el fuego lento de la cocina, una cuchara de madera, sumergida y soplada, para degustar la comida.

Echa un vistazo a Harun, que parece completamente desolado. Siente ese tirón en su cuerda, y Freya experimenta el dolor de Harun de manera tan intensa como si fuera propio, aun cuando no entiende su origen.

—Si aprendes a cocinar comida punyabí, puedes cocinar para tu

Nathaniel —comenta la madre de Harun.

Tu Nathaniel. Escuchar a la madre de Harun decirlo, validarlo, la llena de calidez. No puede ocultar la sonrisa. Ni siquiera lo intenta.

—Tal vez lo haga —asiente Freya.

—Parece que le gusta mucho la comida —señala la madre de Harun, observando cómo Nathaniel repasa los últimos restos de salsa con un trozo de *naan*.

—No me gusta. *Me encanta* esta comida —aclara Nathaniel.

—¿No es demasiado picante? —pregunta la madre de Harun.

—Puedo soportarlo —responde.

—No está mal para un *gora* —dice Abdullah.

—*Gora* es una persona blanca —le explica Leesa a Nathaniel, saliendo de la cocina con un vaso de plástico repleto de cubos de hielo y lo que parece vino en una mano y una botella medio vacía en la otra—. ¿No es simpático?

—No es degradante —explica Halima—. Solo descriptivo. Como llamar a una persona rubia.

—Es un cumplido en este caso —aclara Abdullah—. No cualquiera puede con la comida de Ammi.

—Por «no cualquiera», ¿te refieres a mí? —replica Leesa.

—Me refiero a la gente que no está acostumbrada a la comida picante —dice Abdullah—. Como Nathaniel.

—¿Eso es un desafío? —pregunta Nathaniel.

—Bueno, todavía no has probado el *achar gosht* —señala Abdullah—. Si puedes tolerar eso, te ganarás mi eterno respeto.

Nathaniel se sirve un cucharón lleno de guiso de cordero. Freya ve que la porción que se ha servido tiene un pequeño chili verde.

—Espera —grita. Pero es demasiado tarde. El rostro de Nathaniel es un incendio grado tres. Estira la mano para beber agua.

—Agua no —advierde Halima—. Solo empeorará las cosas.

Nathaniel la ignora e intenta alcanzar el agua.

—Necesitas yogur —recomienda la madre de Harun, yendo a buscar un poco.

Freya observa a Harun, cuyo rostro parece ceniciento y pálido mientras que el de Nathaniel se encuentra encendido, su plato tan lleno como el de Nathaniel vacío. Si Nathaniel se ha dado cuenta de la incomodidad de Harun, no lo demuestra. Freya intenta atraer la mirada de Harun, para enviar un mensaje silencioso, pero no recibe respuesta.

Cuando Nathaniel ha limpiado su plato por tercera vez y los demás ya han apartado los suyos, la madre de Harun se levanta para recoger la mesa.

—Por favor —pide Freya, colocando una mano sobre la muñeca de la madre de Harun—. Nosotros nos encargamos.

—No es necesario —dice la madre de Harun.

Nathaniel se incorpora y asiente.

—Insistimos.

—¿Harun? ¿Nos ayudas? —pregunta Freya. Quiere que vaya a la cocina con ellos. Lo quiere de vuelta en el refugio seguro de su trío. Quiere que le cuente qué está sucediendo y cómo pueden ayudarlo.

Pero todo lo que él dice es:

—Estaré allí en un minuto.

Freya lleva una pila de platos a la cocina. Tiene la intención de compartir su preocupación sobre Harun con Nathaniel, pero cuando él se sitúa junto a ella en el fregadero, sus caderas rozándose, vuelve al parque, detrás del cerco metálico, sosteniendo el Louisville Slugger, Nathaniel tan cerca de ella que puede sentir cada parte de él, y su mente se convierte en una pizarra en blanco sobre la que está dibujando corazones con arabescos.

—Ey. —Es lo único que puede decir, mirando el reflejo de Nathaniel en la ventana que hay sobre el fregadero.

—Ey —le responde Nathaniel al reflejo de ella.

Enjuagan los platos y los colocan en el lavavajillas. Uno de los tazones se resbala de la mano de Freya, y Nathaniel lo atrapa.

—Acabas de salvarme una vez más —comenta Freya—. Parece que lo has estado haciendo todo el día.

—Tú también.

—Te olvidas de que me he caído sobre ti.

—No lo he olvidado. Me alegra que lo hayas hecho.

—Has dicho eso antes. ¿Acaso disfrutas de tener conmociones cerebrales?

—No.

—¿Entonces por qué estarías contento de que me haya caído sobre ti?

—Porque eso me ha salvado.

—¿Te ha salvado? ¿De qué?

Nathaniel deja de enjuagar los platos, y, a pesar de que está mirando el reflejo de Freya, ella siente su mirada penetrante. La cuerda que los conecta se tensa todavía más, de modo que ya no queda espacio entre ellos.

—De mi plan B —dice Nathaniel.

—¿Cuál era tu plan B? —pregunta Freya, su voz estrangulada de una forma totalmente diferente a la de las últimas semanas.

Pero Nathaniel no responde. Halima aparece con una nueva pila de platos.

—Vosotros me estáis haciendo quedar mal —gruñe.

—¿Cuál era tu plan B? —pregunta Freya después de que Halima se haya marchado.

Nathaniel cierra los ojos y sacude la cabeza.

—No tiene importancia. Ahora estoy en mi plan C.

—¿Ser un enfermero para enfermos terminales?

—Quizás —responde Nathaniel, mirándola fijamente—. O quizás esto.

Y luego la besa.

---->

La boca de él sobre la boca de ella. La respiración de ella en los pulmones de él. Nathaniel puede respirar.

Los dedos de él entrelazados en el cabello de ella. Los dedos de ella sujetando la cadera de él. Nathaniel puede sentir.

La lengua de él contra el cuello de ella. Los labios de ella contra el cuello de él. Nathaniel puede saborear.

El quejido de él en el oído de ella. El suspiro de ella en la oreja de él. Nathaniel puede oír.

Los ojos de él se abren. Los ojos de ella se abren. Nathaniel puede ver.

Mientras Nathaniel besa a Freya y Freya besa a Nathaniel, cada parte de él, que pensaba que estaba muerta, que pensaba que ya no merecía existir, vuelve a la vida con un rugido.

Un beso. Nathaniel está vivo.

---->

—¿Habéis terminado con los platos? —pregunta Halima.

Nathaniel y Freya se apartan de golpe.

—Ehh —dice Halima, ruborizándose y tartamudeando—. Mi padre quiere dar un discurso. Así que quizás...

Pasa su mirada de uno al otro, sus ojos viajando de aquí para allá hasta que aterrizan en Nathaniel, cuyo Louis Slugger ha regresado con ganas.

Halima sale corriendo, mirando hacia cualquier parte menos a ellos.

---->

Comienzan a reír.

—Creo que deberíamos volver —indica Freya, pero no está segura de

poder hacerlo. Su deseo quizás no sea tan evidente como el de Nathaniel, pero, literalmente, le está doblando las rodillas—. Necesito un minuto.

---->

Nathaniel necesita más que un minuto. Necesita todos los minutos.

—¿Dónde está el baño?

—Creo que arriba.

La besa una vez más. Más bien un besito esta vez, en la comisura de su boca sonriente. Mientras retrocede, su deseo amenaza con explotar fuera de su cuerpo.

—Continuará —le dice Freya a sus espaldas—. Más tarde.

Subir las escaleras le resulta doloroso, pero es una clase buena de dolor. La clase de dolor que lo hace sentir vivo. La clase de dolor de un plan C.

Más tarde. No había considerado esa posibilidad.

---->

Freya vuelve a la mesa, flotando, derritiéndose, teniendo la clase de pensamientos que no debería estar teniendo en la mesa de la familia de Harun.

—¿Dónde está Nathaniel? —le pregunta alguien.

—Vendrá enseguida —responde Freya, y la anticipación de su regreso la hace sentir mareada.

—Papá, tenemos que trabajar por la mañana —recalca Saif.

—Vamos —insiste la madre de Harun—. Todavía falta el postre.

—Está bien, está bien. —Su padre mira a Harun, que mira hacia abajo—. *Beta*, mañana te marcharás a la tierra de tu familia para participar en un rito tradicional, y al hacerlo, harás crecer a nuestra familia aun más. *Inshallah*.

Inshallah se repite en coro alrededor de la mesa. La madre de Harun se enjuga suavemente los ojos con una servilleta.

—Y tal vez nuestra familia crezca nuevamente —dice la madre de Harun—. Siempre se puede poner la mesa para más personas.

Arriba, el suelo cruje. Pronto Nathaniel regresará. Le sonreirá a Freya. Se comerán el postre, lavarán los platos. Y luego...

—Así que levantemos las copas para brindar por Harun —continúa su padre—. Esperamos que encuentre una buena pareja como lo hice yo.

Todos levantan las copas, excepto Leesa, que suelta una risa burlona.

—¿Pareja? ¿Así es como lo llamáis? —Se vuelve hacia Freya—. ¿Soy la única que tiene problemas con esto?

Freya, todavía levitando sobre el suelo, no entiende del todo la pregunta de Leesa. ¿No está de acuerdo con que Harun sea gay?

—Si lo hace feliz, ¿por qué a alguien debería importarle?

—¿Habéis visto? —dice la madre de Harun—. Es probable que en Etiopía también sea algo habitual.

—Es algo que está en todos lados, por lo que sé —responde Freya.

—Y en realidad no veo que esto sea de tu incumbencia —le dice Halima a Leesa—. Es su elección.

—¿Y qué sucede con la chica? ¿Esa es su elección también? —Leesa sacude la cabeza.

¿Chica? ¿Qué está pasando? Freya intenta atraer la mirada de Harun para decirle: *Ayúdame a entenderlo. Estoy aquí para ayudar. Puedo ser tu plan C también.* Pero él no la mira.

—No quiero ser irrespetuosa, pero entre los burkas y los matrimonios de conveniencia —continúa Leesa—, la forma en la que vosotros tratáis a las mujeres deja bastante que desear.

—Cariño —comienza a decir Saif.

—¿Nosotros? —replica Halima con furia—. Mis padres se conocieron gracias a un matrimonio de conveniencia y han estado felizmente casados durante más de veinticinco años. —Entrecierra los ojos—. Veamos si tú y

Steve lográis permanecer juntos durante la mitad de ese tiempo. Porque por lo que sé...

—Muy bien —interrumpe Saif, poniéndose de pie—. Hora de irse.

—Pero no nos hemos tomado el postre —protesta la madre de Harun.

—No quiero postre —dice Saif—. Leesa, nos vemos en el coche.

—Estupendo —responde. Sale dando zancadas y sin despedirse, y se lleva la botella de vino medio vacía con ella.

Cuando la puerta se cierra, Saif se vuelve hacia su familia.

—Por eso nunca venimos. Porque ninguno de vosotros la acepta.

—¿Aceptarla? —pregunta la madre de Harun—. ¿Cuando dice esas cosas terribles sobre nosotros? —Sacude la cabeza—. ¿Por qué tuviste que casarte con...?

—¿Una norteamericana? Porque yo soy norteamericano.

—Con alguien que no nos respeta —termina la madre de Harun.

—Ah, ¿de modo que se supone que todos debemos ser como Harun? ¿El hijo bueno y obediente?

—Yo no soy un buen hijo —murmura Harun.

—Por favor —suelta Saif—. Tú eres el mismo lameculos que has sido siempre.

—¡Saif! —exclama el padre de Harun con un dejo de advertencia en la voz.

Freya está prestando la mitad de su atención a la discusión y la otra mitad a los sonidos que provienen de arriba. Una descarga de agua en el inodoro. El agua del lavabo corriendo. El sonido de pasos en las escaleras. Un silbido. Nathaniel está silbando.

Está silbando y sonriendo cuando entra en el comedor. Freya intenta atraer su mirada para advertirle lo que está ocurriendo, pero él no se da cuenta.

Pero ella sí. En una cámara lenta espantosa, de pronto ve que todo está a

punto de empeorar. Se ha sentido así antes. Y una vez más, siente la impotencia de no poder hacer nada al respecto.

---->

—No soy un buen hijo —repite Harun.

—Por supuesto que lo eres —afirma Ammi—. Y te casarás con alguien bueno y traerás felicidad a toda tu familia.

---->

Nathaniel, que solo escucha que Harun va a casarse, y que está embriagado por el beso, siente euforia por su amigo. Y alivio. Durante todo el día, Harun ha estado irradiando melancolía, incluso cuando ha hablado de su novio, y Nathaniel se ha preguntado por qué no ha llamado a este tal James, si algo no va bien. Ha sentido una conexión con la tristeza de Harun, con sus secretos. Pero ahora es diferente. Nathaniel tiene un *más tarde*. Y Harun también.

—¿Así que vas a casarte con James? —pregunta.

---->

Harun exhala.

Ahí. Ahí está. Por fin.

—¿James? —pregunta Saif—. ¿Quién es ese?

---->

Hector, el enfermero del hospital para enfermos terminales, le dijo a Nathaniel una vez que te podías dar cuenta cuando alguien se moría porque el aire cambiaba. «Es como si el alma que se marcha dejara una sombra detrás».

Nadie ha muerto, pero Nathaniel siente el cambio repentino en la

habitación. Donde minutos antes había *planes C* y *más tardes*, ahora hay solo un vacío. Es una sensación que conoce muy bien.

Regresa de golpe a la realidad cuando asimila la pesadumbre de la habitación. Las manos temblorosas de Harun. El rostro contraído de Freya. ¿Él ha provocado esto?

—¿Quién es James? —pregunta el hermano de Harun una vez más.

Nathaniel ve la desesperación en el rostro de Harun. Es una expresión que conoce demasiado bien.

¿Qué demonios ha hecho?

---→

—¿Es este James otro amigo de la universidad, *Beta*? —pregunta Abu.

Cuando Harun se gira hacia Ammi, su rostro se muestra tan esperanzado que casi quiere decir que sí.

Se habían conocido en la universidad, después de todo. Harun estaba perdido y James le había mostrado el camino. No sería una mentira.

Pero acaba de escuchar a su padre nombrar a James en voz alta. No lo negará más tiempo.

—James es un chico —explica Harun—. Un chico del que estoy enamorado.

—Pero vas a ir a buscar una chica para casarte —dice su madre—. Te vas mañana. Khala y Khalu ya lo han arreglado.

—Lo siento, Ammi —se disculpa Harun—. No puedo hacerlo.

Y es en ese momento, suspendido en el silencio que invade la habitación, mientras se rellenan los huecos, se confirman las sospechas y emergen las cosas más inadvertidas desde sus rincones, Harun cree que lo que sea que suceda a continuación, habrá valido la pena.

Él le dará una salida.

—¿Por qué no puedes hacerlo? —pregunta Ammi.

El silencio es horrible. Pero Harun es incapaz de hablar. Así que Halima lo hace por él.

—Porque es gay —dice.

Saif suelta una carcajada.

—Un momento, ¿Harun es marica?

—¡No lo llames así! —protesta Halima.

—No lo entiendo —dice Ammi.

—Sé que no lo entiendes —responde Halima, dándole una palmadita en la mano—. Significa que le gustan los chicos, no las chicas. Como a Assad Khan.

—¿El actor? —pregunta Ammi, ahora más confundida.

—Sí, ¿y conoces a la hija de la tía Zahar, Na'ila? Ella también es gay.

—Me habéis estado criticando porque estoy casado con Leesa, pero Harun es un *chaka* —dice Saif, cambiando a urdu—. Lo sabía. Juro que lo sabía.

—Si lo sabías —grita Harun—, ¿por qué nunca has dicho nada? ¿Por qué me has dejado soportarlo solo?

--->

El hermano de Harun está gritando. Y su madre está llorando. Y ahora la maravillosa Freya también está llorando.

Nathaniel observa todo sumido en el pánico. Él ha provocado esto. No sabe cómo, pero sabe que lo ha hecho. Todo iba bien, la cena discurría tranquila y felizmente, hasta que él ha aparecido, y ahora esta familia se está desintegrando. Delante de sus ojos. Como su propia familia se desintegró frente a él.

Yo he hecho esto, piensa Nathaniel. No son los demás. Es él. Él es la píldora venenosa. Es él quien hace que las cosas se desmoronen, que las personas desaparezcan, una detrás de otra. El que lo convierte todo en cenizas. Con

razón todos huyen.

Solo nosotros, amiguito. Una comunidad de dos.

Su padre es la única persona a quien entiende y que lo entiende a él. La persona que lo protege. La única persona a quien pertenece. ¿En qué estaba pensando? ¿Partidos de béisbol una vez a la semana? ¿Cenas familiares? ¿Besar chicas como Freya? ¿Planes C? ¿*Más tardes?*

No existe el *más tarde*. *Esa era* la idea al venir aquí. Eliminar la posibilidad, decapitar la esperanza de un *más tarde*.

Su corazón golpea con fuerza, la tierra se abre. Ya se ha tragado todo lo que conoce, todo lo que toca. Viene a por él también.

Está muy cansado.

Ya casi llegas, amiguito.

---->

Ammi está llorando, repitiendo «No lo entiendo», lo que ya es malo. Pero cuando Abu dice «¿Nos has engañado?» con un tono ascendente, como una pregunta, como si no creyera que Harun fuera capaz de hacer tal cosa, su corazón defectuoso se rompe de una vez por todas.

—Nunca ha sido mi intención —aclara Harun—. Nunca he querido que todo esto... —Hace un gesto hacia la mesa—. Estaba intentando protegerlos.

—¿Protegernos de qué? —pregunta Abu. Deja caer su cuerpo sobre el de Ammi, y Harun se da cuenta de que lo hace para protegerla de él.

—De esto.

---->

Nathaniel coge su mochila de un tirón. Todo su contenido se desparrama. Lo deja en el suelo, excepto un libro grueso, que coge antes de salir disparado hacia la puerta.

—¡Nathaniel! —vocifera Freya detrás de él—. ¡Espera!

Nathaniel no la escucha. Pasa volando, los ojos bien abiertos y sin ver.

—¡Nathaniel! —grita Freya—. Mírame.

Él no la mira. No la ve.

Freya se estira para sujetarle la mano. Él la retira con violencia, y Freya pierde el equilibrio por segunda vez en el día. Solo que esta vez, no hay Nathaniel que amortigüe su caída.

---→

Harun observa cómo se derrumba su familia. Ammi se ha marchado corriendo hacia arriba, y Halima y Abu han ido tras ella. Saif se está regodeando. Abdullah no lo mira. Sin embargo, es la imagen de Freya y Nathaniel lo que amenaza con destrozarlo. Antes de este momento, Harun pensaba que nada podía ser tan devastador como la mirada que James le había lanzado cuando lo había llamado cobarde y le había dicho *sal de mi vida de una puta vez*. Pero cómo ve a Nathaniel cuando sale corriendo del comedor, empujando a Freya al suelo, eso es lo peor.

¿Quién sino un cobarde utilizaría a unos extraños para hacer semejante trabajo sucio? ¿Quién sino un cobarde imaginaría que esta es la manera correcta de hacer las cosas?

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE IX



¿Conocéis ese dicho de la rana en una olla? ¿Cómo puede ser que si metes a una rana en agua hirviendo esta salte de inmediato hacia fuera, pero si la colocas en agua tibia y aumentas la temperatura gradualmente, la rana se adaptará hasta morir?

Mi padre una vez decidió hacer un experimento para ver si era cierto. Cazó una rana en el arroyo, la metió en una olla con agua y puso la temperatura al mínimo. Se quedó mirando la olla, hablándole a la rana. Estaba convencido de que saltaría una vez que el agua caliente se volviera insoportable, pero esta solo se quedó allí, dócil, nadando.

Cuando dejó de nadar, mi padre la sacó del agua y la volvió a llevar fuera, pero ya estaba muerta. Mi padre pareció sorprendido de haberla matado. El agua no había hervido, solo estaba muy caliente. Se quedó muy callado y taciturno, y se encerró en su habitación durante varias horas. Cuando salió, tenía el rostro ceniciento. «No era mi intención», susurró.

--->

Me di cuenta de que yo había sido la rana dentro de la olla. Había tenido toda una vida para entenderlo, pero solo me habían bastado esas dos semanas en soledad para darme cuenta de que estaba hirviendo.

Quizás dos semanas no parezcan demasiado, pero intentad pasar dos semanas solos en una casa. Completamente solos. Sin televisión. Sin llamadas telefónicas. Sin visitas del cartero. Nada.

Yo lo había hecho.

Pensaba que el mundo había terminado.

Había terminado.

Esperé a que alguien llegara, llamara.

Nadie lo hizo.

Fuera, la lluvia era implacable. Bíblica. Si seguía así, llegué a pensar que la casa entera sería arrasada, devorada por un hueco en la tierra, y no dejaría huellas de su existencia. Solo el bosque. Y las ranas.

Quizás así es cómo debía ser.

Unos años atrás, mi padre había visto un documental sobre el fin del mundo y se había obsesionado con la idea de prepararse para sobrevivir a una catástrofe, por lo que acondicionó la casa de todas las maneras posibles. Encargó una gran cantidad de comida deshidratada, bidones de agua, zumos y frutas enlatadas, barritas de cereales, contenedores de tamaño industrial de mantequilla de cacahuete. «Lo suficiente para sobrevivir un mes», dijo.

Yo había pensado que eso era su impulsividad habitual. Pensaba que estaba siendo mi padre. Pensaba que la comida acumularía polvo en el sótano durante décadas. Nunca había pensado que me la comería.

Pero lo había hecho. Había vivido en ese escondite durante dos semanas. Sin embargo, no estoy seguro de haber sobrevivido.

---->

Dos semanas solo en una casa. Eso puede cambiar a cualquier persona.

Todos esos años solo en una casa con mi padre. Lo había hecho cambiar como persona.

Veía eso mientras deambulaba por la casa vacía, esperando a que alguien llamara, a que alguien apareciera y dijera mi nombre.

Nadie lo hizo. ¿Por iban a hacerlo? Ya estaba muerto.

---->

Mientras la lluvia continuaba cayendo y el teléfono continuaba sin sonar y el timbre permanecía en silencio, revisé las cosas de mi padre. Sin tenerlo allí para poner todo en contexto, para hacer que todo pareciera típico, normal, o al menos *mi padre*, entendí que el agua había estado hirviendo durante algún tiempo.

Debajo de su cama encontré una reserva de antidepresivos, las medicinas que mi madre le había insistido que tomara si quería la custodia completa después de que Mary muriera, las medicinas que yo buscaba religiosamente en la farmacia de la ciudad todos los meses, las medicinas que vertía en un vaso de agua todas las noches antes de irme a la cama para que él las tomara. Las había estado acumulando. Durante años, al parecer.

Junto a la caja estaba la antigua maleta de Mary. Dentro estaban los cuadernos donde había anotado sus teorías, deducidas de los documentales que había visto a lo largo de los años: las ranas arborícolas sanadoras y su certeza absoluta de que la cura para el cáncer de Mary estaba en nuestro bosque. El hombre que había escrito la novela más larga de la historia, descubierta solo años después de su muerte, y que lo había impulsado a buscar esa cosa que él crearía para dejar después de su muerte. La teoría sobre los émpatas, la del turismo suicida, la del hombre ciego que podía ver. Había páginas y páginas de notas, dibujos, citas. Parecía bastante normal. Bastante como mi padre. Hasta que llegué a la entrada sobre personas que habían aprendido a emplear el cien por cien de sus cerebros.

Mi padre había escrito páginas y páginas sobre este documental en particular. De acuerdo con sus notas, la mayoría de los humanos utilizaban solo el diez por ciento de sus cerebros, pero la gente de esta película había encontrado la habilidad de acceder casi al cien por cien y había logrado

hazañas sobrehumanas como volar y aprender decenas de idiomas. *Si las puertas de la percepción se purificaran, todo se le aparecería al hombre como es, infinito*, había garabateado mi padre.

Recordé cuando me había dicho eso por primera vez; había sido el día en el que nos adentramos en el bosque con los ojos vendados, en busca de la visión ilimitada. Supe que mi vida había cambiado ese día, pero comprendí demasiado tarde que la suya también lo había hecho.

Muchas de las películas que mi padre veía estaban plagadas de teorías conspiratorias, y, por esa razón, yo había dejado de verlas con él. Esta última teoría me había parecido particularmente descabellada, pero también familiar. Intenté recordarla, y, cuando lo hice, me di cuenta de que no era un documental en absoluto. Era una película de ciencia ficción.

No mucho después, descubrí la copia de *El señor de los anillos* de mi padre. Las páginas estaban oscurecidas con pasajes subrayados, repletas de garabatos y llamadas de citas, teorías escritas en los márgenes, ideas épicas acerca de la ubicación de la Tierra Media. ¿Había perdido mi padre la capacidad de distinguir entre la ciencia ficción y un documental, entre lo real y lo imaginario, entre la Tierra Media y la Tierra? ¿Había tenido esa capacidad en primer lugar?

Comunidad de dos.

¿La había tenido yo?

Solo nosotros, amiguito.

Fue difícil leer el libro con todos sus garabatos, pero mientras la lluvia continuaba, me obligué a hacerlo. Lo leí de principio a fin, en voz alta, al igual que mi padre me lo había leído a mí todos esos años atrás.

A él le había llevado seis meses leérmelo. A mí me había llevado cinco días leérselo a él.

La lluvia continuó cayendo. El agua continuó hirviendo.

---→

Llovió durante todo el tiempo que estuve leyendo. Solo cuando llegué al final, cuando Sauron había sido derrotado y Frodo y Bilbo dejan la Comarca, la lluvia comenzó a convertirse en una llovizna.

Me detuve un instante en la última página. Tenía la voz ronca. Estaba agotado. Tenía el corazón roto. Y, durante un instante, me transporté al día en el que terminamos de leer el libro por primera vez, antes de que mi madre nos dejara, antes de que Mary muriera.

—¿Por qué tiene que marcharse Frodo? —le había preguntado a mi padre, desconsolado por la disolución de la comunidad—. ¿Por qué Sam no va con él?

—Porque Frodo estaba dañado de una forma en la que Sam no lo estaba —explicó mi padre.

—¿Por qué?

—Por la magestuosa y terrible carga del anillo.

—¿A dónde se dirige Frodo?

—Al oeste. A las Tierras Imperecederas.

—¿Se dirige allí para no morir?

—Creo que lo hace para poder sanarse.

—¿Podemos ir allí?

—Algún día. Si lo necesitamos.

---->

Dejé el libro. Caminé hacia el armario de mi padre y acaricié con los dedos la deteriorada lista. Todos nuestros lugares estaban apuntados en ella. La ciudad de Nueva York. Rivendell. El monte Denali. La Comarca. Angkor Wat. Las Tierras Imperecederas. Decenas de sitios, algunos reales, otros ficticios. No habíamos ido a ninguno.

Junto a la lista había un espejo, viejo y rayado. Eché un vistazo a mi reflejo. No me había bañado, ni afeitado, ni cambiado de ropa en dos

semanas.

Me había vuelto salvaje. Parecía un loco. Parecía mi padre.

---->

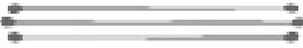
La lluvia cesó. Llamé a la compañía aérea.

---->

Reuní todos los cuadernos de mi padre y fui al bosque, al lugar donde habíamos esparcido las cenizas de la abuela Mary, donde habíamos enterrado a los pájaros que no pudimos salvar, a la rana que él no había querido hervir, al lugar donde mi padre había intentado encontrar la visión ilimitada y donde yo había perdido la mitad de la mía. Arranqué una sola página de uno de los cuadernos y acomodé el resto en una pila. Les prendí fuego. Las llamas danzaron y sisearon, la tierra empapada soltó vapor por debajo de ellos, y pronto los cuadernos, como todo lo demás, se convirtieron en cenizas.

Me duché. Me afeite. Me cambié de ropa. Vacíé el frigorífico. Preparé una mochila pequeña con unas cuantas mudas limpias que no necesitaría y con la copia de mi padre de *El señor de los anillos*. Escondí la llave debajo del felpudo. Caminé por la entrada de la casa por última vez. Caminé tres kilómetros hacia la parada del autobús. Cuando me subí, había personas allí, pero yo ya no me sentía como una de ellas. Mi eje se había desplazado. Era invisible. Ya estaba en las Tierras Imperecederas.

Fui al banco y retiré el resto del dinero que la abuela Mary me había dejado. Fui a la biblioteca y solicité una guía antigua que sabía que nunca devolvería. Tiré mi tarjeta de la biblioteca a la basura. Cogí otro autobús hacia el aeropuerto. Mientras el avión ascendía sobre los árboles, las nubes y las montañas, no miré hacia abajo.


Tragando secretos

Freya recorre con prisa calles desconocidas, deja atrás las casas de madera tradicionales y modestas, el cementerio, sus árboles en flor de aspecto fantasmal en la noche tranquila iluminada por la luz de la luna. Grita: *Nathaniel. Nathaniel. Nathaniel.*

---→

En el silencio que ha descendido sobre el comedor, Harun escucha a Freya llamando a Nathaniel. Su voz se entremezcla con el sonido ahogado de los sollozos de Ammi en el piso de arriba y las inaudibles palabras de consuelo de Halima.

Hasta hace un momento, todos estaban allí —sus padres, sus hermanos, sus amigos— y ahora no queda nadie excepto él y Abdullah, que está mirando fijamente a la mesa, como si desviar la mirada, aunque sea un centímetro, fuera a costarle algo preciado.

—Abdullah —dice Harun—. ¿Qué debería hacer?

Su hermano no lo ayudará. Ni siquiera lo mirará.

Es lo que sabía que sucedería, lo que temía que pasaría, ser desterrado, quedarse solo. Pero solo porque lo haya anticipado no quiere decir que esté preparado para ello. El impacto de la angustia es tan poderoso que separa a Harun de su cuerpo, de modo que está flotando fuera de sí mismo, observando desde arriba mientras coge la mochila olvidada de Nathaniel, abre la puerta del único hogar que alguna vez ha conocido.

Antes de cerrar la puerta detrás de él, se vuelve hacia su hermano.

—Siempre quise ser piloto —le dice—. ¿Sabías eso?

Abdullah no responde. Porque, por supuesto, no lo sabía.

---→

Freya se detiene, momentáneamente desorientada, en frente de un taller de automóviles cerrado. «¿Cómo he llegado hasta aquí?», se pregunta por segunda vez en el día. Pero luego lo recuerda. Harun, Nathaniel. Se reorienta. Continúa buscando.

---→

Fuera, Harun camina calle abajo, deja atrás todas las otras casas, desde donde se reflejan las luces cálidas de las lámparas, y el destello azul de las televisiones se filtra a través de las cortinas. Casas que albergan familias aún intactas. Escucha el triste lamento de Freya: «¡Nathaniel!»

Durante todo el día, ha sido testigo de cómo ellos se enamoraban mientras él mismo también se enamoraba de ellos. Las personas creen que el amor no puede suceder de manera tan rápida, pero él ha querido a James desde el minuto en el que lo había visto.

—¡Nathaniel! —llama Freya.

Harun contiene el aliento, esperando a que Nathaniel responda.

---→

Nathaniel no responde. ¿Cómo podría? No puede escuchar. No puede ver o ser visto. Su mundo se ha derrumbado una vez más, un agujero negro ha absorbido todo el espacio donde la luz, el amor y los *más tarde* podrían vivir.

Solo hay vacío.

Solo nosotros, amiguito.

Como siempre lo ha sido. Como siempre lo será.

---→

Freya vuelve a la casa de Harun. Halima está sentada en el escalón de cemento junto a la entrada.

—¿Has encontrado a Nathaniel? —pregunta Halima.

Freya sacude la cabeza. No lo ha encontrado. Ella no lo ha puesto sobre aviso. Ni siquiera le ha devuelto su billete de cincuenta dólares y ahora él está ahí fuera, solo y sin dinero.

—¿Harum está bien? —pregunta Freya.

—No lo sé. —Halima inclina la cabeza—. He bajado, y se había ido. No responde a su teléfono.

—¿Quizás haya ido en busca de James?

—Lo dudo.

Cuando Halima dice eso, algunas cosas se aclaran para Freya. Harun no ha hablado con James en todo el día, a pesar de que se supone que ella es su cantante favorita.

—Creo que han cortado —dice Halima—. Es decir, no lo sé con seguridad. Él nunca me lo ha dicho. Pero yo sospechaba que él era gay y también que estaba con alguien, y una vez lo seguí a la ciudad y vi que había quedado con un chico.

—¿James? —pregunta Freya.

—Eso creo. Pero nunca se lo he llegado a decir. Ni siquiera cuando empezó todo este lío del matrimonio de conveniencia y supe que algo iba mal. —Se cubre el rostro con las manos—. Pero nunca le he dicho que sabía que era gay. He dejado que lo soportara solo. —Levanta la mirada hacia Freya, los ojos muy solemnes, muy parecidos a los de su hermano mayor—. Creo que le he fallado.

—Creo que yo también —comenta Freya.

Halima se seca una lágrima solitaria.

—No suelo conducir de noche, pero voy a ir a buscarlo. Tal vez ha ido a la estación del PATH. No está tan lejos. ¿Vienes?

—Por supuesto —asiente Freya.

Suben al coche y avanzan lentamente por Sip Avenue. Todas las tiendas están cerradas. Casi no hay nadie fuera. Es como si la noche se hubiera tragado a todo el mundo y todos sus secretos.

Cuando llegan a Journal Square, Halima suspira:

—Quizás sea mejor que vuelva a casa, por si decide regresar.

—Ok —dice Freya, sin saber a dónde ir—. Creo que me bajaré aquí. Quizás me encuentre con él en el tren. —Pero lo duda—. Encontrarse el uno al otro como lo han hecho fue... ella no sabe qué palabra emplear para llamarlo. ¿Suerte? ¿Destino? ¿Milagro? Pero está segura de una cosa, sea lo que sea, solo lo obtienes una vez en la vida, y raramente en un día.

—Si te llama... —comienza Halima.

—No puede —responde Freya—. Nos hemos conocido hoy. Ni siquiera tiene mi número de teléfono.

—Entonces dámelo a mí —pide Halima—. Te enviaré por mensaje su número y le enviaré a él el tuyo. Tú me llamarás si sabes algo de él y yo haré lo mismo.

—Está bien. —Freya le da su número a Halima. Abre la puerta del coche.

—Si lo ves, dile... —La voz de Halima se desvanece y hace un gesto hacia atrás, hacia las calles en silencio, hacia su casa—. Mis padres necesitan tiempo. Pensaban que iría a Pakistán a casarse con una chica. Están conmocionados. Pero lo quieren. Solo necesitan tiempo.

—¿Eso crees? —pregunta Freya. ¿Acaso el tiempo lo sana todo? ¿O algunas cosas no tienen arreglo?

—No lo sé —admite Halima—. Pero si han podido acostumbrarse a

Leesa, podrán acostumbrarse a cualquier cosa.

Freya chasquea la lengua con pesar.

—Buena apreciación.

Halima se inclina para abrazar a Freya.

—Esperaba con ansias aprender a cocinar contigo —susurra al oído de Freya—. Siempre he querido tener una hermana.

—Yo también —responde Freya.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE X

Freya

El primer movimiento de Hayden cuando se hizo con el control total fue renombrar de manera sutil el canal de las Hermanas K como el canal de Freya K, y, algunos meses más tarde, había suprimido la K de manera inadvertida. Así de fácil había sido hacer desaparecer a mi hermana.

Yo seguí grabando canciones y haciendo vídeos, aunque ahora era su equipo el que los producía. Al principio, no eran ni sonaban tan diferentes a los vídeos que Sabrina y yo habíamos ido subiendo. Salían semanalmente, los martes, igual que siempre.

Pero con cada nueva producción, Hayden eliminaba un par de vídeos de las Hermanas K. Si era gradual, decía, los fans ni siquiera lo notarían. «Sube la temperatura lentamente y las ranas de la olla no se darán cuenta de que se están abrasando». Me miró. «Pronto, nadie recordará que las Hermanas K hayan existido alguna vez».

Para entonces, me preguntaba si mi propia hermana recordaba que yo existía. Sabrina no había dicho ni una palabra cuando mi madre le había anunciado que solo yo trabajaría con Hayden. Ni siquiera se había mostrado muy sorprendida, probablemente porque mi madre había hablado con ella con antelación.

No me dirigió ni una palabra de enfado. No me acusó de traicionarla o de haberme vendido. No me gritó o me llamó perra. Más bien, fue más amable conmigo de lo que jamás había sido. Pero dos meses más tarde, tras firmar el contrato con Hayden, se mudó al norte del estado para

terminar la universidad y no volvió a casa ni me dirigió la palabra nunca más.

Poco a poco, Hayden comenzó a cambiar el sonido y la apariencia de mis vídeos, volviéndolos —volviéndome— cada vez más atrevidos, y transformó lo que él llamaba con desdén la artista suburbana *de covers* en alguien más provocador, glamuroso y crudo. «No te estoy cambiando», afirmaba. «Te estoy descubriendo».

Vivíamos en White Plains, pero, después de un año, nos mudamos a Williamsburg, que estaba mucho más cerca de su oficina y más en consonancia con mi marca. Hayden tenía un apartamento amueblado que podíamos alquilar a bajo precio. Mi madre dejó el apartamento donde habíamos crecido, y la familia que alguna vez fuimos desapareció por completo.

---->

Hayden se atuvo a su plan de dos años con la precisión de un tren alemán. Después del primer año, un año para construir mi marca, de exponerme y volverme más visible, de convertirme en un producto, sacamos el primer sencillo y eliminamos casi todo el trabajo previo de SoundCloud. «Hay que acostumbrar a tus fans a que paguen por el producto», dijo Hayden.

Hubo algunos fans que protestaron, que me acusaron de venderme. Algunos incluso preguntaron qué había pasado con Sabrina. *¿Ha muerto tu hermana?*, habían escrito. Pero esos comentarios eran la minoría, y mientras yo era descubierta por más y más fans nuevos que nunca habían escuchado hablar de Sabrina.

Yo era el talento, me decían, porque yo era la voz. Pero, en realidad, Hayden era la voz. Hayden había hecho las llamadas. Mi apariencia, mi gancho, mi sonido. Él dictaba todo eso. Cuando llegó el momento de grabar el álbum, contrató un equipo de compositores para crear lo que él

había dicho que sería un álbum temperamental, atmosférico y —con un dejo de ironía— confesional. Utilizó a un director que grabaría varios vídeos de manera simultánea para afianzar la marca. «La gente quiere ver dentro de tu yo real», dijo. «Se lo enseñaremos».

Me presentó una lista de canciones que había elegido para el disco. Doce de ellas habían sido escritas por su equipo. Pero la número trece era mi canción. Era *El vestido blanco*.

«Cántame una canción que lo pruebe», había ordenado Hayden nada más había cerrado la puerta detrás de mí ese día fatídico en su oficina. Sabrina había terminado de cantar *Tschay Hailu* y cuando salió de la oficina de Hayden, no me miró a los ojos, disipando así cualquier duda que yo hubiera podido tener acerca de lo que ella había hecho.

«¿Que pruebe qué?», le había preguntado.

«Que tú eres la única que quiero», había respondido.

Esa fue la primera, la última y la única vez que le había cantado *El vestido blanco*.

—¿*El vestido blanco*? —le pregunté a Hayden dos años más tarde, mirando su lista de canciones—. ¿Cómo voy a grabarla?

—¿Cómo no vas a hacerlo?

Me observó durante un instante en silencio e incómodo. Él no conocía la historia de la canción, excepto que sabía que era la que yo había cantado para él, conteniendo las lágrimas y pensando todo el tiempo que si Sabrina me había traicionado, yo la traicionaría a ella. ¿Había visto Hayden la daga sangrienta en mi mano? ¿Había sido él quien me la había dado en primer lugar?

—Habrás que reescribirla, por supuesto —aclaró Hayden, tomando de nuevo la lista—. Pero, de verdad, me encanta esa canción.

Para cuando su equipo terminó con ella, la canción era completamente diferente. Lo que solo habían sido voces y percusión ahora incluía un gran acompañamiento instrumental. La letra había sido reescrita de modo que ahora sonaba como una canción de amor y enfado. Los versos en amárico habían desaparecido. Pero el ADN de la canción aún seguía allí. La melodía era mía. Y la historia detrás de ella, era, a pesar de todo, aún mía.

Ya llevábamos tres semanas en el estudio cuando llegó el momento de grabar la canción. Todo comenzó como un día bastante normal. Me desperté a las ocho, hice algo de yoga, tomé un desayuno ligero (aprobado por la nutricionista), bebí algo de té de hierbas (nada de café los días de canto porque era irritante, aunque Hayden a veces me daba una tableta de cafeína para compensar). Hice gárgaras con bicarbonato y agua. Precaleté a conciencia en el asiento trasero del coche que Hayden envió para llevarnos al estudio.

Cuando llegamos allí aquella mañana ya estaba lleno de gente, más de la usual. Además de Hayden, sus asistentes y los técnicos, había un puñado de ejecutivos de marcas y otras personas que no conocía. Todos estaban apiñados alrededor de una pantalla.

—Freya, mira —dijo mi madre—. Han creado algunos prototipos estéticos para la dirección de arte.

—No te entusiasmes demasiado —advirtió Hayden—. Son solo ideas.

Espié las imágenes. Prendas en blanco y negro, seductoras, el rostro visible a medias. El nombre *Freya* en una tipografía enorme. No me reconocí a mí misma. Había sido Freya Kebede. Las hermanas K. Y ahora solo era Freya, una colección de extremidades bien iluminadas.

—Pongámonos a trabajar —ordenó Hayden.

En general hacíamos una toma o dos para precalentar. Luego comenzábamos a grabar. A veces, Hayden me frenaba entre tomas para hacerme algún comentario: «*Más suave aquí, más fuerte en esa nota*». Pero esta

vez, no dejaba de sacudir la cabeza.

—No —decía una y otra vez—. No llegas. Ni te acercas.

Continuamos así toda la mañana. Cuando llegó la hora del almuerzo, Hayden quiso que todos salieran de la cabina y regresó al estudio para hablar a solas conmigo. No dijo nada durante un buen rato, solo me miró fijamente. Yo miré a mi alrededor en busca de mi madre, una asistente, cualquiera. Pero me habían dejado a solas con él.

—Freya —dijo—. Mírame.

Me obligué a mirarlo.

—No me estás dando lo que quiero.

—Estoy haciendo lo que hago siempre —respondí—. Así que no sé qué es lo que quieres.

—Te quiero a ti —señaló—. Quiero tu yo real.

¿Pero quién era esa? ¿La chica que había nacido cantando? ¿La chica que había traicionado a su hermana? ¿La chica que podía ser la próxima Lulia? ¿La chica desmembrada de la pantalla del ordenador?

—No sé quién es esa.

Hayden se dio unos golpecitos en el pecho.

—Yo sé quién es —aseguró—. Siempre lo he sabido. Por ese motivo te elegí. Para que me dieras lo que quiero.

—Acabo de decir que no sé qué quieres. ¿Más intensidad? ¿Una voz más visceral? ¿Mayor volumen? Dime.

Desde el interior de la cabina, vi que Nick, el técnico, había vuelto. Presionó el intercomunicador.

—Tenemos unas grabaciones bastante buenas, Hayden. Quizás pueda cantar algunas líneas más y luego las incluiremos en la mezcla.

—Cuando quiera tu opinión, te la pediré —le dijo Hayden a Nick. Se volvió hacia mí—. Esta canción no puede hacerse por partes, Freya. Esta canción solo funciona si podemos escuchar tu interior servido en una

bandeja, escuchar cómo se abre tu corazón. Así que busca bien profundo y encuentra la manera de cantar la maldita canción de la misma forma en que la cantaste en mi oficina.

Hayden regresó a la sala de control y se sentó junto a Nick, que ahora fruncía el ceño. Me volví a colocar los auriculares y canté. Canté la canción hasta la médula. Hice que mi voz sonara más áspera, volví atrás en el tiempo, año tras año, a través de todas las capas de barniz, a través de todas las promesas rotas e intenté recuperar a la chica que había nacido cantando. Canté con crudeza, con el corazón hecho trizas en busca de esa chica. ¿La encontré? ¿Había existido alguna vez?

La oscuridad me envolvió cuando alcancé la nota final, y la más difícil. Hayden comenzó a aplaudir lentamente. Estaba sonriendo con orgullo y casi, podría decirse, de manera paternal.

—Esta —dijo—, esta es la canción que te hará famosa.

8

A la manera de Sabrina

Freya siempre ha sabido dónde encontrar a Sabrina.

Cuando su hermana se mudó a esa universidad del norte, Freya la buscó por internet. Pasó horas en la página web de la universidad, imaginándose a su hermana viviendo en una de las habitaciones, cogiendo apuntes en las salas de conferencias o tocando el piano —si todavía tocaba— en las aulas de música.

Cuando Sabrina se graduó, Freya supo que había vuelto a la ciudad, aunque al lado opuesto de donde se encontraba ella.

Freya ha trazado muchas veces la ruta desde su apartamento en Williamsburg hasta el apartamento de Sabrina en Harlem. El metro L hasta el metro A en la calle Ciento cuarenta y cinco. Una hora hasta la puerta de su casa, según Google Maps. Así que, a pesar de que nunca ha estado allí, sabe cuál es el camino.

Fuera del edificio, el corazón de Freya retumba en su cabeza, un ritmo de percusión constante. Busca el nombre de su hermana en el telefonillo, y allí está, *Kebede/Takashida*.

(¡Ha dicho que sí!)

Alguien está saliendo del edificio, así que Freya se escabulle hacia el vestíbulo sin llamar. El apartamento se encuentra en el sexto piso. El ascensor chirría todo el camino hacia arriba, *ba bum, ba bum*, haciendo eco del corazón agitado de Freya. Su mano tiembla cuando llama a la puerta.

Le abre un hombre, alto, delgado, de aspecto delicado y aire profesional.

Alex Takashida en persona.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

A Freya, de pronto, se le traba la lengua, incapaz no solo de cantar, sino de hablar. ¿Por qué ha ido allí? ¿Pensaba que robarle una canción a Hayden, una canción que Sabrina siempre ha odiado, podría deshacerlo todo? ¿Acaso ha creído que un abrazo con la hermana de Harun le devolvería a su propia hermana?

—Estoy buscando a mi madre —logra decir finalmente Freya.

Alex la mira con los ojos entrecerrados desde detrás de sus gafas. A Freya se le ocurre que quizás él ni siquiera sepa quién es ella. Cuando Freya se reunió por primera vez con un experto en medios para practicar cómo hablar sobre varios aspectos de su vida, había preguntado: «¿Qué digo sobre mi hermana?», y este le había respondido, «¿Qué hermana?».

Este hombre que va a casarse con su hermana, ¿sabe siquiera que Freya existe? ¿La ha eliminado Sabrina de su vida?

¿No ha hecho Freya exactamente lo mismo?

—Por supuesto —dice Alex—. Pasa.

Freya entra en un apartamento espacioso, suelos de madera, ventanas de cristal, vistas a las copas de los árboles. Hay un piano ubicado en un rincón, y partituras y lápices sobre un escritorio. A diferencia del apartamento en el que ha estado viviendo durante el último año, que ya estaba amueblado: las toallas ya dispuestas en el armario, los platos ya guardados en las alacenas de la cocina y un piano que no ha visto una composición nueva durante la estancia de Freya, este apartamento parece como si gente de verdad viviera en él.

—Déjame avisar a Sabrina —dice Alex.

En un contexto diferente, Freya quizás no reconocería a su hermana. Tiene el rostro más delgado y el cabello, que siempre ha sido largo, ahora es corto. Define sus ángulos. Resalta sus ojos. Freya se da cuenta de que se

parece mucho a su padre.

—¿Estás aquí por mamá? —pregunta Sabrina después de una ínfima pausa. Sacude la cabeza—. Qué oportuno. Ella te está buscando a ti.

—¿Por qué?

Alex y Sabrina intercambian una de esas miradas, sin palabras pero significativa. Freya siente el dolor, ese deseo inmemorial de tener a alguien que la entienda de esa forma.

—Está preocupada —dice Alex.

—Pero ¿por qué?

Sabrina frunce el ceño.

—No has respondido ninguna llamada o mensaje, y ha rastreado tu teléfono y te mostraba inmóvil en Central Park, y después hubo un gasto con la tarjeta Amex en una clínica de urgencias. De modo que ha pensado que quizás estabas herida. O que te habías hecho daño a ti misma. Ha puesto sobre aviso a la policía.

«¿Qué? Eso no tiene sentido. La madre de Freya no ha llamado en todo el día. Nadie lo ha hecho.»

Freya coge su teléfono por primera vez y se da cuenta de que no lo ha mirado desde que han estado en la cafetería, hace algunas horas. En general, si no toca su teléfono durante más de algunos minutos, la pantalla de inicio explota con mensajes y notificaciones, pero ahora está en blanco. Presiona el botón de inicio pero no pasa nada.

Le pide a Sabrina que la llame. Sabrina lo hace, pero el teléfono en la mano de Freya permanece oscuro. Y de pronto todo cobra sentido.

—Yo, eh, se me cayó el teléfono en el parque —le cuenta a su hermana—. Por eso el GPS piensa que estoy allí.

—Quizás se ha aflojado la antena —dice Alex—. Puedo echarle un vistazo.

—Oh, gracias.

Freya le entrega el teléfono a Alex, que se aleja con prisa, aliviado de poder evitar el drama. Freya no puede culparlo.

—Deberías llamar a mamá —dice Sabrina, entregándome su propio teléfono—. Está desesperada.

Freya sacude la cabeza. Si llama a su madre, terminará hablando con su *manager*, y ya está harta de que la controlen.

—¿Puedes simplemente enviarle un mensaje y decirle que no estoy muerta?

Sabrina teclea en su teléfono. La respuesta es casi inmediata.

—Quiere que la llames —informa Sabrina, leyendo los mensajes a medida que van llegando—. Ahora. Dice que es urgente. Dice que Hayden la ha llamado y...

—¡Basta! —La voz de Freya es fuerte y firme, y por primera vez Sabrina la escucha—. No estoy aquí para hablar con mamá.

—Ya veo. —Sabrina baja el teléfono y camina hacia la mesa del comedor, donde hay una botella de vino abierta. Se sirve una copa—. ¿Por qué *estás* aquí?

Freya no tiene una respuesta. Lo único que sabe es que después de todo lo que ha sucedido hoy, lo del médico milagroso y Hayden y Harun y Nathaniel, ella necesita estar aquí.

—Para felicitarte —suelta Freya—. Por tu compromiso. —Para su sorpresa, las felicitaciones son sinceras. Está feliz de que Sabrina sea feliz.

Sabrina levanta la mano, y el pequeño anillo de compromiso arroja prismas contra la pared. Se muestra maravillada, no tanto por el anillo sino por su propia buena fortuna.

—Gracias —dice en voz baja. Deja caer las manos en su regazo—. ¿Te lo ha contado mamá?

—Mamá no me ha contado nada sobre ti en dos años —señala Freya—. Me he enterado por Facebook.

—No he subido nada.

—Alex sí. *¡Ha dicho que sí!*

—Ahh. —Sabrina sonríe complacida hacia la habitación adonde Alex se ha dirigido para reparar el teléfono. Luego mira a Freya—. ¿Todavía acechando fantasmas en Facebook?

—Solo el tuyo.

Sabrina enarca las cejas con sorpresa.

—¿Por qué?

—¿Por qué? ¿Hablas en serio? Eres mi hermana. Al menos pienso que todavía lo eres.

—No lo sé. ¿Lo soy? —pregunta Sabrina, su voz suena insegura, como si de verdad no lo supiera.

Eso desconcierta a Freya. Está acostumbrada a la coraza de Sabrina. Ha venido preparada para confrontar a esa Sabrina. Pero no sabe qué hacer con esta persona tierna e insegura.

—¿Te has puesto en contacto con él? —pregunta Sabrina.

—¿Con quién?

Sus ojos en blanco le resultan, al menos, familiares de manera reconfortante.

—Con papá.

No Solomon, sino papá.

—No desde hace algún tiempo —indica Freya—. ¿Y tú?

—No. Pero yo no soy tú.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Significa que yo ya no soy famosa. O casi famosa.

—Yo tampoco.

—Pero seguro que tienes la fama suficiente para llamar su atención.

Hay dolor en los ojos de su hermana, y Freya se pregunta cuál de las dos ha estado intentando llamar la atención de su padre durante todos estos

años.

Freya se encoge de hombros.

—No soy famosa, y, si soy casi famosa, no será por mucho tiempo.

—¿A qué te refieres? ¿No está todo a punto de explotar? —Sabrina hace un gesto de estallido con las manos, idéntico al que Hayden hizo para ellas años atrás.

—¿No te lo ha contado mamá?

—¿Contarme qué?

—No importa. —Mira a Sabrina y respira hondo. Es ahora o nunca—. ¿Por qué cantaste *Tschay Hailu* en la oficina de Hayden ese día?

En el momento en el que ve cómo la sangre abandona el rostro de su hermana, Freya entiende que ella no es la única que ha revivido ese día una y otra vez. Sabrina se pone de pie para rellenar su copa, y sirve otra para Freya también.

—¿Sabes qué me dijo Hayden en su oficina ese día? —pregunta, entregándole a Freya la copa de vino.

—¿Cómo podría saberlo?

—Pensé que quizás te lo había dicho. —Sabrina sacude la cabeza—. Pero una vez más, ¿por qué lo haría?

—¿Qué dijo?

—Dijo que yo tenía una voz preciosa, quizás incluso más que la tuya, y que había escrito una canción decente, pero que él no estaba interesado en mí, solo en ti. Le pregunté por qué. Solo me dijo que yo era mejor cantante que tú, y ambas sabemos que yo escribía mejores canciones. Fue tajante. Dijo que no era tan interesante, tan especial, y que no tenía el hambre suficiente. —Hay lágrimas en los ojos de Sabrina mientras continúa—. Y no era que no lo supiera. Había visto cómo los fans reaccionaban ante ti. Cuánto necesitabas eso. Pero estaba demasiado enfadada. Así que le dije a Hayden que se había equivocado. Que tú no tenías hambre. Que estabas

desesperada. Que nuestro padre te había contado una historia acerca de haber nacido cantando y luego había desaparecido, dejándote solo un legado falso y un patético vestido blanco. Le conté que cada canción que cantaste, desde el primer vídeo viral hasta *El vestido blanco* en realidad habían sido un intento por tu parte para hacer que él regresara.

No conocía el vídeo original, así que me preguntó qué canción era. Se la canté. Cuando terminé, me miró y dijo: «¿De dónde piensas que proviene el hambre? De la desesperación». Y eso fue todo. Me dio las gracias. Me dijo que había sido muy útil. Y me di cuenta de lo que había hecho. Hayden era un tiburón, nadando en círculos alrededor de ti. Y yo había echado sangre en el agua. Pero antes de poder arreglarlo o advertirte, me despidió y te llamó a ti.

—Y yo canté *El vestido blanco*.

—Y tú cantaste *El vestido blanco*.

—Te traicioné.

—Solo porque yo te traicioné primero.

—¿Has escuchado alguna vez esa canción, Sabrina?

—Por supuesto que sí.

—Sé que la has oído, pero no creo que la hayas escuchado.

—¿Cuál es la diferencia? —Sabrina pone los ojos en blanco, escéptica.

La diferencia es todo. Pero Freya no sabe cómo explicarlo, así que en cambio canta lo que no puede decir, canta lo que su hermana no puede escuchar.

Debes confesar:

soy un desastre blanco

y te necesito aquí.

Te necesito cerca para calmar mi miedo.

La voz de Freya suena estrangulada, tan mal como sonó ese día en el

estudio, tan mal como ha sonado desde entonces. Sigue cantando:

Hice lo que dije que haría.

Dejé que la música hiciera lo que las palabras no podían.

*Eres una espina en mi costado,
pero quererte es mi forma de sobrevivir.*

*Lo único que dije que quería
era un vestido blanco, un vestido blanco.*

*Lo único que dije que necesitaba
era un vestido blanco, un vestido blanco.*

¿Lo recuerdas? Solíamos cantar:

*Eshururururu, eshururururu
Eshururururu, calma, calma, calma.*

*Y aunque no dejo de pensar
que soy un desastre negro alquitrán,
preferiría tenerte a ti
en lugar de tener un vestido blanco.*

La canción no suena en absoluto como sonó en el estudio de grabación, como ha sonado en el iPhone de Freya todos esos años atrás. No suena para nada como sonó cuando se la cantó a su hermana por primera vez, cuando intentó cantar lo que no podía decir. *No me dejes sola. Te necesito. Te quiero.*

Pero quizás así se supone que debería sonar la canción. Porque, por primera vez, Sabrina parece escucharla.

Hay un temblor en su mentón. Sabrina intenta reprimirlo, pero el temblor se vuelve más frenético y luego su expresión de piedra se resquebraja y revela al ser humano que siempre ha vivido debajo.

—Esa canción no es para papá —dice Sabrina.

—No —responde Freya—. No lo es.

—Escribiste eso sobre mí.

—Escribí eso sobre nosotras.

Sabrina hace algo que Freya nunca la había visto hacer: comienza a llorar. Y Freya hace algo que, hasta hoy, nunca había tenido la oportunidad de hacer: rodea a su hermana con los brazos y la consuela.

No dura mucho, porque sigue siendo Sabrina. Seca sus lágrimas con rapidez y se aparta del abrazo.

—¿Qué le ha pasado a tu voz? —dice, haciendo la pregunta de una manera muy directa y poco delicada. La manera de Sabrina. Y, por esa razón, hace reír a Freya.

—No lo sé —responde, partiéndose de la risa—. Simplemente la he perdido.

—¿La has perdido? —La carcajada es contagiosa, y a continuación Sabrina también está doblándose de la risa—. ¿Cómo que la has perdido? ¿te la has dejado en un taxi?

Eso hace que Freya suelte otra carcajada.

—No sé por qué me estoy riendo —dice Freya—. Hemos tenido que dejar de grabar. Es un completo desastre.

—Qué horror —responde Sabrina, respirando con dificultad—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé —admite Freya, y recobra un poco la seriedad.

—Bueno, será mejor que lo resuelvas en dos años —dice Sabrina, y se limpia una lágrima perdida.

—¿Qué sucede en dos años?

—Mi boda.

—¿Por qué tendría que...? —La voz de Freya se desvanece cuando entiende lo que Sabrina le está pidiendo. Sabrina, quien tampoco supo nunca cómo decir las cosas—. ¿Quieres que cante en tu boda?

—No si tu voz sigue sonando así...

—¿Y si... suena así?

La pregunta queda suspendida en el aire. Y a Freya le preocupa lo que acaba de preguntar, y lo que Sabrina pueda responderle.

Y luego su hermana dice lo siguiente:

—Ya pensaremos en un plan B.

Algo se expande en el pecho de Freya. Las bellotas, después de todo, en algún momento se abren. Siembran robles nuevos, bosques enteros.

—O incluso un plan C —murmura Freya.

—Ya lo he arreglado —anuncia Alex, acercándose con el teléfono de Freya. Está repleto de notificaciones y mensajes de todo el día. Todas sus menciones, sus visitas, sus me gusta, sus interacciones, todos sus mensajes, e-mails y llamadas perdidas. Hay varios mensajes de voz de Hayden que sabe que nunca escuchará y decenas de mensajes de su madre para los cuales tendrá que encontrar un nuevo lenguaje si quiere responderlos.

El teléfono continúa sonando con las cosas que Freya ha creído todo este tiempo que habían sido muestras de amor. Entre todo el ruido está el mensaje de Halima con el número de teléfono de Harun. Entre todo el ruido está el amor verdadero.

En la tranquilidad de ese momento, en el santuario de ese amor, algo le sucede a Freya. Se eleva fuera de sí misma, fuera del apartamento, fuera de su propia pérdida hacia la de Harun. Todas las historias que él todavía tiene que contarle —sobre aviones, Aladdín y James— se desenrollan dentro de ella y se convierten en propias. En ese momento entiende, la pérdida de Nathaniel de alguna forma se ha fusionado con la de ella. Suena como una carga, echarse eso encima, pero en realidad es todo lo contrario. Albergar las pérdidas de otras personas es una forma de proteger su amor. Compartir una pérdida con los demás es otra forma de brindar amor.

Y, de pronto, Freya *sabe* lo que va a hacer. Abrazará a su hermana y luego saldrá de allí y buscará a Nathaniel y a Harun, esos dos extraños que han entrado en su vida hoy y le han enseñado cómo es el amor en realidad. No tiene ni idea de dónde están, pero si Hayden Booth le ha enseñado una lección es que si deseas algo con muchas ansias, encontrarás una maldita forma de conseguirlo.

Los encontrará. El resto se resolverá solo.

Toca el número de Harun para enviarle un mensaje:

Dime dónde encontrarte.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE XI



La última vez que vi a James fue un bonito día de primavera, tan cálido y suave como frío e inestable había sido el día en el que nos encontramos el billete de cincuenta dólares semanas atrás. Los árboles estaban en flor. Las mujeres de la ciudad llevaban vestidos, y los hombres, camisetas sin mangas que mostraban grados variables de perfección esculpida.

Ese día quedamos en el parque. James parecía feliz. Estaba hablando sin parar sobre obtener su matrícula para ser residente del estado después de haber vivido en Nueva York durante un año y cómo sería capaz de empezar en LaGuardia Community College en otoño, y cómo tenían un programa de gestión alimenticia, que no era exactamente lo que él quería, pero tal vez podría transferirse al Instituto de Educación Culinaria.

Solo lo estaba escuchando a medias. El día anterior, Ammi había hecho una lista de regalos para comprar. Me había medido un sastre para hacerme una *kurta* formal. El consulado había enviado mi pasaporte con la visa pegada en una de sus páginas.

Intercambiaba e-mails y mensajes de texto con Amir todos los días. Y, cuando por fin me di cuenta de lo que él había hecho, me había enfadado mucho: ¿Qué le había dado ese derecho? ¿Quién le había dado ese derecho? Pero me di cuenta de que había sido yo. Por ser un cobarde, por dejar la decisión en su mano. Y, de cualquier forma, mi primo parecía muy optimista sobre cómo estaban saliendo las cosas.

—¿Te estoy aburriendo? —preguntó James.

Volví a la realidad de golpe.

—¿Qué?

—Te estoy hablando, y apuesto a que no puedes repetir ni una sola palabra de lo que he dicho.

—Instituto Culinario —dije—. Dos palabras.

Sacudió la cabeza.

—Estás distraído. —Hizo un gesto hacia los chicos sin camiseta que tomaban el sol en el césped—. Si no te conociera, diría que me estás dejando por otro.

Estaba muy equivocado (nunca he tenido ningún interés en otros chicos más allá de lo estético) y sin embargo, estaba completamente en lo cierto. Porque ¿no era casarse con otra persona la definición de dejarlo?

Él había estado bromeando, hasta que vio mi expresión. Se le desencajó el rostro.

Pero no estaba triste. Todavía no. No me diría que lo había devastado (*destrozado*) hasta dentro de algunas horas. En ese momento, pensaba que tal vez me había acostado con algún otro chico.

—Ja... —comencé.

Sostuvo en alto la mano.

—¿Aún quieres estar conmigo?

No quería otra cosa en el mundo más que eso. Asentí.

—Entonces no quiero saber nada. Haz lo que tengas que hacer. Soy tu primer amor, y planeo ser el último, pero, si necesitas descifrar qué es lo que no te estás perdiendo, no te detendré.

Así era James. Me daba permiso para estar con alguien más, para que me diera cuenta de que era él a quien realmente quería. Porque era generoso y valiente y porque me quería.

—Toma precauciones, porque no quiero que me contagies ninguna porquería —dijo.

—Eso no pasará.

—Y no te enamores, porque no podré soportarlo.

—No lo haré —prometí.

Durante el resto de la tarde, dejé que pensara que estaba con otro chico, y me permití pensar que si para él estaba bien que yo estuviera con otro, quizás también entendería que yo estuviera con alguna chica con la que ni siquiera me acostaría (no con frecuencia, en todo caso) y de quién, de verdad, nunca me enamoraría.

Después de eso pasamos una tarde tranquila. Descansamos en Sheep Meadow, compramos comida del carrito de *halal food* favorito de James y recorrimos todo el parque hasta arriba, donde, escondidos por el follaje y los helechos y acariciados por la acogedora brisa primaveral, nos quisimos de la forma en la que solo nosotros sabíamos hacerlo.

En general James solía hablar mientras teníamos sexo, pero ese día, abrumado por lo que él pensaba que era mi infidelidad, había estado en silencio. Yo, por otro lado, que en general era callado, estaba tan sobrepasado por el amor, el miedo y la angustia que me puse a llorar.

—Solo intenta encontrar a alguien mejor que yo —dijo luego. Esbozó la sonrisa más triste, y supe que casarme con una chica para poder seguir escondiendo a James de mi familia no era lo mismo que acostarme con algún otro chico.

—Hasta el próximo jueves —se despidió cuando intercambiamos un último beso bajo un cerezo antes de que él siguiera su camino hacia el norte y yo volviese a casa—. En el parque otra vez, si el tiempo lo permite.

Qué fácil hubiera sido decir que sí. Aprovechar un día más. Inventar alguna excusa de por qué estaría ausente durante seis semanas. Seguir haciendo esto con James durante tanto tiempo como fuera posible. Seguir haciéndole pensar que había un futuro para nosotros cuando yo sabía, todo el tiempo, que no lo había.

Apoyé la mano sobre el pecho de James. El latido fuerte y honesto de su corazón debajo de las puntas de mis dedos, su corazón abierto, amoroso y dispuesto a protegerme a mí, a mis secretos e inseguridades, e incluso a mi infidelidad. Dispuesto a pagar un precio por las cosas que le importaban.

Mi corazón era defectuoso, no porque me hubiese enamorado de la persona equivocada, sino porque latía en el pecho de un cobarde.

Pero incluso un cobarde tiene sus límites. Incluso un corazón defectuoso distingue el bien del mal.

Agarré su rostro entre mis manos, atrayéndolo hacia mí como él lo había hecho la primera vez que nos besamos.

—Tengo que contarte un secreto —susurré.

Y durante ese único instante hermoso, antes de volver a hablar, allí estaba el rostro de James, exquisito, expectante, puro calor y calidez y optimismo gracias al regreso de la primavera, del sol que volvería a brillar sobre nosotros, esperando recibir mi secreto como él me había recibido a mí.



Corazones rotos

Harun siempre ha sabido dónde encontrar a James. Cuando él se mudó del apartamento de su primo al de su tía, Harun había descubierto la ubicación del último sitio donde se encontraba y la memorizó. Eso lo había hecho sentir mejor, saber dónde encontrarlo en caso de perderlo.

Podría haber ido al apartamento de la tía de James en cualquier momento. Podría haber inventado alguna excusa sobre el lugar al que se se dirigía y haber cogido el PATH hacia Manhattan, luego el metro hacia el norte hasta la última parada, hasta el final del recorrido, según James, y caminado las cinco calles para golpear la puerta y sorprender a James sin ningún motivo en especial, excepto que lo quería.

Pero no lo había hecho.

Hasta ahora.

Le tiembla la mano cuando toca el timbre. Hay tanto que le quiere decirle a James...

Que le ha contado la verdad a su familia y que ha sido tan malo como había pensado que sería, pero que, finalmente, comprende, tal vez un poco, lo que quería decir James cuando había afirmado que salir del armario ante su padre había valido la pena. Nunca superaría lo que le había obligado hacer a Nathaniel por él. Pero la vergüenza que ha cargado en los hombros desde que tenía nueve años, como un polizón invisible y pesado, ha comenzado, sino a desembarcar por completo, por lo menos a hacer las maletas.

Y eso, como diría James, no es poco.

Y quiere hablarle sobre Freya. Acerca de este día increíble. Quizás no lo crea, pero Harun reproducirá la canción que tiene guardada en su llavero, y cuando escuche esa voz, lo creará.

Pero más que ninguna otra cosa quiere decirle a James que lo siente. Y que lo quiere.

Lo hacen pasar, y sube las escaleras hacia el apartamento 3C. Golpea la puerta.

Una mujer mayor vestida con uniforme de enfermera, que lleva una identificación del Hospital Presbiteriano colgando del cuello, abre la puerta.

—¿Puedo ayudarte? —pregunta.

—¿Está James aquí?

La mujer, que debe ser Colette, la tía de James, mira de forma directa a Harun. Sus ojos, observa, son iguales que los de James, castaños, dorados y cálidos, al menos hasta que ella parece comprender quién es él, y la sospecha avanza como una nube y elimina toda la calidez.

—¿Tú? —pregunta Colette—. ¿Tú eres él?

Harun asiente.

Colette camina hacia el sillón donde está durmiendo James.

—J —dice su tía—. Alguien quiere verte.

Hay un instante cuando James despierta (unas arrugas de la almohada marcadas en su rostro hermoso y los ojos hinchados) en el que aún se encuentra en ese limbo nebuloso entre el sueño y la vigilia. Harun conoce ese estado gracias a las veces en las que se han quedado dormidos juntos en el parque o en un rincón tranquilo de un Starbucks, o incluso en el metro cuando James se adormecía. Siempre le llevaba un instante espabilarse, recordar dónde se encontraba. En ese momento, Harun ve que James aún lo quiere.

Pero, de pronto, parpadea y desaparece, y James se muestra despierto y distante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Yo... he venido a verte.

—Os dejaré solos —dice Colette, tocando el hombro de James.

—Ya te lo había dicho. No quiero volver a verte.

—No iré a Pakistán. No me casaré con una chica. Se lo he dicho a mi familia, anoche. —Las palabras se agolpan en una confesión sin aliento.

Hay un destello de interés en el rostro de James, y su expresión se suaviza un poco. Asiente. Es un comienzo.

—¿Cómo ha ido todo?

—Como era de esperar.

James asiente una vez más, como si lo supiera. Porque lo sabe.

—Y te quiero y lo siento. —Harun comienza a llorar. Da un paso vacilante hacia James y cae sobre sus rodillas—. Lo siento tanto, tanto.

Al principio, James se queda rígido como una tabla, y Harun piensa que todo ha terminado para él, pero luego siente la caricia dubitativa de James en su cabeza, escucha su voz suave decir:

—Está bien.

Harun piensa que quizás todo funcione.

James levanta con gentileza a Harun y dice las palabras que él necesita escuchar esta noche.

—Yo también te quiero. —Pero suenan diferentes a cómo solían sonar, ahora son tristes, y Harun se da cuenta, con un puñetazo en el estómago, de que habrá un *pero*.

—Pero no puedo estar contigo.

—¿Por qué no? No me casaré con una chica. Y se lo he contado todo a mi familia. Para poder estar contigo.

—Nah, querido. Se lo has contado a tu familia para poder estar bien

contigo mismo. Para vivir contigo mismo.

—No quiero vivir conmigo mismo —llora Harun—. Quiero vivir contigo. Quiero estar contigo. Volar a Fiji y a Brasil y a todos nuestros sitios.

—Tendrás que volar allí sin mí.

—Pero acabas de decir que me quieres.

—Sí. Pero casi me abandonas. No hay vuelta atrás después de eso.

—Sí la hay —insiste Harun—. Me ganaré de nuevo tu confianza.

Jame suspira.

—Que me engañes con algún otro chico... Puedo soportarlo. ¿Con una chica? También. Pero estabas planeando *marcharte*. Sin decirme ni una palabra. Aún pienso que, ¿si no hubiera dicho nada en el parque, me lo hubieras contado? ¿O me hubieras dejado sin más, tal como lo hizo mi madre?

Y es ante la mención de su madre cuando Harun entiende que no es la acción, sino el engaño. A James. A su familia. Quizás James lo quiera y quizás algún día lo perdone, pero no lo aceptará de nuevo.

—¿Entonces todo esto ha sido en vano? —llora Harun.

—No ha sido en vano —dice James con suavidad—. Solo que no es suficiente.

James se aleja de él. ¡Pero no! Harun no puede dejarlo ir. Todavía no.

—¡Espera! —llama, tirando de James.

La expresión de James es tan vacía, su rostro tan desgastado por la angustia, y es verlo así lo que hace que Harun se rinda. Insistirle más a James infligiría más dolor, más daño. Sería el acto de un cobarde.

Y Harun desea, con muchas ansias, ser valiente.

Desengancha la memoria USB de su llavero y la coloca en las manos de James. «Ella cantará en nuestra boda», había prometido James una vez.

—Esto es para ti —dice Harun.

James observa la memoria durante un instante, pero no pregunta qué es. Solo la encierra en su mano, asiente una vez más y se aleja por el pasillo. Harun escucha una puerta cerrarse. El clic es suave y suena a final.

Colette vuelve a la habitación y mira a Harun con una expresión de compasión angustiada.

—Estarás bien —afirma.

—¿Cómo puedes saber eso? —pregunta Harun.

—Cuando un hueso roto sana, se vuelve más fuerte de lo que era antes de romperse —responde—. Lo mismo sucede con los corazones rotos.

Harun asiente. Ruega que sea verdad. Por su propio corazón. Por el de James y el de Ammi y el de Abu.

Colette abre la puerta y le hace un gesto a Harun para que salga.

—Ve a estar con tu gente —le dice.

Mientras baja las escaleras, de regreso a la noche iluminada por la luz de la luna, se pregunta: ¿Quién es su gente? ¿James? Ya no. ¿Su familia? Quizás algún día, pero no ahora.

Arriba, escucha el sonido de un avión, levanta la mirada y ve un 737 dirigiéndose hacia el aeropuerto de LaGuardia, y, durante un breve instante él todavía es el niño que alguna vez fue, sin secretos, solo amor. Parpadea y luego ve a Nathaniel, llegando, esa misma mañana, en un avión como el de arriba, tan lleno de secretos, con tan poco amor.

Siente un tirón en la cuerda que envuelve su corazón, una llamada en sus huesos.

Busca el número de Nathaniel. Llamará a su padre, hablará con Nathaniel, le asegurará que no ha hecho nada malo. Lo ayudará a buscar a Freya, para que puedan continuar enamorándose. Es lo menos que puede hacer.

Pero es extraño. Tan solo hay un contacto en su teléfono. Revisa el historial de llamadas. Hay decenas de llamadas salientes, todas a ese

mismo número. Presiona llamar y recibe el saludo de «Dime algo bueno» del padre de Nathaniel. Cuelga y revisa las llamadas entrantes, pero solo hay un número. Llama y salta directamente el contestador automático del despacho de la médica forense del condado de Skagit.

Corta la comunicación y abre la guía. Un papel cae al suelo. Harun lo levanta y lee.

Monte Fuji

Viaducto Príncipe Eduardo

Puente Golden Gate

Puente George Washington

130 km/h. La forma más rápida de morir.

Al principio, no comprende el significado de la nota del padre de Nathaniel, solo que leerla agita una percepción que ya reside en su interior, de la misma manera que su propio secreto ha vivido siempre en su corazón. La punzada de angustia que lo atraviesa es distinta al miedo y la incertidumbre con los que ha vivido durante tanto tiempo. Lo empuja fuera de sí mismo, y, cuando regresa, todo se ha vuelto silencioso y quieto, y, en ese preciso momento, todo se aclara. La ubicación marca cerca de la calle Ciento setenta y cinco, el padre que nunca ha respondido a las llamadas.

«As'alu Allah al 'azim rabbil 'arshil azim an yashifika».

La oración llega a sus labios de forma automática. Le pide a Dios que ayude a Nathaniel. Que lo ayude a encontrarlo. Que lo ayude a encontrar a Freya. Que los ayude a los tres a sanar. Porque Nathaniel y Freya, *ellos* son su gente. Son la gente de cada uno de los tres.

Cuando suena su teléfono, sabe sin mirar la pantalla quién es, sabe que Dios ha respondido a su oración.

Y lee el mensaje de Freya. Le dice dónde se encuentra Nathaniel.

Y luego comienza a correr.

EL ORDEN DE LA PÉRDIDA

PARTE XII

=====
Nathaniel

La noche en la que encontré a mi padre en el suelo de la cocina, tuve el *déjà vu* más poderoso de mi vida.

Al principio pensaba que era porque mi padre se había desmayado no muy lejos de donde la abuela Mary se había caído todos esos años atrás.

Más tarde, después de que llegaran los paramédicos, que ni siquiera intentaron resucitar a mi padre o bombear su corazón porque no ya no tenía sentido, después de encontrarar el acopio de pastillas en una caja de zapatos debajo de la cama, entendí que la razón por la cual ver a mi padre muerto en el suelo de la cocina me hacía sentir como si todo ya hubiera ocurrido antes, era porque lo había estado imaginando durante toda mi vida.

Lo había imaginado cuando mi madre se marchó y yo era demasiado joven para saber lo que estaba imaginando.

Lo había imaginado cuando la abuela Mary murió.

Lo había imaginado cuando enterramos a los pichones y a la rana muerta. Lo había imaginado cuando lo había visto sollozar en el hospital después de que yo saliera de la cirugía. Lo había imaginado cada vez que atravesaba la puerta después de llegar del instituto y veía a mi padre en el sillón con la televisión encendida, y exhalaba una respiración que había estado conteniendo a medias desde que me había ido esa mañana.

Lo había imaginado cada vez que me decía: «Somos solo nosotros, Nat. Una comunidad de dos». Esa había sido la razón por la que no me había

ido. Pensaba que si me iba —a la universidad, con mi madre, en busca de una vida— encontraría a mi padre, algún día, en el suelo de la cocina.

De modo que me había quedado. Y, al final, de cualquier manera, lo había encontrado en el suelo de la cocina.

Déjà vu.

Después de que los paramédicos se llevaran a mi padre, esperé a que llegaran las llamadas. Después de lo de la abuela Mary, eso era lo que había sucedido. Vino gente. Sus amigos de la iglesia. Mis primos. Gente.

Pero la única persona que llamó durante esas dos semanas fue la médica forense para darme el informe toxicológico, al cual se refirió como «no concluyente». Había opioides y benzos en la sangre de mi padre, no en grandes cantidades, no en cantidades que evidenciaran un abuso de drogas o que sugirieran que esto había sido intencionado, pero, a veces, explicó la forense, aun pequeñas dosis interactúan de maneras inesperadas.

—Estamos considerando la causa de la muerte como una sobredosis accidental— me dijo.

No concluyente. Accidental. ¿Qué significaba eso?

—¿Qué quieres que hacer con el cuerpo? —preguntó.

Yo no tenía ni idea. Cuando la abuela Mary murió, Hector se había encargado de arreglarlo todo. Había llamado al forense, buscado su póliza de seguro de vida y hecho los arreglos necesarios con la morgue. En ese momento supe que él estaba haciendo algo que le correspondía hacer a mi padre, comportándose de la manera en la que un padre debería comportarse.

«Solo es parte de mi trabajo», había dicho Hector, a pesar de que me había dado cuenta de que era una mentira piadosa. Se había quedado hasta tarde esa noche, y había regresado al día siguiente, a pesar de que ya no era su turno. «Me mudaré de nuevo a Nueva York a finales de año», me dijo, y colocó su tarjeta en mi mano. «Pero puedes llamarme en cualquier

momento. Detrás de la tarjeta está mi número de teléfono. Me puedes encontrar siempre en ese número». Guardé la tarjeta, pensando que él estaba siendo amable, y lo estaba siendo, pero en retrospectiva comprendí que Hector se había dado cuenta de que yo era una rana en una olla mucho antes de que yo lo hiciera.

—No sé qué hacer con el cuerpo —le respondí a la forense.

Ella me explicó las opciones, siendo la cremación la más barata. ¿Tenía mi padre seguro de vida?, quiso saber.

—¿Lo hizo a propósito? —le pregunté.

Otra pausa.

—Pensamos que la causa fue una sobredosis accidental —informó—. Todavía puedes cobrar su seguro de vida si es que tiene uno.

Eso no era lo que estaba preguntando.

—¿Fue a propósito? —repetí, y mi voz comenzó a quebrarse—. Necesito saberlo.

—No podemos saberlo, pero estamos considerando una sobredosis accidental.

—¿Hizo él esto a propósito?

El silencio en el teléfono fue terrible porque fue muy familiar. Era ese instante que transcurre cuando la gente te pregunta si estás bien y espera escuchar que lo estás.

—Algunas veces —comenzó con vacilación—, es mejor dejar las cosas como están.

—¿Cómo lo hago?

—Bueno —dijo—, simplemente lo haces.

Hizo una nueva pausa. Podía escuchar lo ansiosa que estaba por terminar la conversación. Este no era su trabajo. Ella no era una terapeuta de duelo o una psicóloga. Era una forense que estaba llamando con la buena noticia de que podía cobrar el seguro de vida inexistente de mi

padre. Quería que le dijera que todo estaba bien. Era lo que todos esperaban que dijera. Aunque deberían haber sabido que no todo estaba bien. ¿Cómo podía estar *todo* bien?

—¿Tienes alguien a quien llamar? —preguntó.

¿Quién? ¿Mi madre? La última vez que habíamos hablado había sido cuatro años atrás, cuando le había dicho que ya no la quería volver a ver. La razón que le di fue, no que había perdido un ojo y que tenía miedo de que ella me hiciera perder a mi padre, sino que yo ya no encajaba en su vida y, más concretamente, que ella no encajaba en la mía. Mi madre había llorado con amargura, acusándome de querer más a mi padre que a ella. Yo no me mostré en desacuerdo. Y desde entonces no había sabido nada más de ella. Ni siquiera sabía que el hombre con el que me había engendrado había muerto.

¿A quién más debería llamar? ¿A mi entrenador, que me había expulsado del equipo? ¿A mis amigos, quienes, habiéndose asegurado de que todo estaba bien, no habían tardado en desaparecer?

¿A Hector, quien había sentido lástima por mí y había visto, de una manera en la que pocos lo habían hecho, cómo era todo entre mi padre y yo? Pero eso había sido años atrás, y de cualquier manera, él ya no vivía aquí. ¿Y qué sucedía si él hacía lo mismo que los demás? Preguntarme, con impaciencia en la voz, si yo estaría bien. Eso no lo podría soportar.

Y de cualquier manera, solo había una persona a quien quería llamar.

«Dime algo bueno», dijo cuando lo llamé una y otra vez.

Pero no tenía nada bueno que contar.

Solo nosotros, amiguito.

Ya no solo nosotros. Solo yo.

10



Solo nosotros

Nathaniel no tiene ni idea de dónde encontrar a su padre. No tiene ni idea de si Hector tiene razón y lo encontrará en ese espacio entre la vida y la muerte, donde los que ya se han marchado aparecen para guiar a los que se están muriendo. O si se encontrarán en el más allá. Si es que existe un más allá. O quizás incluso en las Tierras Imperecederas, uno de los muchos lugares imposibles adonde su padre le había prometido que irían juntos. ¿Sabrá la verdad en ese instante que separa la vida de la muerte? ¿Marcará eso alguna diferencia?

¿Dolerá?

Un cuerpo que salta de un puente golpea el agua a ciento treinta kilómetros por hora. *La forma más rápida de morir*, había escrito su padre en sus notas.

Dios, eso espera.

Ruega que no duela.

Ya tiene suficiente dolor para toda una vida.

Se detiene justo al llegar al borde del puente, llorando. Está llorando porque hace frío y el viento sopla con fuerza, porque le duele la cabeza y porque está asustado. Está llorando porque su padre lo ha dejado, quizás a propósito, quizás sin saberlo, y ahora está mirando hacia un abismo negro, esperando encontrarlo allí, pero no ve nada más que oscuridad.

Pero más que nada está llorando porque en el transcurso de un día, ha tenido un pantallazo de la vida que nunca antes había tenido, la vida que le

hubiera gustado tener, la vida que no puede tener a causa de la vida que ha tenido.

No quiere morir. Esto nunca ha tenido nada que ver con querer morir, pero ya no quiere seguir estando solo.

Ha estado solo durante demasiado tiempo.

No solo durante esas dos semanas insoportables, sino durante los últimos años. Él y su padre en la casa del bosque. *Solo nosotros*. Su comunidad de dos lo ha hecho incapaz de vivir entre el resto del mundo. El día de hoy es la prueba de eso. El rostro de Harun es la prueba de eso. Incluso el beso de Freya es la prueba de eso.

Lo que duele no es no haber tenido nunca esas cosas. Es tenerlas y no tenerlas al mismo tiempo. Es tener un mejor amigo como padre. Y tener un lunático como padre. Es tener una madre que te quiere. Y tener una madre que te abandona. Es siempre haber sabido que personas como Freya y Harun estaban ahí fuera, pero ser incapaz de alcanzarlas.

—¿Papá, estás ahí? —grita hacia la noche vacía—. ¿Puedes verme?

No hay respuesta, excepto el rugido del tráfico debajo, el sonido de un río, todavía salvaje, incluso aquí.

En su mano sostiene todo lo que le queda, la copia de *El señor de los anillos* de su padre. Cuando su padre los había declarado una comunidad de dos, él se había sentido ungido. Una misión sagrada.

Tenía siete años. Demasiado joven para saber que no existe tal cosa como una comunidad de dos. Una comunidad es un grupo. Un ejército. Una masa. Dos personas no son suficientes. Dos personas no pueden salvarse la una a la otra. ¿Cuántas veces ha escuchado historias sobre una persona ahogándose y otra intentando salvarla, pero que se arrastran entre sí hacia el fondo? Sucede todo el tiempo.

Nathaniel grita hacia el vacío mientras tira con fuerza de las páginas del libro. La encuadernación es muy vieja y está gastada y el pegamento es

débil, pero el libro se rehúsa a ceder. Solo consigue arrancar un pequeño puñado de páginas.

Se siente como si el dolor lo estuviera partiendo por la mitad. ¿Qué es lo que está tan mal en su interior? ¿Qué lo ha hecho tan poco merecedor de amor? ¿Tan invisible?

—Papá, ¿me ves? —grita—. ¿Ves lo que me has hecho? ¿Por qué?

En el silencio que sobreviene, Nathaniel comprende que le está haciendo la pregunta equivocada a la persona equivocada. No se trata de por qué su padre le ha hecho esto a él. Se trata de por qué todos los demás no reaccionaron y lo dejaron. Su padre no sabía lo que hacía. Pero, ¿y todos los demás? ¿Por qué nadie apagó el hornillo? ¿Por qué nadie lo sacó con cautela de la olla y lo apoyó en la hierba suave y frondosa antes de que fuera demasiado tarde?

Nathaniel sujeta el libro, la semilla de su comunidad enferma, y, con cada ápice de voluntad que le queda, lo lanza. A la luz de la luna, observa cómo las páginas aletean a medida que el libro vuela en el aire, más alto de lo que las leyes físicas del universo dictan que debería, y desciende, no a ciento treinta kilómetros por hora, sino de manera suave, lenta, como si la gravedad se hubiera, por este único momento, revertido, permitiéndole a Nathaniel retroceder e imaginar su vida con una comunidad diferente.

En esa nueva versión, Nathaniel juega al béisbol una vez por semana en un miserable trozo de césped con personas que ya conocen su nombre. En esa versión, Nathaniel está sentado en una gran mesa de comedor, no comiendo fideos con mantequilla con una sola persona, sino sentado con grandes grupos de gente, comiendo comida cuyos nombres todavía no conoce, pero cuyos sabores ha conocido siempre. En esa versión, Nathaniel no está saltando hacia su propia muerte, sino acompañando con dulzura a otros cuando les llega su turno, como había hecho una vez Hector con Mary, ayudándolos a decir las cosas que necesitan decir

mientras todavía tienen aliento, ayudando a aquellos que quedaron atrás a luchar con las preguntas que él sabe que a veces no tienen respuesta. En esa versión, está besando a una chica cuya voz puede escuchar incluso cuando ella no está cantando.

En esa versión, Nathaniel no está solo.

Porque hoy, Nathaniel no ha estado solo.

Ninguno de ellos lo ha estado. No después de haberse encontrado los unos a los otros.

Está a demasiada altura para escuchar cómo cae el libro, pero sabe el instante en el que entra en el agua, porque en ese momento se le escapa un sollozo desde lo más profundo de su ser, y, cuando lo deja salir, quinientos kilos de tristeza —más que toda una vida— fluyen fuera él. ¿Se sintió así Frodo cuando finalmente Gollum cayó en el Monte del Destino, y así destruyó el anillo y lo liberó, de una vez por todas, de esa carga terrible y magnífica?

Nathaniel se aleja de la barandilla. No verá a su padre esta noche. Quizás nunca lo vuelva a ver. Quizás nunca sepa por qué ha abandonado su comunidad de dos, o por qué la creó en primer lugar. Quizás su padre no sabía que una comunidad de dos es demasiado pequeña. Necesitas a más gente. Madres a quienes perdonarás y que te perdonarán, sabios enfermeros de cuidados paliativos que te enseñarán a acompañar a la gente a las Tierras Imperecederas, compañeros de equipo a quienes no les importará si puedes ver con un solo ojo porque sabrán que la clave para una buena jugada es ver la bola con el ojo de la mente. Necesitas personas que te den la comida de su plato porque sienten tu hambre, que se nieguen a dejarte deambular solo sin importar cuántas veces digas que todo está bien, que chasqueen los dedos delante de tu rostro y susurren muy suavemente en tu oreja. «*Nathaniel, regresa, regresa*», hasta que lo haces.

«*Nathaniel, Nathaniel*».

Escucha su voz. Incluso con los ojos cerrados, reconocería esa voz. La ha estado escuchando desde aquel día en el bosque.

«Nathaniel, Nathaniel».

Abre los ojos y ve a Freya y Harun corriendo hacia él.

«Nathaniel, Nathaniel».

Si eso no es cantar, Nathaniel no sabe qué otra cosa puede ser.

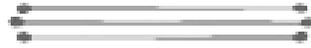
«Nathaniel, Nathaniel».

Lo ven.

Él los escucha.

Se encuentran.

Agradecimientos



Como con cualquier libro, mucha gente me ha ayudado con *Perdimos nuestro camino*, y ni siquiera estoy segura de que hubiera llegado a existir si Ken Wright, Anna Jarzab y Michael Bourret no me hubieran ayudado a encontrar mi camino. Ken me sostuvo la mano con paciencia y compasión a través de mi crisis (varias crisis) de confianza y de mis múltiples fracasos, hasta que volví a encontrar mi voz. Anna leyó un primer borrador desastroso y me convenció de que estos chicos ya habían entrado en su corazón y de que sus historias eran dignas de contarse, y luego se pasó horas (literalmente) ayudándome a descifrar qué historias serían esas. Y Michael creyó en mí cuando yo era incapaz de hacerlo. Pondría a Freya en sus manos si él fuese un representante de músicos (y si ella fuera, ya sabéis, real).

Gracias a todos los que forman Penguin Young Readers, en especial a Jen Loja por ser el capitán de este barco: a Leila Sales, por arreglar las palabras; a Elyse Marshal, por la difusión; a Kristin Gilson, por hacerme parecer que juego al béisbol y a Theresa Evangelista, por esa chaqueta increíble. Muchos abrazos y agradecimientos a Erin Berger, Rachel Cone-Gorham, Christina Colangelo, Aneeka Kalia, Emily Romero, Elora Sullivan, Felicity Vallence, Caitlin Whalen y a todos los representantes de ventas que están al frente y difunden los libros.

Gracias. Gracias a mi pequeño ejército de lectores que me hicieron pensar más, ahondar en mis conocimientos, reconocer mis puntos débiles y que me ayudaron a acercarme a algo que se pareciera a la verdad: Imam Shair Abdul-Mani, Arvin Ahmadi, Libba Bray, Tamara Glenny, Marjorie

Ingall, Farah Janjua, Justine Larbalestier y Jacqueline Woodson.

Gracias a los miembros de LadySwimTM por su apoyo, hermandad e ímpetu. Gracias al Brooklyn Mama (y Papa) Brigade por ser la familia de mi ciudad natal. Gracias a mis padres, hermanos y familia política por ser mi familia familia. Un agradecimiento especial para mi hermana y enfermera de cuidados paliativos, Tamar Schamhart, por haber inspirado el personaje de Hector. Gracias a Yosef Ayele por ser parte de mi familia etíope. Gracias a Isabel Kyriacou por tu ferocidad. Gracias a Lauren Walters por Todas las Cosas. Gracias a Eric Gordon por los diez años que llevamos haciendo esto. Gracias a Lauren Abramo, Kieryn Ziegler y a todos los demás en Dystel, Goderich & Bourret.

Gracias a todos los librereros, los bibliotecarios y los profesores que colocan estos pequeños dispositivos de liberación de empatía que llamamos libros en las manos de los lectores. Los necesitamos ahora, más que nunca.

Gracias a Nick, Willia y Denbele por inspirarme de forma constante para ser mejor y mejor y por ser mi comunidad, mi familia.

